



Ingrid Fernanda Toro Velosa

Afectos en línea de fuga

La potencia del espacio intersticial
en San Cristóbal de Las Casas



*cor habet causas,
quod ratio non intelligit*

Afectos en línea de fuga

La potencia del espacio intersticial
en San Cristóbal de Las Casas

Afectos en línea de fuga

La potencia del espacio intersticial
en San Cristóbal de Las Casas

Ingrid Fernanda Toro Velosa



Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

301.4
T67

Toro Velosa, Ingrid Fernanda

Afectos en línea de fuga. La potencia del espacio intersticial en San Cristóbal de Las Casas / Ingrid Fernanda Toro Velosa. — 1a. ed.— Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2021.

177 páginas: 17x23 centímetros. Formato digital. Colección Thesis; 14.

ISBN: 978-607-543-141-3

1. Cambio social — Alternativas evolutivas (producción alimentaria, construcción, vida comunitaria) — San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. 2. Proyectos alternativos — Emprendedores sociales — San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Colección Thesis, número 14

Primera edición: 2021

ISBN: 978-607-543-141-3

D.R. © Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

la Av. Sur Poniente 1460, C.P. 29000

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México

<http://unicach.mx>

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

Calle Bugambilia 30, fracc. La Buena Esperanza, C.P. 29243

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México

Tel. y Fax: (967) 678 69 21

<http://cesmecca.mx>

Cuidado de la edición: Roberto Rico Chong y María Isabel Rodríguez Ramos.

Diseño y diagramación: Irma Cecilia Medina Villafuerte.

Diseño de portada: Julián Toro

Esta investigación fue escrita en el marco del Programa de Maestría en Ciencias Sociales y Humanísticas del CESMECA-UNICACH, generación 2014-2016, contó con el apoyo de una beca de excelencia del CONACYT como respaldo a esta clase de estudios, cuyo carácter humanístico refrenda la cercanía de los imaginarios literarios y artísticos con la realidad humana. El jurado constituido para el examen de grado decidió otorgarle mención honorífica y recomendar su publicación.



ÍNDICE

Inmersión. Cartografías de la devastación	13
Primer momento. Las cartografías de la esperanza	29
Un camino metodoestésico	34
Tras las voces de la polifonía	37
Segundo momento. En el mar de los afectos	55
La constelación afectiva	55
La afectividad como potencia en Baruch Spinoza	67
Tercer momento. La potencia en el arte de la fuga	81
El <i>conatus</i> en los paisajes del intersticio	81
Tomar distancia en la fuga	87
La injusticia como afecto	96
Emprendiendo la fuga	102
Transiciones en la fuga rizomática	109
Proporcionalidad en la fuga	114
Apuestas relacionales en el intersticio	118
La capacidad de amor en el interser	129
Conclusiones. La constante apertura de la fuga rizomática	141
Referencias	147
Anexo fotográfico. San Cristóbal y los rostros de la fuga	153

Índice de mapas y gráficos

Mapa 1	Cartografías de la devastación en San Cristóbal de Las Casas 1	20
Mapa 2	Cartografías de la devastación en San Cristóbal de Las Casas 2	21
Gráfico 1	Flor de la polifonía en el espacio intersticial	51
Gráfico 2	Constelación afectiva	66
Gráfico 3	Dial afectivo	69
Gráfico 4	Variación melódica de los afectos	70
Gráfico 5	La afectividad como potencia	78
Gráfico 6	Mapa afectivo del intersticio	137

A mis mejores amigos y maestros
Judith y Erdulfo

AGRADECIMIENTOS

Poder ser uno mismo con alguien es una vivencia que debe agradecerse. Presentarse sin ficciones, con todos los defectos y virtudes, es un regalo que nos da el Otro, al reconocernos y respetarnos como expresión o modo particular de la vida. Por eso agradezco a mi amiga Astrid Maribel Pinto Durán, por acompañarme tan amorosa e incondicionalmente, por guiarme, por darme claridad y tranquilidad en el camino. De igual modo, siempre estaré profundamente agradecida por la presencia cariñosa, sabia y complementaria de Ana Patricia Noguera y de Fernando Limón Aguirre, sin duda no pude tener un mejor equipo.

Gracias a mi familia. A mi madre Judith y a mi padre Erdulfo por el amor desbordado y por recordarme e insistirme que siempre debo hacer las cosas con fuerza y corazón; a mi hermano Julián por su incondicionalidad y por su potencia artística, esta vez expresada en el diseño de portada. A Bory, Pinga y Tango, al jardín, a los árboles, al huerto, a los grillos y a la Casa por abrazarme en cada uno de los días que transité por el camino de este escrito. A mi adorado esposo Omar Felipe Giraldo por encarnar la palabra amor en nuestras vidas; gracias a mi gran amigo, cómplice y maestro por acompañarme en este aprendizaje, con toda la alegría, la sabiduría y la luminosidad que irradia su existencia.

Finalmente debo agradecer la apertura de cada uno de los seres intersticiales, gracias por compartir sus historias, por enseñarme y sobre todo por ser una inspiración.

INMERSIÓN. CARTOGRAFÍAS DE LA DEVASTACIÓN

Trazos geométricos. Líneas rectas a ras de suelo. Paredes coloridas sobre fachadas de concreto. Algunas estructuras viejas, otras queriendo aparentar su vejez. Pareciera que con cada día que pasa nace un nuevo hotel, un nuevo restaurante, y con ello más tráfico de autos y turistas. Un hombre de 86 años —mi padre— pasea en la noche por los andadores que fueron hechos para él, su corazón se siente realmente contento, energizado, electrizado por toda la vida que proyectan las calles que transita; todos los seres entre-están en el espacio: comen un helado, toman una fotografía, venden una artesanía, ladran, observan, vuelan.

Las diferentes facetas del espacio urbano se entremezclan en el mismo suelo de lo que alguna vez se conoció como Ciudad Real. La producción del «pueblo mágico» y de la «ciudad creativa» se asimila al montaje de una obra con un escenario colonial. Comunidades indígenas, sancristobalenses, mexicanos de otras latitudes, sudamericanos, centroamericanos, norteamericanos, europeos y asiáticos, entretejen la exótica pluriculturalidad de una de las ciudades más antiguas de Latinoamérica. En medio de la diversidad lingüística de esta suerte de babel emergen un sinnúmero de escenas musicales, mercados itinerantes, paredes con grafitis murales, galerías de diseño, artesanía, fotografía o pintura, boutiques de ropa de autor y una infinidad de sabores culinarios. En este escenario urbano el «no lugar» del circo callejero también es el lugar de las religiosidades; coexisten católicos, cristianos, musulmanes, testigos de Jehová, judíos y budistas, con la espiritualidad de los pueblos originarios. Los carteles colgados en algunos postes de luz y en las paredes de bares, restaurantes y tiendas evidencian la amplia oferta de talleres: yoga, meditación, escritura, poesía, cerámica, música, lectura o teatro.

La escena turística y la cara cosmopolita de la ciudad se han consolidado en los últimos veinticinco años. De modo particular este rumbo que tomó San Cristóbal de Las Casas puede ubicarse cronológicamente desde el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994. Después de esta fecha desembarcó una oleada de viajeros atraídos por conocer el epicentro de una nueva utopía, el lugar del surgimiento de esta alternativa política y revolucionaria planteada por los pueblos originarios del sureste mexicano. Para quienes venían buscando la ruta política del zapatismo se abrieron nuevos proyectos y espacios como El Paliacate, Kinoki, Tierra Adentro y Libre Café; más recientemente Taniperla y librerías como La Reci y La Cosecha. Asimismo, surgió una cantidad considerable de colectivos que realizan actividades inspirándose en el movimiento autónomo.

Junto con el turismo revolucionario —también llamado «zaturismo»— llegó el turismo *new age*, que busca contactar con la espiritualidad y el exotismo de la ritualidad propia de la tradición indígena. Siguiendo las leyes de la economía, esta demanda produjo una gran oferta de lo «alternativo étnico y espiritual», se multiplicaron los centros de terapias alternativas y de sanación energética, además de los lugares ceremoniales donde se busca acceder a la conexión con las plantas de poder (Ruiz, López y Ascencio, 2014).

En los últimos años se ha incrementado la entrada de fuertes capitales económicos provenientes del centro y el norte del país. El imponente lujo de la gentrificación estalla en los ojos y eclipsa las diversas realidades de San Cristóbal de Las Casas. Como Jano o la luna, la ciudad intenta ocultar una de sus caras. El lado que quiere esconderse evidencia la profunda desigualdad que de un modo u otro se abre paso por las calles. Unos niños quieren matar un gato con su cauchera, otros buscan lustrar zapatos, vender una pequeña figurilla de jaguar, o simplemente van por las calles jugando mientras cargan lo que deben vender. Las aceras se recubren de telas, sobre las telas sacos, chales, bufandas, gorros de lana y figuras de animales. Tras las jirafas, los leones y los búhos, el rostro de una mujer, y en su rostro, los rostros de cientos de mujeres, hombres, niños y niñas que luchan por su sustento vendiendo lo que hacen con sus manos. Y tras su arduo trabajo, el rostro de un poder invisible que controla el ambulante y les cobra una suerte de derecho de piso para permitirles la venta de sus artesanías.

Desde el centro se invisibilizan algunas casas que se apilan en la periferia; en el pronunciado ángulo de la montaña se alzan paisajes similares a los de las grandes

ciudades. Al final, no es muy distinta La Hormiga de San Cristóbal al Cazucá de Bogotá, ambos barrios fueron edificados sobre la misma creencia del progreso y el desarrollo. Genéricamente a este rincón de la ciudad se le conoce como la «zona norte», un territorio urbano que aparece recubierto de un halo mítico, lleno de personajes salvajes y monstruosos que orquestan la maldad urbana. En el imaginario de muchos pobladores no deja de ser un lugar oscuro y tenebroso, de ahí que, al caer la noche, el sentido común siempre te esté alertando de evitar el paso por sus calles. Sin embargo, hay quienes afirman que en esta zona la realidad supera la ficción, los laboratorios de drogas, el narcomenudeo, el crimen organizado, la venta de autos —provenientes de redes de robo a nivel nacional—, los centros de prostitución y el reciente lavado de dinero que ha encarecido el sector, son algunas de las realidades que llevan a que muchos taxistas e incluso la misma policía municipal esquiven el tránsito por dicho rumbo. Inevitablemente, la población precarizada que habita en la zona y que trabaja de forma honesta en lo que puede, queda envuelta en estas tramas perversas de poder económico, violencia y exclusión.

Las realidades de pobreza y de miseria se han ahondado aún más desde 2016, cuando el huracán Stan dañó la vía ferroviaria de la Bestia, el tren de la muerte que trasportaba miles migrantes como polizones —principalmente centroamericanos—. Al suspenderse el paso del tren, y tras el endurecimiento de las leyes migratorias, los coyotes establecieron nuevas rutas de migración que incluyeron como zona de paso San Cristóbal de Las Casas. Desde entonces, semáforos, plazas comerciales, calles y andadores del centro se han convertido en escenarios de la fuerte y dolorosa realidad de la indigencia trashumante.

Es claro que la presencia de estas dos caras no es exclusiva del valle de Jovel, más bien es una consecuencia usual del sistema cultural y económico dominante, de estas formas de vida que requieren de la miseria de muchos para sostener la riqueza y el exceso de pocos. En otras palabras, el sistema productivo moderno crea las dos caras de Jano, una bella que es abundante en comodidades, bienes y servicios, mientras la otra es sombría, atiborrada de escasez, de miseria y de creciente destrucción. Fue una de las caras de Jano la que prometió a la población precarizada de San Cristóbal que, si trabajaban fuertemente, algún día alcanzarían la exclusividad de los pudientes. Más allá de un capricho personal o de un querer ver las cosas en blanco y negro, el punto es recordar que la tautología está imbricada en las raíces del sistema económico que conduce a las ciudades hacia la abundancia por medio de la producción de miseria (Robert y Rahnama, 2001).

Como caminante urbano, no ha de sorprenderme que el reciente aumento de la riqueza en la ciudad, lejos de mejorar las condiciones de vida, profundice la pobreza y la angustia de no tener lo suficiente para sostenerse en un entorno que tiende a encarecerse cada vez más. Era de esperar que, en el afán de ocultar la cara cruel de Jano, esta comience a revelarse con mayor fuerza. El lado oscuro anda suelto por las calles, el odio se desnuda hacia el Otro, hacia cualquier Otro que recibe la violencia, el irrespeto, la negación, la bofetada del poder que busca conseguir o mantener un privilegio. Irreductiblemente el Otro será el blanco de la rabia brutal de vivir exiliado «en medio del espectáculo de riquezas aparentemente al alcance de la mano» (Robert y Rahnema, 2001:49).

Sube el costo de vida en la ciudad, pero los salarios se mantienen. Cientos de personas cargan el peso de la «pobreza modernizada», de esa forma de miseria que describe una carrera inagotable por intentar satisfacer necesidades que han sido creadas por el mercado, cuando la realidad del ingreso limita y dificulta el acceso a los bienes y servicios (Robert y Rahnema, 2001). La reproducción de esta forma particular de pobreza es una suerte de bucle sin fin, que hace a las personas cada vez más dependientes del mercado y de la venta barata de su fuerza de trabajo, además de despojarlas de su potencia y de su capacidad creativa para garantizar la sobrevivencia.

A veces puedes ver pasear por los andadores a algunos protagonistas de las clases privilegiadas, que suelen caminar con la confianza y la seguridad de quien detenta el poder político y económico. Es su círculo de élite el que sostiene fuertes condiciones de explotación —especialmente hacia la población indígena que ha estado históricamente subordinada a sus designios—. Los principales dueños de la plataforma turística conservan una oferta de salarios bajos. En promedio un trabajador recibirá diariamente 150 pesos mexicanos a cambio de su desgaste físico y emocional, por supuesto sin ningún tipo de prestación social o de estabilidad. Del mismo modo, el autoempleo y las actividades agrícolas permanecen condicionadas a la demanda de servicios y a las dinámicas de la economía urbana (Zamora y Hernandez, 2018). Una vez más el centro define la periferia. De un modo u otro San Cristóbal de Las Casas crea, recrea, condiciona y determina los paisajes de su propia periferia, así como de los municipios cercanos de acuerdo con su necesidad.

Sin embargo, el poder tiene infinidad de caras, y aunque llevo más de siete años caminando, sintiendo y conociendo la ciudad, algunas de estas caras

aún me resultan muy opacas, nubladas. Los taxistas me han hablado de un señor que tiene el mismo nombre del último día de la semana; según ellos, él pertenece a una minoría de caciques, comerciantes indígenas que controlan una parte importante del transporte público ilegal y de las ventas ambulantes. Dicen que, bajo la guía de caporales como Domingo, se han desatado procesos de deforestación y de invasión en las pequeñas pero majestuosas montañas de la cuenca de Jovel. Asimismo, se realizó la ocupación de espacios urbanos como la plazuela de Santo Domingo, la cual se ha configurado como un importante centro de ventas de artesanías, que es una parada obligada tanto para turistas, como para lugareños y residentes permanentes de la ciudad. Sin embargo, lo que pocos sabemos es que, al caer la noche, los puestos de bisutería, blusas, tejidos, muñecos y chales de lana se transforman en lugares de prostitución — principalmente de hombres—.

Otros caciques que se disputan el poder en la ciudad son los pertenecientes a lo que se ha denominado la «mafia chamula». Entre su amplio portafolio se encuentra la producción y el control de la piratería de música, películas y juegos en DVD. Incluso se rumora que son importantes distribuidores de estos artículos en el barrio de Tepito de la Ciudad de México. También se habla de que tienen toda una industria de porno étnico y de narcopelículas que, al mejor estilo de las narconovelas, reflejan la violencia y las excentricidades que son propias de este tipo de dinámicas. Otra de las líneas importantes de su negocio es el cultivo y la distribución de la marihuana «golden Chamula», así como la comercialización de un sinnúmero de drogas. Aunque nunca me ha tocado experimentarlo, las personas cercanas cuentan que en los andadores turísticos, en las calles del centro y en los diferentes mercados es común que jóvenes e incluso niños aborden a los transeúntes para ofrecerles todo un menú de drogas: marihuana, heroína, coca, piedra, ácidos, etcétera. De algún modo, uno de los efectos negativos del alto flujo de turistas locales y extranjeros es un aumento de la demanda y, por ende, de la oferta del narcomenudeo.¹

¹ Al acercarme a este tema, entiendo que mi ingenuidad me ha impedido ver las realidades sombrías y truculentas que crea el turismo; de acuerdo con las investigaciones de la asociación civil Melel Xojobal (2012), los niños y niñas de la ciudad mágica no solo son usados para vender drogas, tras sus cajas para embolar zapatos y vender dulces también se esconde una constante instigación a la prostitución y a la pornografía infantil.

En este punto, no puedo dejar de hablar del maridaje que existe entre las mafias locales y los partidos políticos, a través del cual se crean alianzas oscuras de reciprocidad. En particular, la administración municipal de los años 2015 a 2018 fue muy reconocida por crear importantes clientelas electorales y lealtades que se mueven según intereses políticos y económicos. Los acuerdos de este tipo buscan mantener e imponer un poder político a través de fuerzas paramilitares conocidas como «grupos de choque». La función de estas organizaciones es hacer el trabajo sucio a cambio de contraprestaciones como la legalización de tierras invadidas, las cuales, muchas veces, estaban destinadas a la conservación ecológica de bosques y humedales de la cuenca de Jovel. Una vez ocupados los predios, los gobernantes benefician a sus grupos aliados al proporcionar toda la infraestructura pública de servicios y de equipamiento urbano.

Con o sin invasiones, la ciudad ha venido creciendo de manera desordenada. Poco a poco se va arrebatando su lugar a los otros seres de la ciudad. Árboles, aves, arañas, luciérnagas, popoyotes, lagartijas, ranas, sapos, serpientes, musarañas, tlacuaches, búhos, ardillas y comadrejas han sido expulsados. El espacio ha sido sujeto de una ocupación urbana con ladrillos, cemento, acero y asfalto; en oleadas, todos los migrantes hemos participado del rápido crecimiento de la mancha urbana que ha devenido en un importante encarecimiento en el mercado inmobiliario. Las personas expulsadas de San Juan Chamula en los setenta, las familias campesinas de Chamula, San Andrés Larráinzar, Zinacantán y Oxchuc que abandonaron sus tierras en la década de los ochenta, indígenas de Chenalhó y Huixtán que ocuparon la zona del mercado Tielemans en la primera mitad de la década de los noventa, y la importante llegada de mexicanos y extranjeros tras el levantamiento zapatista en 1994 (Zamora y Hernández, 2018). Desde la heterogeneidad todos hemos llegado a coconstruir la multiplicidad de realidades que se observan, se respiran y se tocan, las realidades que se discuten, se sienten y se piensan en el valle de Jovel.

Aunque se participe de la realidad siendo privilegiado o no, extranjero, indígena, sancristobalense o coletito, y pese a que se trate de una ciudad pequeña, muchos seguimos siendo presas de la velocidad, del valor utilitario y del deseo que nos empuja a necesitar, a consumir y a movilizar el engranaje del mercado. Devenimos en la inercia. Mientras tanto aquí en Chiapas, como en cualquier otro lugar del mundo, algunos seres son movidos por una pulsión hacia el éxito y la acumulación de capital; sin importar las consecuencias de sus acciones o qué

tanto comprometan la vida, estos seres están abocados a tener cada vez más. Es asombroso que en este y en muchos otros sentidos la ciudad encierre un ejemplo a pequeña escala de lo que sucede a nivel global.

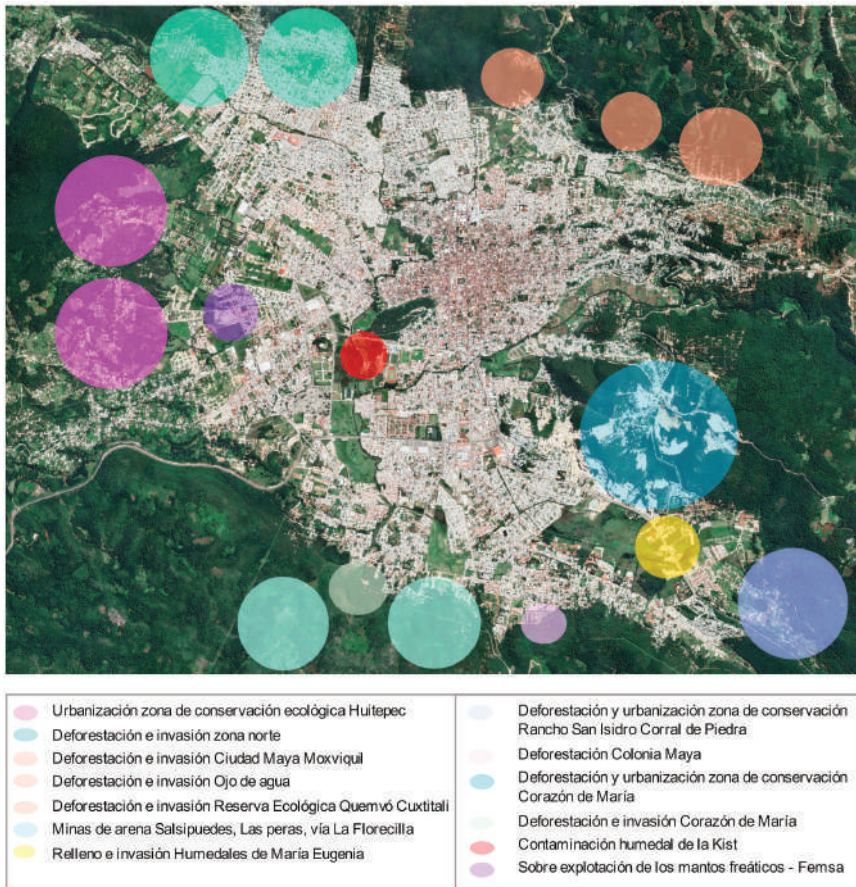
En la cara oculta de Jano también vemos que sin ningún tipo de límite o escrúpulo se van delineando las cartografías del deseo y la devastación. En San Cristóbal de Las Casas, desde hace un par de décadas la fealdad se ha apoderado del paisaje: las minas de arena en Salsipuedes, que además de mutilar las montañas han creado una nata de contaminación atmosférica visible en las madrugadas desde las partes altas de la ciudad; la profanación de las aguas de los ríos Fogótico y Amarillo, que a su paso por la cuenca van siendo contaminadas con químicos, aguas negras, plásticos y llantas; el relleno de los humedales de Montaña María Eugenia; la contaminación de la *Kist*; la deforestación en la colonia Maya, en Corazón de María, en Corral de Piedra alto y bajo, en las montañas de la zona norte, en la reserva ecológica Gertrude Duby; la sobreexplotación de los manantiales, de los ojos de agua y de los mantos freáticos por concesiones a empresas privadas —Femsa Coca-Cola—; la disminución de capacidad de recarga de agua en los suelos a causa de la construcción de vialidades y casas; el túnel que lleva artificialmente el agua contaminada hacia el río Grijalva, el mismo que surtirá las aguas para el riego de verduras y hortalizas que viajarán de vuelta a San Cristóbal, las mismas que serán vendidas en los mercados y luego consumidas en un fino y costoso plato de algún lindo restaurante. Vivimos en una alerta sanitaria que desea ocultarse descaradamente a fin de no afectar los ingresos del turismo (ver mapas 1 y 2).

Presos en la cotidianidad, como afirma la autora Deborah Bird Rose, vivimos atrapados en «un bucle de retroalimentación —*feedback loop*— de desconexión creciente. Nuestras conexiones con el mundo más allá del ser son cada vez menos evidentes para nosotros, y cada vez más difíciles de sostener y de experimentar como reales» (Bird, 2008, citada en Escobar, 2013:33). La desconexión se experimenta cuando somos incapaces de «afectarnos», es decir, de ser tocados en la emoción por el sufrimiento del Otro que vive una situación de miseria, o por la montaña mutilada, el bosque arrasado, el agua que ha sido despojada de su lugar y de su estado de pureza.

Lo anterior no significa que el caminante urbano carezca de una estructura afectiva que le impida conectar con este tipo de realidades; de hecho, la configuración y la reproducción del mundo capitalista no pueden prescindir de

un mundo afectivo que le dé sentido y soporte. Incluso este modo de relación social prefigura modelos afectivos e instituye formas de valorar, afectarse, percibir, estimar, soñar, desear y significar el mundo experiencial. No obstante, el problema que reside en el instaurar e imponer determinadas lógicas afectivas es que el mundo deviene o se abre al sujeto de manera sesgada o selectiva. De ahí que sea nuestra tradición cultural y económica la que determine el espectro de mundo y de realidad a la que somos sensibles, que decida lo que somos capaces de ver y percibir como verdad hegemónica o como realidad autoevidente.

Mapa I. Cartografías de la devastación en San Cristóbal de Las Casas 1



Fuente: elaboración propia con base en imágenes de Google Earth, 2021.

Mapa 2. Cartografías de la devastación en San Cristóbal de Las Casas 2



Fuente: elaboración propia con base en imágenes de Google Earth, 2021.

El orden de los afectos y de los deseos se expresa en el acto de escribir sobre la tierra. Con nuestra pulsión a desear siempre más progreso, riquezas, lujos y comodidades dibujamos sobre la tierra los paisajes despoetizados del desarrollo. A nivel planetario, las líneas geométricas del monocultivo —propio de una monocultura— irrumpen en las formas ondulantes y salvajes de la vida. La técnica a través de sus mecanismos de control logra romper con lo mágico y lo misterioso de la naturaleza. Reinventamos los espacios, trazamos desiertos de la devastación —como las zonas de minería a cielo abierto— y rompemos con las geometrías sagradas desde una perspectiva utilitarista, objetivista y economicista del mundo.

Heráclito acertadamente anunciaba que «la naturaleza gusta de ocultarse». Sin embargo, el ser humano, que ya no alcanza a percibir la sacralidad de la vida, ha desarrollado un impulso incontrolable por desocultar sus secretos —como el acto de extracción de petróleo no convencional o gas *shale*—. Todo indica que nuestro proyecto civilizatorio es el realizador de la utopía de Bacon, navegando por una «Nueva Atlántida» vamos descifrando las leyes inherentes a la naturaleza a fin de colocarla a nuestro servicio. De este modo, el impacto de los seres humanos sobre la piel de la tierra va creando nuevas cartografías perversas que son establecidas de acuerdo con el interés de los grandes capitales económicos.

Según el geógrafo brasileño Rogério Haesbaert da Costa (2011), el territorio, entendido como espacio híbrido entre la sociedad —carácter simbólico— y la naturaleza —carácter material—, es una red de relaciones dinámicas que está determinada por las estructuras de poder político, económico y cultural. Por ello, se entiende que las cartografías de la devastación sean dinámicas e impliquen en sí mismas un movimiento de reterritorialización, es decir, una reconstrucción sobre otras bases simbólicas, incluyendo otros deseos, afectos, sentidos, percepciones, emociones y discursos que derivan en una nueva producción del espacio. Los paisajes pintados desde el interés económico son un reflejo de espacios desposeídos violentamente de su naturaleza.

En San Cristóbal de Las Casas presenciamos la instalación de las racionalidades desconectadas y dicotómicas de lo urbano. Las escenas de la ciudad evidencian cómo, poco a poco, se ha colonizado la esfera íntima de las sensibilidades y se han desanclado los afectos que antes amalgamaban las relaciones entre individuos y naturaleza, mientras se desplazan los afectos hacia las aspiraciones burguesas,

las voliciones yoístas y el goce por las mercancías. Se trata de un sistema de «valoraciones fácticas» y de «preferencias de valor» que conforman el *ethos*, entendido como aquello que Scheler (2003) denomina el *ordo amoris* —el orden del amor— de los sujetos sociales.

Hasta cierto punto, pareciera que el orden del amor de algunos habitantes de San Cristóbal de Las Casas no es muy distinto al orden que predomina en muchas otras latitudes, donde las lógicas del deseo prefiguran un mundo en el que prevalece un sistema de jerarquías valorativas que posiciona el valor del dinero como el principal mediador en la percepción y apropiación de la realidad.² Por ejemplo, transformar los usos del suelo, rellenar los humedales y devastar los cerros para ganar rentas —o para prometer terrenos a cambio de clientelas políticas—, por medio de la comercialización de una tierra que cada vez es más escasa en el valle de Jovel, suponen una actuación que simboliza un movimiento del corazón que a su vez implica una ruptura afectiva con la tierra desacralizada. La tierra sin la inclinación al cuidado y a la protección afectiva por parte de los seres humanos ha quedado a merced de los intereses económicos.

Por su parte, a los actores intelectuales y a los perpetradores de los ecocidios en el territorio sancristobalense poco les interesa el desequilibrio y la desestabilización que generan sus decisiones en el sistema de cuencas. Incluso no tendrían cómo sentirse afectados al destruir un sitio Ramsar,³ jamás conectarían con el dolor de ver una montaña mutilada y estarían lejos de conmoverse por talar un bosque y socavar el bienestar de sus vecinos. Lo cierto es que nada de eso tiene importancia bajo un orden de los afectos que privilegia el éxito y la propia ganancia en términos de poder político o económico. De hecho, si aceptamos que «quien posee el *ordo amoris* de una persona, tiene a la persona» (Scheler, 2003:65), podremos deducir que es el actual sistema-mundo capitalista —y su orden del amor— el que impone las escalas valorativas y

² Para el filósofo alemán Max Scheler (2003) el conocimiento de la escala jerárquica y normativa de las cosas del mundo, que se da «en función del valor interno» que les corresponde, constituye el «problema central de toda ética». En esta sintonía de ideas, el orden de una sociedad basado en la sobrevaloración del dinero, antes de ser un problema político debe ser considerado un problema de corte ético.

³ Los humedales de María Eugenia fueron declarados sitios Ramsar, es decir, áreas de conservación adscritas a la Convención Relativa a los Humedales de Importancia Internacional. Al ser humedales de montaña, se consideran como un ecosistema muy especial de conservación ecológica.

fiscaliza la coloración de nuestras percepciones, afectos, sentidos, aspiraciones, apreciaciones, pasiones y deseos; en suma, son los poderes del mercado los que direccionan nuestros actos y nuestras capacidades de amor y de odio.

Cabe agregar que la monocultura hegemónica que configura los tejidos terrestres se basa en la afectividad de un sujeto individualista que cree ciegamente en su mismidad. En palabras de Norbert Elias, el sujeto vive y respira:

[...] como si su «mismidad» existiese de alguna manera en su propia «interioridad» y como si en esa «interioridad» estuviese como separada por una muralla invisible de todo lo que queda «fuera», del denominado «mundo exterior». Esta experiencia de sí mismo como una especie de cáscara cerrada; como homo clausus, aparece a las personas que la tienen como inmediatamente evidente. No se pueden concebir que haya individuos que no perciban de esta manera a sí mismos y al mundo en el que viven. No se cuestionan qué es lo que constituye en ellos propiamente la cáscara delimitadora y lo que se encierra en ella. ¿Es la piel la pared del recipiente que contiene el propio yo? ¿Es el cráneo, es la caja torácica? ¿Dónde está y qué es la muralla que supuestamente separa una interioridad humana de lo que se sitúa fuera, dónde está y qué es lo que se encierra? (Elias, 2008:141).

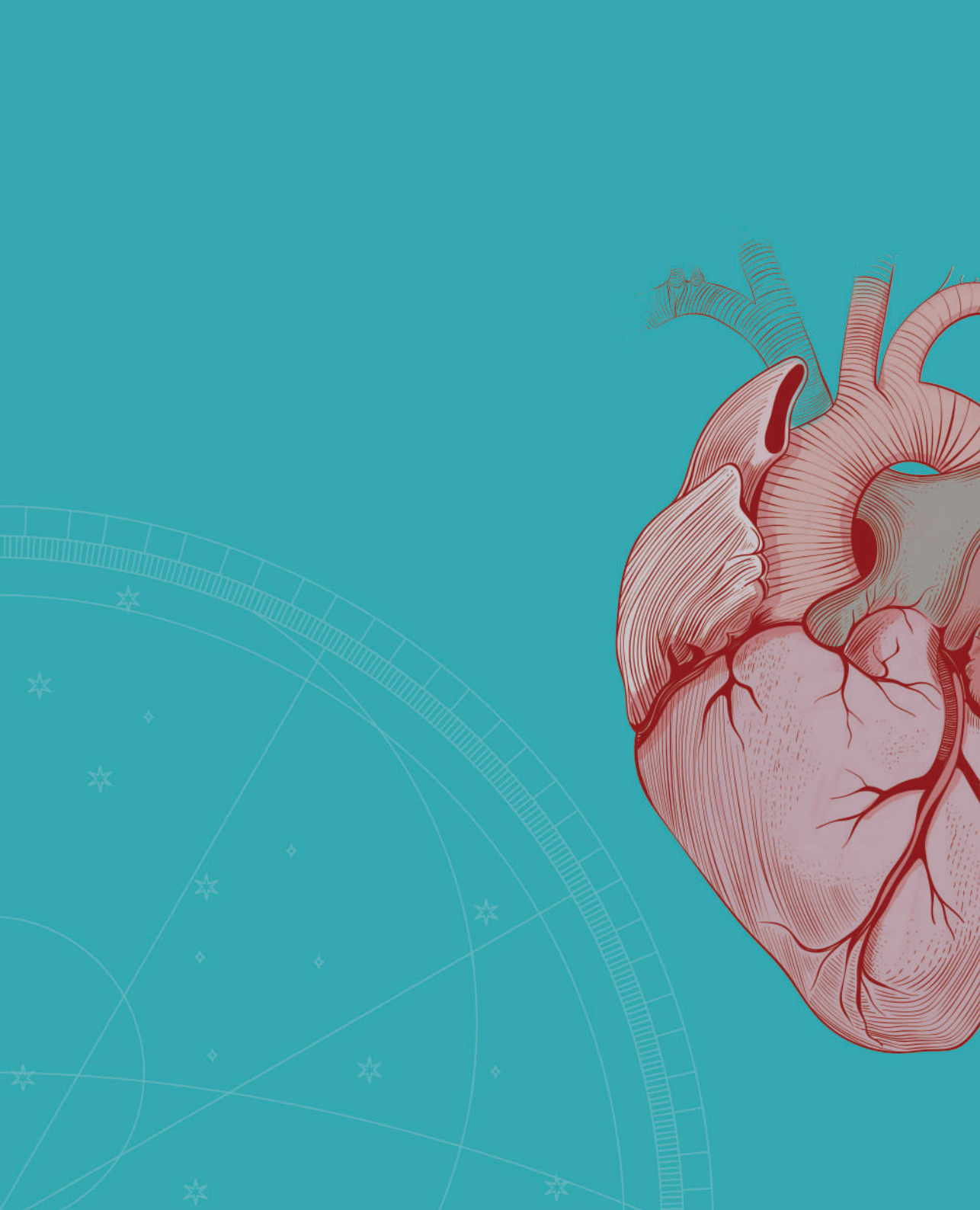
En medio de la ficción de este ser humano separado, nuestra capacidad empática ha quedado neutralizada y anestesiada, es decir, nuestra capacidad de afectarnos y el acto mismo de ser tocados en la emoción por el Otro han quedado anulados para así aceptar y dar vía libre a los escenarios de violencia y de devastación que en el presente marcan la realidad de los seres sociales y ambientales. El que no nos duela la realidad de los Otros, y el que no nos interese acudir al llamado o al grito del Otro, habla de un plan cultural que ha configurado de manera exitosa los rieles afectivos por los cuales transitan nuestras sociedades. Como he venido argumentando, y de acuerdo con Castro-Gómez (2000), en el actual sistema-mundo los dispositivos de poder operan eficazmente a través del deseo, de la energía libidinal y de la seducción irresistible que genera el mercado.

Lo profundamente preocupante es que, aunque todos sabemos o tenemos nociones de la destrucción que genera nuestro sistema económico y cultural, queremos continuar viviendo de forma capitalista porque, al final, no estamos dispuestos a renunciar al «goce» que esta vida ofrece; optamos por continuar caminando en bucles que nos desconectan del abuso, la explotación y el sufrimiento del Otro humano o no humano, con tal de asegurar el disfrute o «el deseo de algún día disfrutar» todas las comodidades y los lujos que vende el sistema (Castro-Gómez, 2015).

Sin embargo, en medio de tanta oscuridad y desesperanza también valdría la pena tomar en serio las palabras de Michel de Certeau (1999) cuando asegura: «siempre es bueno recordar que a la gente no debe juzgársele idiota». No todas las personas pueden describirse como seres conformistas, maleables y movidos de forma permanente por el goce de las mercancías. Particularmente cuando vives en la atmósfera urbana de una ciudad como San Cristóbal de Las Casas no es posible ocultar ni ignorar las «fugas», los intersticios que se abren en las rendijas del sistema. Incluso sientes que, de un modo u otro, se pone en entredicho la creencia de que todas las personas vivimos sujetas, dominadas, presas del deseo que se satisface a través del mercado. En la misma ciudad hay una diversidad y densidad de experiencias que desde otras lógicas intentan caminar a contracorriente. Creo que es allí, en el espacio de las alternativas que se construyen por la gente común y corriente, donde reside la esperanza de cambio.

Justamente, lo que abonó el camino del presente trabajo fue la intención de aprender sobre la configuración de los afectos que potencian y direccionan las fugas, que participan en la edificación de las alternativas a la devastación en San Cristóbal de Las Casas. Desde mi propio acercamiento sensible, necesité de tres momentos que me permitieron vislumbrar la posible lógica afectiva que interviene en la aparición y en el proceso de consolidación de este fenómeno. En un primer momento hice una aproximación a las cartografías de la esperanza, planteé la pertinencia e importancia de trazar una ruta de abordaje metodoestésica y presenté a mis interlocutores como una polifonía del intersticio. En el segundo momento, el texto —que ya iba cobrando vida— me pidió detenerme para sumergirme en la profundidad del universo afectivo; sin duda, entender la complejidad que implica hablar de lo afectivo, era una condición *sine qua non* para conectar con la fuga. Por su parte, en el

tercer momento me sentí haciendo un tejido de *patchwork*, me emocioné, reí e incluso lloré al escuchar una vez más los relatos de los seres intersticiales; en el trabajo de escritura intenté seguir el orden narrativo de la polifonía, la cual develaba algunas pistas para comprender los afectos que detonan y motivan el tránsito en el intersticio. Finalmente, sentí que para concluir era necesario hacer un despliegue sobre cómo la capacidad de obrar desde el amor y la ontología del interser se transforma en un elemento movilizador de una ética afectiva que conecta y dota de sentido a las fugas rizomáticas.



PRIMER MOMENTO

LAS CARTOGRAFÍAS DE LA ESPERANZA

*Estamos hartos del problema, me cuesta hablar de él,
me es más fácil hablar de las soluciones.*
Jesús, comunicación personal, 2018.

El «espacio intersticial» es la dimensión «entre» o «en medio de». En este lugar de intermedio y de intervalo se ejerce el derecho al sueño, a la exploración de alternativas y a la posibilidad de emprender un tránsito hacia otras formas de vida. Sospecho que fue allí, en esa grieta, donde se juntó un grupo de chicas para preguntarse cómo hacer una vida más justa, cómo abrirse hacia una relación social que permitiera el acceso a mercancías y saberes a través de un intercambio en el que no mediara el dinero, un espacio en el que las cosas que se creían sin valor recobraran su poder y su utilidad. Un par de zapatos y una camisa por una clase de tsetal. Lecturas de tarot a cambio de pasteles. Pasteles por sets de pastelería. Tres ejemplos simples en una variedad de intercambios que hoy consiguieron replicarse en otros territorios y tener vida propia.

Estas mujeres sostienen inquietudes similares a las de otros chicos que ponen en juego su creatividad para idear y construir máquinas que no requieren de las fuentes energéticas tradicionales. Algo que les es común es que su «deseo» está lanzado a desacelerar el tiempo, a ampliar el presente, a vivir con la posibilidad de dar y recibir la presencia del Otro de forma amplia y ensanchada. Se trata de una reivindicación frente a la vivencia de un tiempo que te permite frenar, soltar, amar, respirar, compartir, explorar la autosuficiencia, la capacidad creativa que te saca de la dependencia y te potencia a construir tu propio hogar con técnicas de bioconstrucción, un baño seco o una huerta. Parecieran románticas estas

afirmaciones, pero es fácil que esa sensación que producen se desvanezca al recordar la inminencia del colapso energético, del agotamiento de las fuentes de energía fósil. En diferentes sentidos, más allá de una intención personal, esto se asemeja a un movimiento de transición colectivo que es forzado y empujado por la crisis socioambiental que vivimos.

Parar. Detenerse. Arriesgarse. Asumirse como «ser de intervalo», como un ser en tránsito dispuesto a respetar, proteger y defender a los seres naturales que han sobrevivido a la devastación. La restauración de los manantiales, las aguas subterráneas, los humedales, las montañas y los bosques es una responsabilidad que asume el ser humano ordinario del que nos habla De Certeau (1999); me refiero al sujeto común y corriente que se hace cargo, el ser ético, activo y volitivo que idea cotidianamente prácticas y usos para escapar de lo dominante. Se trata de estrategias de contrapoder que funcionan como «líneas de fuga» frente a lo instituido y lo hegemónico.

Los recursos de esta lógica, que algunos suelen llamar «las alternativas», para otros encierran la idea de la «ruta del posdesarrollo», los intersticios, las grietas del capital o las fisuras que se arman en el sistema y que amplían el margen de acción. Creería que dicho camino aún no termina de nombrarse porque alude a un proceso, a un movimiento en continua creación y transformación. De cualquier modo, se trataría de metáforas que hacen referencia a trazos o senderos que parecen fugarse, escaparse, desmarcarse de las líneas impuestas, también llamadas por Guattari «líneas de segmentación dura» (2013:56), que a través de sus sofisticados dispositivos de control, buscan reproducir las estructuras, los valores y las leyes que se asumen como normales en los territorios.

Como si fuese una táctica de guerra, la «línea de fuga» no llega a confrontar, a oponerse o a cuestionar de forma directa el orden establecido. De hecho, es una fuerza y una potencia afirmativa que sin previo aviso crea otros sentidos, se escabulle y emprende un camino discreto de transformación. En sus etapas iniciales, esta tiende a devenir como un pequeño, invisible e indefenso riachuelo que pasa desapercibido mientras se dirige hacia lo desconocido (Deleuze y Guattari, 2004). Ignorando el nivel de éxito o fracaso que le aguarda en el futuro, la línea escapa de las fuerzas que se empeñan en mantener el estado de las cosas, conteniendo, dominando, cooptando, disciplinando, recodificando y haciendo propio todo aquello que se presenta por fuera de los límites. Sin embargo, como afirma Guattari, detrás del sistema se mantiene la efervescencia de nuevos

agenciamientos, «líneas de fuga imprevisibles que amenazan desde adentro» con su creatividad innovadora (2013:56). Más allá de lo político, la apuesta más profunda de esta huida consiste en confeccionar «líneas de fuga de deseo» movidas por la potencia de querer salir de los mundos afectivos que se han creado y que vienen generando tanto sufrimiento en amplios sectores humanos y no humanos. En el fondo, la aspiración apunta a desenergizar la producción del «deseo» que nos empuja continuamente a reproducir los modos capitalistas de existencia que hoy nos tienen *ad portas* de la debacle ambiental y civilizatoria.

La ciudad pasa a ser la superficie urbana sobre la cual se dibujan, tejen y trazan diversas líneas de fuga que se direccionan hacia diferentes frentes: el bienestar físico, la salud o la economía, la espiritualidad, las biotecnias, la bioconstrucción, la alimentación, la educación y la defensa de los seres naturales. Esta taxonomía provisional de líneas, rutas o senderos crea una maraña interconectada de relaciones y de encuentros: cuerpos entre cuerpos que se alimentan, energizan y fortalecen por ese trasegar en el «espacio intersticial». Los seres se entrecruzan en la cotidianidad. Así, quien trabaja en la bioconstrucción no dudará en colaborar en una campaña de reforestación en Cuxtitali, o quien deviene en el rumbo espiritual fácilmente estará volcado a querer un baño seco o un biodigestor con tal de no participar en el proceso de contaminación del río. Parafraseando a Tim Ingold (2007), la senda de cada una de estas personas se cruza con la senda de otras que se han abierto un rumbo semejante. De este modo, si cada senda la representamos con una línea pintada de un color distinto —verde, amarillo, morado, o azul—, y si cada línea la vamos encontrando con otra y otra, la imagen va tomando la apariencia de un nudo, de una malla compuesta por la suma de todas las sendas.



Espacio intersticial

El deambular de estas personas sobre la ciudad hace que sus caminos se enmarañen por completo. Más allá de la idea de un adentro y un afuera, las líneas de fuga, entrelazadas y anudadas, se abren camino, potencian su crecimiento y se extienden sin límites sobre cada grieta o fisura (Ingold, 2007). Es así como el lugar urbano aparece como una «zona de enmarañamientos» sin límites ni fronteras; las líneas del agua, el fuego, el aire, el perro, el colibrí, la abeja y las

plantas del huerto se entrelazan con las sendas humanas.

En esta zona de encuentros conviven las líneas de vida impuestas con las líneas de vida que quieren escapar, es por eso que el permacultor que persigue la autosuficiencia entreteje su cotidianidad con la cotidianidad de la persona que le vende papel higiénico en el supermercado o con la que llena de combustible su auto. La línea que desea fugarse no puede prescindir del encuentro permanente con todas aquellas cadenas de líneas que dinamizan los entramados de vida hegemónicos. Aunque las «líneas conservadoras» del espacio hegemónico y las «líneas creadoras» del espacio intersticial se encuentren en oposición simple y difieran en su naturaleza, lo cierto es que no alcanzan a ser totalmente coherentes o puras, porque de modo inevitable tienden a entrecruzarse, traslaparse, confundirse y combinarse; las líneas se comunican, intercambian, negocian, se trasladan, se otorgan pases libres: algunas veces se transita del intersticio a lo hegemónico, y otras de lo hegemónico al intersticio. El intersticio coexiste con su superficie. Al final todos, con o sin amor, escribimos, dibujamos e hilamos sobre la misma tierra que somos.

Ahora bien, las líneas de fuga en las tramas de los centros urbanos pueden comprenderse como tramas de vida, que no están dispuestas al azar, de manera caótica o desordenada, tampoco guardan un orden lineal, fijo o uniforme. Por el contrario, dicha expresión de la vida, como cualquier otra, implicaría una organización densa que tiende a seguir patrones con cierta regularidad, proporcionalidad y belleza. Esta reflexión nos acerca a la imagen del rizoma, en la cual la configuración de las líneas no sigue un orden jerárquico, no hay puntos, centros o nodos. De hecho, Deleuze y Guattari nos dirán que «en un rizoma solo hay líneas» (2004:14), líneas heterogéneas, descentradas, interconectadas y sobrepuestas que posibilitan la aparición de líneas en fuga, es decir, de vectores en tensión, desterritorializados, que en el caso concreto de San Cristóbal de Las Casas —así como en muchos otros lugares— son líneas que exploran formas y haceres para escapar de la sentencia de muerte que encierra esta etapa voraz del sistema capitalista.

En la urdimbre urbana del valle de Jovel la capacidad de fuga se contagia, se conjuga, se enseña, se rizomatiza y libera la potencialidad de fuga en otras líneas. La fuga en el espacio intersticial implica un proceso de reterritorialización a partir de otra forma de reconocimiento y de relación

con el Otro humano o con los Otros seres naturales, que dejan de aparecer como cosas u objetos útiles, prestadores de servicios. Al igual que las raíces de los árboles que pueden extenderse, conectarse y transmitirse nutrientes bajo el suelo, las líneas en fuga van creciendo, retroalimentándose y expandiéndose por medio de una interconectividad que es lingüística, perceptual, racional y afectiva.

Una característica muy importante que percibo en estos procesos de multiplicidad rizomática es el interés común por sustituir el valor económico por el ético (Illich, 1978). Esta diferencia fundamental abre el cuestionamiento sobre aquello que se encuentra en el fondo potenciando estos procesos. ¿Habrá en ellos lógicas afectivas distintas? ¿Será acaso que surgen de los mismos marcos de sentido que alimentan el sistema capitalista y su proyecto desarrollista? O, por el contrario, ¿existe una línea de fuga afectiva creadora de otros órdenes de sentido, del amor y de la ética? ¿Operan bajo otros esquemas afectivos que escapan del deseo y del goce que reproducen el modelo económico y cultural dominante? ¿Las líneas de fuga en el espacio intersticial están recuperando la potencia de obrar secuestrada en el sistema de necesidades creadas por el desarrollo? Creo que valdría la pena preguntarse si los mapas de fuga responden a un movimiento del corazón, a un movimiento afectivo que escapa de los rieles afectivos impuestos culturalmente, es decir, de los patrones afectivos por los que se transita en la cotidianidad.⁴

Lo que quiero proponer en este trabajo es que el tránsito de las «cartografías de la devastación y del deseo» a las «cartografías de la esperanza», que ya vienen trazándose en los espacios y las grietas en San Cristóbal de Las Casas, está impulsado por otras formas de afectividad, las cuales funcionan como una especie de «mielina» que moviliza y trasmite información a lo largo de la telaraña, potenciando el intercambio y la multiplicación del rizoma.

⁴ Dichos rieles no son tan conscientes ni tan claros y, aunque no operan voluntariamente, «afectan el foco de atención: determinan a que se le presta y a que no se le presta atención. Tienen una función selectiva de la atención [...] y tienen un efecto en el estado afectivo, y por tanto en la memoria» (Ciompi, 2007:4).

Un camino metodoestésico

*Cuanto más olvidado de sí mismo está el que escucha,
tanto más profundamente se impregna su memoria de lo oído.*
Walter Benjamin

En medio de la oscuridad, llena de preguntas que rodeaban la realidad caótica del intersticio; pasmada ante la naturaleza inconmensurable de los afectos humanos, me mantuvo en pie de lucha una insistencia, una necesidad que me empujó a querer abrirme a ellos: verlos, escucharlos, escudriñarlos y comprenderlos. Pero ¿cómo llegar a conectarse con el universo afectivo? ¿Cómo conocer la potencia y la motivación de un ser humano a la hora de realizar una acción? ¿Cómo podría saber que mi mirada no estaba prefigurando, sobreentendiendo o sobreestimando una realidad tan jabonosa? En principio, comprendí que de ninguna manera podía atrapar, esquematizar u objetivar los afectos, pues ellos emergen de las vivencias específicas de cada persona. Asimismo, advertí que solo era posible entrar en el mundo afectivo desde la propia sensibilidad del cuerpo, es decir, desde mi propia afectividad. El único camino posible era asumirme implicada, y, a partir de la comprensión de mí mismo habitar en San Cristóbal de Las Casas, reconocer mi sentir en el encuentro con distintos cuerpos como una aprendiz ávida de escuchar las historias de quienes han decidido fugarse: de aquellas líneas que escapan tanto del deseo como de los paisajes de la devastación, mientras buscan tejer senderos de esperanza.

Para emprender esta tarea elegí la «método-estesis»⁵ que, a diferencia de la «método-logía» —el camino del logos—, es un «camino del sentir» (Noguera, 2018). Esta manera de investigación parte de la estesis o *aisthesis*, entendida como la intensidad de las percepciones de los sentidos, lo cual implica incluir mi propia participación como ser sensible, sintiente y afectante en la experiencia del dialogar. En este caminar hubo una renuncia a investigar al Otro, como cuando un sujeto cognoscente estudia a un objeto cognoscible. En su lugar la intención estuvo volcada a tener una apertura de mi propia

⁵ El griego *aisthesis* se relaciona con el percibir y el sentir, con la sensación que es contraria a la anestesia.

experiencia, a sumergirme en un diálogo y en un aprendizaje conjunto.

Como las nubes que discurren en el cielo, a veces sentí que caminaba por un espacio cerrado, nublado, difuminado. Sin embargo, en otros lapsos, mi propio andar me fue mostrando regularidades, ritmos, formas y ordenaciones que antes solo llegué a sospechar. Las coincidencias en las tonalidades y las coloraciones de los afectos me condujeron a pensar que estos podrían llegar a ser accesibles hasta cierto punto en los relatos, en la medida en que operan bajo una lógica y un ordenamiento que da sentido a las valoraciones, estimaciones y significados que se despliegan en un actuar determinado; además de responder a normativas y directrices que desbordan lo individual y, por tanto, son social y culturalmente compartidas.

Partí del supuesto metodoestésico de que estas formas afectivas, así como la potencia en la capacidad de obrar y el orden del amor, constituían el hilo que me permitiría comprender una diversidad de experiencias en un mismo horizonte experiencial: el horizonte del «espacio intersticial» donde se comparten ciertos valores y sentidos sobre el mundo. En el trabajo investigativo fui entendiendo que, si bien podía preguntarme por los afectos potenciadores de la acción, ello no significaba que pudiera conocerlos directamente. Solo iba a tener acceso al Otro y a la intimidad de su universo afectivo a partir del relato que cada interlocutor construía de sí mismo.

Entendí mi participación activa en la forma en que se cuenta y se registra el relato. Poco a poco, con un par de preguntas, y sobre todo a través de la escucha, fue apareciendo la narración de una historia, renovada y moldeada desde el propio horizonte temporal. Según Ricoeur (1999), se trata de un «acto creativo» sobre un pasado que se significa, cuando los mismos actores se preguntan, interrogan, cuestionan y hacen hablar a sus propias huellas. En estos encuentros presencié cómo los interlocutores se transformaron en viajeros del tiempo abriéndose hacia su pasado. Durante el proceso dialógico se realizó una arqueología desde el presente, restaurando lo olvidado a través de la rememoración de su propia vivencia y de la exploración de su más profunda intimidad.

Como señala Ricoeur (1999), el acceso al pasado no es directo, sino que ocurre a través de la mediación de la narración. Más aún, la experiencia sensible del pasado es inaccesible si no lo es a partir del relato, en donde puede acontecer la fusión de horizontes temporales, retrotraerse el presente del pasado de la afección, y recordar esa sensibilidad. Así fue posible articular y clarificar la

experiencia temporal: tiempos dispares, personajes y sucesos, así como la creación de una unidad de sentido que dio coherencia a lo vivido desde una trama narrativa que acontece en el presente. Mediante la narración los interlocutores dieron un sentido a la historia, a partir de la cual fueron revelando los afectos que operan en el recuerdo de lo que se cuenta como vivido.

Mi participación como ser afectivo y afectante se dio en dos direcciones. Por un lado, por mi intervención como dialogante fue posible que el relato apareciera. No es frecuente que las personas tengan claras sus motivaciones, sus sentires y afecciones. Es necesario que exista un dispositivo dialogal para descubrir, comprender e interpretar los afectos que estuvieron en el trasfondo de cada experiencia. Por medio de la narración y de lo que el interlocutor cuenta que fue su vivencia, pudo irse delineando la potencia, aquello que impulsó la acción, lo que la hizo posible. Sin embargo, los afectos, tan etéreos como son, aparecen diluidos, no están claros en el relato. En esta dificultad reside la segunda parte de mi intervención: la lectura entre líneas mediante una hermenéutica conjunta, la cual emerge, inicialmente, en el momento del encuentro. Lo que termina ocurriendo en el diálogo es un cuestionamiento, pues cada persona se enfoca en preguntar a su pasado por la forma en que se sintió y cómo se vio interpelada, afectada y tocada en su emoción.

El diálogo después se convierte en texto. En la lectura de la transcripción se da una segunda hermenéutica de los relatos. En ese segundo momento puedo abrirme al mundo de su experiencia sensible gracias a su capacidad narrativa. En este punto es cuando se coliga, se articulan fragmentos, se hace hablar al texto, se le interroga por el orden afectivo, por su lógica, y por el *conatus* que se esconde en la potencia afectiva y en la ética que emerge de él; justamente, en esta labor se consideró la pertinencia de traer a cuenta el «carácter ético» que subyace en la «acción narrativa», en el relato que el Otro configura sobre sí mismo (Ricoeur, 1996). En ese sentido, se buscó rastrear la huella ética que ha dejado su marca en el relato junto a lo afectivo. La descripción entonces se hace estética, *aesthesis*. Se conjuga el sentir con la propia apuesta estética, con mi sensibilidad, la creatividad y la imaginación para hilar los sentires y la memoria histórica personal en una narración en la que participo como narradora. Los senderos de las líneas se vuelven a entrecruzar. Se enmarañan una vez más en el texto. Trece voces se hacen polifonía, se trazan en mapas rizomáticos.

Tras las voces de la polifonía

La palabra polifonía, proveniente del griego *poli*, que significa muchos, y de *phonos*, que refiere a sonidos o melodías. El magnetismo de la palabra polifonía se explica por su capacidad de evocar una simultaneidad de sonidos diferentes que en su encuentro forman una armonía. Justamente, las voces de los «seres en fuga» las he querido entender como un entramado polifónico donde cada voz, desde su diversidad, va aportando a las posibilidades del intersticio. En este apartado quise hacer un breve recorrido por cada una de las voces que dieron vida a este trabajo a fin de reconocerlas y redescubrir las. Vale la pena aclarar que, pese a no hacer alusión a las voces de quienes leyeron este escrito y me asesoraron a la hora de realizarlo, las he considerado como parte de la polifonía, al igual que mi propia voz.

A) La voz de Juancho fue una de las primeras que escuché. Comprendí que, aunque parte de su vida la ha dedicado al estudio y la enseñanza de la Antropología, hoy su corazón está puesto en el sueño de la autosuficiencia y en la posibilidad de emprender un proyecto familiar inspirado en la permacultura. Me contó que hacia el año 2003 comenzó a impartir un seminario de licenciatura sobre ecología y cultura. Justamente esa experiencia fue una puerta para conectarse con la crítica a la sociedad moderna y a lo que él llama sus prácticas autodestructivas. Sin embargo, al poco tiempo descubrió que la crítica no era suficiente, por eso vio la necesidad de sensibilizarse y aprender sobre las alternativas que existían frente a esa cultura dominante.

En la misma época, se vinculó como voluntario en una escuela de crianza alternativa en San Cristóbal de Las Casas a fin de realizar el trabajo de campo de su tesis doctoral; y como las mejores citas que nunca se agendan, Juancho se encontró allí con un proyecto de permacultura y quedó fascinado. Lo curioso es que, pese a su interés por aprender de los principios de la permacultura, no llegó a reconocerse como permacultor: «cuando me preguntas si soy permacultor, pues siento que no me quiero definir, porque incluso me ha llamado la atención que la permacultura a veces es muy elitista, los cursos y todo eso llegan a ser muy costosos» (Juancho, comunicación personal, 2018). Siento que en sus palabras lo importante es cómo, desde un inicio, se está dando la pauta para reconocer las contradicciones que son inherentes a las alternativas que nacen en el seno del

mismo sistema capitalista. Aun así, al observar cómo se sumergía en su historia, me quedó claro que nada de eso impedía su admiración por la sabiduría que encontró en ese tipo de conocimiento.

B) Jesús es un ingeniero bioquímico que creció en Ciudad Nezahualcoyotl, Estado de México. Una de las primeras cosas que recuerda es que de pequeño le tocó sufrir durante muchos años un problema grave de escasez de agua en la zona. Mientras lo escucho, él gira su mirada hacia la izquierda, pero en realidad no ve los bambúes que están allí, lo que ve es a su cuñada y a sus sobrinos haciendo fila para conseguir agua en una pipa. Con su relato recrea la escena de los impresionantes pleitos de las mujeres por el agua. Cuando llegaba la pipa, la gente corría a llenar sus recipientes, pero eran tantos los altercados que se desperdiciaba cerca del cuarenta por ciento del agua, mientras el resto se salvaba y quedaba en las cubetas. Le quedó el sabor de lo complicado que fue, y se extrañaba de tener que volver a vivirlo en una región de México donde siempre abundó el agua. En su vida profesional se involucró cada vez más en asuntos vinculados con el agua. De hecho, hoy vuelve su mirada atrás, a la época en que era profesor de Ingeniería Química: «Yo les decía a mis alumnos, ‘al lugar que ustedes se vayan, lo primero que tienen que ver del lugar a donde se van a ir es que tenga agua, porque el agua va a ser un problema’. Yo ya veía el problema del agua desde entonces y, bueno, pues no me equivoqué, ahí va el problema» (Jesús, comunicación personal, 2018). Por lo anterior, su participación ciudadana en temas relacionados con las alternativas para la defensa, el cuidado y el respeto del agua es ampliamente reconocida en diversos espacios y movimientos ciudadanos. Además de esto, desde que llegó a vivir a San Cristóbal de Las Casas ha impulsado la organización barrial y la capacitación ciudadana en temas sensibles para los procesos de defensa del territorio, además de liderar varios proyectos para mejorar las condiciones de vida en algunas colonias en la ciudad.

C) Rubén estudió Ingeniería Industrial en la Universidad Autónoma Metropolitana. Desde el comienzo él supo que no se dedicaría a la ingeniería, por ello se asoció con algunos amigos para abrir una empresa de diseño. Uno de los trabajos que realizaron fue un proyecto de tipo ecológico para una constructora, por lo que buscaron la asesoría de un reconocido ecologista mexicano. Rubén provenía de un contexto muy urbano, e incluso al revisar sus antecedentes familiares no lograba ubicar fácilmente el contacto con la

tierra. Por tal motivo, ese trabajo fue lo primero que lo movió a aproximarse al tema ecológico. Viajó a Michoacán y allí conoció la casa del ecologista mencionado, una gran figura del ambientalismo. A partir de su descripción casi logré imaginar el lugar: «Había cultivos, había composta, había cosas que, en la década de los noventa, al menos en mi contexto, no era algo común, ahí me recomendó un libro que se llama *Lo pequeño es hermoso* de Friedrich Schumacher» (Rubén, comunicación personal, 2018). Pasaron muchos años y sucesos antes de que él se reencontrara con ese libro.

La crisis económica de 1994 en México llevó a la quiebra a muchas empresas, incluyendo la de él y su grupo. Para Rubén, ese fue un punto de inflexión en su vida: «Me saqué la corbata, vendí todo y me fui a España a la aventura [...] fue allá donde volví a encontrar el libro de Schumacher, lo leí y empecé a buscar, sentí que eso era algo que realmente me movía». Aunque Rubén encontró muy poca información sobre la permacultura, pudo conectarse con algunas personas que impartían cursos en Australia —la cuna de este sistema de vida—.

Ahí cambió toda la perspectiva de mi futuro, como que encontré lo que estaba buscando, como que todo me hizo sentido [...] la permacultura me hizo regresar a México y me hizo pensar en no volver a una ciudad grande y tratar de ligarme más a la tierra. [...] Me llamaba la atención San Cristóbal de Las Casas porque tengo una tía acá. De la mano de ella redescubrí la historia de Chiapas, sentí que vine acá a cerrar el ciclo, vine aquí a entender qué fue lo que acabó expulsándome de una vida, de una manera de vivir y de una visión del mundo. Seguramente eso tú también lo entiendes muy bien, salirte de tu país te hace verlo con otros ojos, te hace entender otras cosas, uno se sale de su vida, no solo de su país, y yo me salí de empresario a empezar a trabajar en la construcción. Es otro panorama, salirte de tu vida te permite entenderla y ver qué fue lo que pasó, así me dí cuenta de eso que había pasado. Entonces me interesé más en algunos modelos, en algunas críticas al desarrollo que hace el zapatismo, pues me hacen mucho sentido aunque no esté completamente de acuerdo con todo [...]. Eso también me hizo buscar por aquí, quedarme por aquí, ver que también había mucha más gente que está buscando

otras cosas (Rubén, comunicación personal, 2018).

Desde entonces Rubén ha sido un aprendiz de permacultura y ha trabajado en varias comunidades rurales de Chiapas, colaborando con el diseño y la construcción de estufas ahorradoras. También ha emprendido un viaje relacionado con el aprendizaje y la enseñanza de la bioconstrucción, y junto con otras familias, han conformado una comunidad intencional con la que trabajan en la formación de una ecoaldea.

D) Durante varios años Felipe fue docente en la Universidad de Santiago de Chile. Él mismo se recuerda como una persona totalmente volcada a lo intelectual: «La única manera que encontraba para interactuar con el mundo, con mis inquietudes, con las de otro, las políticas, las sociales y las ambientales era desde la razón, es un poco lo que vivimos en toda la sociedad» (comunicación personal, 2018). En esa carrera por la búsqueda de verdades sobre la vida desde la razón intelectual, se fue especializando cada vez más. Saltó de una ingeniería a otra, luego hizo una maestría y posteriormente un doctorado. Sin embargo, tenía claro que, más allá de perfilar una carrera profesional, sobre todo se sentía hambriento de aprender y de entender. Durante el doctorado experimentó una crisis profunda y se enfrentó con la verdad de que siempre había sido infeliz. De una forma muy sentida rememoraba que el dolor, la desesperación y la angustia permanecieron con él. Psicólogos, psiquiatras, antidepresivos, nada era suficiente, la depresión iba cada vez más hondo. Un dato realmente curioso es que, cuando acudía al terapeuta, solía encontrarse con «toda la banda, todos dañados, traumatizados por la academia, es chistoso pero es verdad, es terrible, mucha gente vivía tomando antidepresivos». Al parecer esa tristeza era común entre sus allegados de entonces, estudiantes del doctorado en Economía en la Universidad de Chicago, que «permanecían muy al borde del extremo de su vida». Por fortuna la situación cambió cuando, «con mucha fuerza interior», se dijo a sí mismo que no quería continuar en ese sufrimiento:

Y ahí por primera vez me tocó el espíritu, y dije: «No mames, esto está mucho más chingón que la razón intelectual». Es como otra manera de tocar la verdad que nunca me hubiese imaginado que existiera, y como que todo cobró sentido. Me dije: «¡Ah!, esto es lo que está haciendo toda esta gente que se dedica a la espiritualidad, yo quiero hacer lo mismo, pero con toda mi alma». Entonces, ahí

empezó todo (Felipe, comunicación personal, 2018).

Hoy en día Felipe forma parte de una familia espiritual con la que sigue la ruta de la tradición lakota. Con frecuencia se reúnen y realizan ceremonias de temazcales. También es importante reconocer que este sendero les ha llevado a él, su esposa y sus niños a una vida austera. Recientemente terminaron su casa con bioconstrucción y biotecnias. Cosechan agua pluvial, tienen baño seco y llevan una vida con bajo consumo energético, usan tecnologías con paneles solares, que pese a ser muy sencillas, les sirven para recargar algunos de sus aparatos electrónicos, además de para obtener algo de luz para las noches. Asimismo, Felipe destina parte de su tiempo a realizar talleres sobre «economía sagrada», donde junta dos conceptos que aparentemente podrían no tener relación.

E) Juan vive en Cuxtitali, un barrio tradicional del centro de la ciudad. Llegué a su casa un día cayendo la tarde. Al entrar, hice un recorrido subiendo unas escaleras de llantas. Pasé por un taller con un par de bicimáquinas, vi un baño seco, y finalmente ingresé en la casa hecha con técnicas de bioconstrucción. Saludé a su pareja y a lo lejos escuché a sus hijos. Luego, ya iniciada nuestra conversación, me contó que años atrás, cuando tenía 6 o 7 años, su papá lo llevaba con sus amigos, quienes ya tenían biodigestores y fogones ecológicos. Para la época eran lugares poco comunes. Su papá frecuentaba esos espacios no convencionales porque, según Juan, «siempre ha sido un locazo, tuvo abejas, borregos. Desde chicos supimos qué era tener una autonomía en casa». Ante la influencia de su familia, Juan reflexionaba y reconocía que:

Yo hice un paréntesis en mi vida, como que es normal, eres niño y tal vez te tocó una familia militar o una familia evangélica... entonces, ya vas con el molde de esa familia. Pero llega un momento donde agarras conciencia y dices, ¿qué pedo? Me doy cuenta que estoy en este juego, pero yo puedo decidir si voy o no voy, llega un momento donde te dices, como que esta es su lucha de mi jefe o su viaje de la familia, pero me doy cuenta que estaba chido, porque si no es esta, ¿qué es? Entonces, desde ahí yo empiezo a elegir ¿la corrupción?, pues no me late, tampoco no me late trabajar destruyendo el medio ambiente, por ejemplo, no me late hacer más rico a otro cabrón, no me late no saber ni pa'donde va mi chamba,

ni en qué se va a convertir realmente o ser un número más en la escuela. Entonces, desde ahí nacen ya mis propios viajes. Puta, no se me hacía lógico tantas horas de nuestra vida metido en una pinche escuela, ¿para enseñarte la vida?, ¡si la vida está ahí! ¿Que un maestro venga y me diga cómo es una manzana? Mejor voy y la pruebo, y luego entiendo, ¡ah, qué chida manzana! Él me puede decir que la manzana es así, pero yo tengo mi sentir, entonces se me hacía muy absurdo. Fui muy negado a esas cosas. La verdad, mis jefes sufrieron mucho conmigo en ese aspecto. Bueno, mi mamá, en cambio mi papá decía: «Donde tú seas feliz, a mí me vale madres». Y dice: «Si este es tu camino, pues dale». Pero la jefa sí decía: «¡Tú estás loco!» (Juan, comunicación personal, 2018).

Llegó un punto en el que Juan se sintió cansado y decepcionado del «romanticismo revolucionario» que se vivía en San Cristóbal de Las Casas y, aunque por algo más de un año intentó convencer a sus amigos de hacer un proyecto de vida alternativo, no lo logró: «A la hora de la acción se quedaban con discursos, con buenos libros, con buenos términos, y al final haciendo nada». En ese momento supo que debía comenzar a dar los primeros pasos, y para ello decidió rentar «un terreno baldío, un basurero realmente, era un foco de infección donde se juntaban teporochos, gente adicta». Era un lugar muy amplio donde sintió que podían hacerse muchas cosas. Esa fue «como su escuela de vida», empezó a tener conejos, gallinas, cultivos, un biodigestor y un sistema de captación de agua pluvial. Su ilusión era convertir ese basurero en un centro demostrativo. Juan recordaba que:

[...] así fue como nací en ese espacio, haciendo nuestra siembra, nuestra comida, nuestros fogones, domos, conocí el adobe, el trabajo de llantas, sentí como una conexión porque yo no fui a ningún taller. Entonces se me iba dando, la gente se iba acercando, era un lugar bastante abierto, tenía varios voluntarios de diferentes partes (Juan, comunicación personal, 2018).

En ese terreno urbano logró vivir un año y medio sin dinero. Al principio no fue fácil, incluso llegó a dormir en un galpón con las gallinas y su familia no

lograba comprenderlo del todo. Pero su reto personal lo animaba, Juan quería probar y experimentar si en un sistema como ese podía mantenerse sin ingresos económicos; finalmente valió la pena y sintió mucha satisfacción al lograrlo. Sin embargo, por muchos factores externos tuvo que dejar el terreno, y posteriormente inició un nuevo aprendizaje relacionado con la construcción y la conformación de una ecoaldea. Desafortunadamente, después de mucho trabajo y tiempo invertido comenzó a tener inconvenientes con la comunidad donde tenía la ecoaldea, y poco a poco sintió la dificultad de desarrollar su proyecto en un ambiente tan conflictivo.

Juan detuvo su relato porque quería mostrarme un documental que guardaba en su computadora. Se trataba de un registro visual que atrapó la imagen del lugar en todo su esplendor; allí pude ver algunas bioconstrucciones con la belleza y la armonía que suelen caracterizar ese tipo de apuestas. Mientras hablaba con él, yo misma sentía en lo más profundo que era una verdadera lástima que ese hermoso proyecto no continuara; con un suspiro, pensé que quienes vivimos en Los Altos de Chiapas sabemos que los conflictos territoriales siempre están latentes, prestos a explotar y a expresarse con furia. Creería que la afectividad y el arraigo de los pueblos a sus territorios ancestrales, así como el fuerte rechazo y la desconfianza hacia el *caxlán*, pueden terminar chocando con los sueños y los anhelos de los seres intersticiales. Con toda la potencia de su «hacer», y a pesar de los tropiezos, Juan construyó un tercer lugar, el espacio donde nos encontramos, y pese a que ya no se sentía la frescura que pudo tener el primer proyecto, sus sueños seguían intactos. Él quería continuar intentándolo, para finalmente demostrar con su hacer y con su ejemplo que existen alternativas para vivir y habitar los territorios desde otras afectividades más éticas, alegres, amables y amorosas.

F) Alma nació en la Ciudad de México y es profesora en Educación Preescolar. En 1987 quiso conocer Chiapas, por ello se trasladó a este estado para hacer un voluntariado con la diócesis en la selva de Ocosingo. Me dijo entre risas que la gente solía preguntarle si llegó a ser monja, pero no fue así; ella aclaró que realizó su trabajo como seglar, no como religiosa. Siempre se interesó por ayudar a la «población que vive en desventaja», y justamente por esa sensibilidad llevó a cabo un trabajo muy intenso con comunidades, donde lideró capacitaciones, talleres de alfabetización y de otros temas, siempre enfocados a mejorar las condiciones de vida de las familias. En 1994, tras el

levantamiento zapatista, se centró en la defensa de los derechos. En específico durante el alzamiento, y posteriormente en el contexto político de los acuerdos de San Andrés, participó de manera activa con una red de organizaciones enfocadas en atender cuestiones de salud, de ayuda humanitaria y de derechos humanos. Alma me contó que siempre le había gustado:

que la gente conozca sus derechos, que la gente sepa que tiene derechos y que los defienda. Entonces mi trabajo ha sido capacitar, formar e informar a la gente, que sepan cómo pueden defenderlos, qué instrumentos y herramientas tienen. [...] en algún momento me centré en las mujeres, en sus derechos y en el tema de la violencia. En este trayecto te das cuenta de todas las situaciones de violencia que viven las mujeres en las comunidades, y en cualquier lado. Entonces, también mi participación ha sido para formar a las mujeres, que conozcan sus derechos, que sepan qué tienen que hacer para poder denunciar situaciones de violencia y poder tener acceso a la justicia, eso había sido mi trabajo (Alma, comunicación personal, 2018).

Un tiempo después, entre los años 2006 y 2007, Mariano Díaz Ochoa —expresidente municipal de San Cristóbal, muy cuestionado por las irregularidades en su administración— planeó construir una unidad habitacional al sur de la ciudad, sobre los humedales de María Eugenia. Este hecho despertó la indignación y movilización de algunos ciudadanos que denunciaron la destrucción del humedal. Aunque en ese momento ella desconocía el valor de los humedales, poco a poco comenzó a investigar y a entender por qué eran importantes. Desde entonces Alma se sensibilizó con el tema y comenzó a participar activamente en una red de grupos ambientalistas barriales que se han articulado para la defensa del agua, los manantiales y los humedales de Jovel. Cabe agregar que estos últimos continuamente están siendo sometidos a invasiones y a crímenes ambientales, como lo es su relleno con tierra y con otros materiales de construcción. Junto a su comprensión sobre el cuidado del agua, Alma también ha incursionado en la construcción de ecotecnologías e imparte talleres en comunidades rurales sobre la elaboración de baños secos, que ella misma construye. Otro tema de vital importancia para el resguardo del

agua es la restauración de los bosques, por eso imparte cursos relacionados con la construcción de viveros comunitarios y con los procesos de recolección de semillas de árboles nativos.

G) Saraí tiene el acento que caracteriza a las personas del norte. Ella es una ingeniera química que, años atrás, al término de su maestría emprendió un viaje con su compañero al sur del país. Finalmente decidieron radicarse en San Cristóbal de Las Casas, donde construyeron la casa en la que viven con sus dos hijos. Además de madre, esposa y profesora de Química, Saraí es una de las seis mujeres generadoras del Cambalache. Este grupo se creó con la ilusión de experimentar una economía sin dinero, basada en el intercambio de habilidades, saberes y objetos que aún sirven y tienen valor. Entre sus propósitos resuena la intención de contribuir en la labor de desarmar el capitalismo, producir menos basura y consumir de forma responsable. De algún modo, con el cambalacheo —acción de intercambiar— se pretende reducir la dependencia del dinero y crear otras posibilidades para acceder a bienes y servicios que en verdad se necesitan.

Antes de abrir El Cambalache decíamos que queríamos que fuera un inter-cambio, o sea, un cambio desde adentro, porque luego era bien difícil. Cuando hacíamos ejercicios de intercambio entre nosotras, nos dábamos cuenta cómo ya tenemos tan interiorizado el sistema; desde que naces, naces en este sistema, pero a la vez creemos que es posible irse desconectando cada vez más, y de repente te parece natural entrar en el sistema cambalachero, que es un sistema más de mucha sensibilidad hacia el otro, como reconocerle también a la otra y al otro sus habilidades, lo que te ofrece, lo que te comparte desde otra mirada. Cuando otro te comparte no lo ves como algo de lástima o de: «¡Ah!, me está donando esto porque, pobrecito, yo que no tengo, o yo le dono porque el pobrecito no tiene». No es así, sino que es algo que se da de forma natural en el compartir, algo bonito y padre, como una economía diferente. Y también desde la parte ecológica, aunque sea un granito de arena en algo ayudará (Saraí, comunicación personal, 2018).

El grupo generador diseñó tres modalidades de cambalacheo: 1) *dando y dando*,

que consiste en ofrecer una habilidad, un saber, una ayuda mutua o una cosa, e intercambiarla por otra cosa o habilidad que tú necesites; 2) *quiero y necesito*, en este caso alguien puede pedir directamente algo que necesita, y otra persona puede dárselo sin esperar retribución, lo que suele presentarse en situaciones de urgencia; también se dan otros casos, como personas que necesitan PET, vidrio o tetrapack y se conectan con quienes donan lo que reciclan en sus casas sin esperar recibir algo a cambio; 3) y la última modalidad muy frecuente en El Cambalache es *por las puras ganas de compartir*, que se produce cuando una persona da algo sin recibir nada a cambio.

Saraí me contó cómo la experiencia de El Cambalache les cambió la vida; para ellas fue sorprendente la forma en que acogieron la iniciativa en muchos lugares como Comitán, Tuxtla, Veracruz, Mérida, Ciudad de México, Sonora, Nueva York, Estocolmo, San Francisco, Oakland y Berkeley, entre otras ciudades donde fueron invitadas a compartir su vivencia de inter-cambio. En palabras de Saraí: «Ahí va creciendo El Cambalache, él solito crece, ya no hay quien lo pare y eso es superlindo». Por ejemplo, desde hace un tiempo viene funcionando un grupo de WhatsApp en el que a diario se cambalachean aventones al aeropuerto de Tuxtla, terapias para alguien que vive un momento de crisis, utensilios de pastelería, pasteles y, por qué no, lecturas de tarot. Por si fuera poco, unos meses atrás las generadoras cambalacheras comenzaron a elaborar y a vender cervezas artesanales que han llamado La Heroína.

H) Martín es maestro de primaria, un pedagogo que años atrás llegó a Chiapas para trabajar como religioso. Es una persona reconocida en varios sectores de la ciudad. Por ejemplo, los académicos lo conocen por ser un pedagogo experto en el trabajo con grupos y en resolución de conflictos, mientras otras personas lo consideran un importante activista que acompaña los movimientos en defensa del agua y la naturaleza en la ciudad; asimismo, es recordado por haber sido presidente de la mesa directiva de la colonia Maya, dado que su llegada a ese cargo estuvo vinculada a un parteaguas en la vida cotidiana de la colonia. En el año 2015 un empresario de San Cristóbal de Las Casas planeó establecer una empresa de gas en un terreno ubicado en la zona alta de la colonia. Se trataba de un terreno de montaña habitado por árboles adultos de especies nativas. Los colonos pensaron en las implicaciones que tendría establecer en su zona residencial una empresa de gas, por lo que resolvieron organizarse y lograron detener el proyecto. Poco tiempo después,

una constructora del mismo empresario inició en ese lugar un proyecto inmobiliario, deforestó esa fracción del cerro y construyó un muro con el que se pretendía delimitar la parte baja de la propiedad. Como era de esperarse, en la época de lluvias el muro no logró contener el agua que corría por la montaña, y un día la presión del agua pluvial terminó por romperlo. La avalancha de lodo, ramas, ladrillos y pedazos de concreto corrió calle abajo por las pendientes de la colonia causando estragos a su paso. Fue en ese contexto que se estableció una mesa directiva conformada por veinte vecinos.

Lo positivo de lo anterior fue que, entre tantas dificultades para defender y proteger el lugar, lograron reinventarse creativamente, y la colonia se agrupó y cohesionó. Como comunidad, han experimentado múltiples procesos de cambio, y en ese tránsito, ellos mismos construyeron, con técnicas ecológicas y trabajo voluntario, un salón de reuniones llamado *Schanul ja' ta lum k'in al* (la serpiente de agua en la tierra). Este nombre se inspira en la zanja que realizaron conjuntamente para conducir e infiltrar el agua de lluvia, lo cual coadyuva en la recarga de los mantos freáticos y en la prevención de erosiones pluviales. Los seres intersticiales de la Maya hoy se encuentran en el lugar de «la serpiente», se entretejen rizomáticamente para idear, pensar e implementar alternativas ecológicas; es allí donde participan, reflexionan y despiertan su consciencia sobre el buen vivir y el cuidado de la Madre Tierra. Asimismo, desde la afectividad, la sensibilidad y la inteligencia colectiva que cultivan, han decidido apoyar y configurar una red con otros movimientos ciudadanos que buscan detener el ecocidio y defender a los seres naturales de Jovel: el agua, la montaña, los árboles, los manantiales y los humedales.

1) Lucy es una bióloga que desde muy chica tuvo una fuerte inclinación por los temas sociales, por lo que al terminar la preparatoria llegó a pensar en ser misionera o en unirse a algún grupo de ayuda humanitaria. Sin embargo, tras estudiar la licenciatura centró su interés en los bosques y la ecología vegetal. Ella cuenta que en ese entonces «hablaba más con los árboles que con la gente», aunque, pese a alejarse de las personas, siempre tuvo una gran sensibilidad hacia lo social. Cuando conoció la etnobotánica sintió un gran interés por conectar con ese conocimiento tradicional que han desarrollado los pueblos a partir de su profundo vínculo con la naturaleza. Con sus nuevas inquietudes dejó la Ciudad de México y terminó viniendo a Chiapas a realizar su maestría en El Colegio de la Frontera Sur. Era la primera vez que Lucy trabajaba con mujeres

y en una comunidad indígena, y aunque en un inicio lo encontró impactante dada la lejanía con el contexto urbano del que provenía, lo cierto fue que le «gustó muchísimo». Por ese motivo, al terminar su maestría se vinculó con una organización no gubernamental en la que participó en proyectos de agricultura orgánica y estufas ahorradoras.

Un poco más adelante, fue una de las cinco promotoras fundadoras del Tianguis Agroecológico y Artesanal Comida Sana y Cercana de San Cristóbal de Las Casas, que inició conectando directamente a los productores locales con las familias consumidoras a través de un sistema de canastas. El proyecto poco a poco fue incrementando de tamaño, hasta llegar a transformarse en un importante espacio de encuentro sabatino, que convoca a la población sensibilizada con el gran valor de los alimentos agroecológicos y artesanales.

[...] nosotras nos autodesignamos equipo promotor, y todas nosotras éramos consumidoras, ninguna era productora. Entonces, más bien como consumidoras queríamos tener acceso a alimentos limpios, locales, de pequeños productores, garantizar que no estuvieran regados con aguas negras, que no tuvieran productos químicos. Algunas de nosotras trabajábamos con productores de café, entonces también sabíamos que en los cafetales había fruta que luego se desperdicia y se queda tirada, y aunque no tiene certificación, el estar en el cafetal nos garantiza que no tiene agroquímicos. Esperábamos poder tener acceso no solo nosotras, sino tratar de contagiar a más gente para que a los productores les conviniera traer sus naranjas, sus limas, sus otros productos del cafetal, de sus cultivos, de sus solares, que realmente conviniera venir a San Cristóbal de Las Casas. Nuestro trabajo era hacer las asambleas, todas hemos trabajado con organizaciones sociales ya sea desde la academia o desde la sociedad civil, sabemos de metodologías participativas, hacíamos las reuniones, los talleres, e hicimos un proceso para aprender entre todos y todas a tomar decisiones. Fue todo un proceso, más o menos lo logramos, sé que aún tienen problemas pero ahí van. [...] Luego sentimos que el tianguis estaba lo suficientemente maduro para soltarlo, que ya dejara de ser nuestro niño chiquito,

ya son más o menos catorce años desde que inició el tianguis. Y aunque ya no participamos, cualquiera de nosotras llega al tianguis y somos como de la familia, tantos años de conocernos, de convivir, de enfrentar problemas juntos, de motivarnos (Lucy, comunicación personal, 2018).

Sumado a su colaboración en el mercadito, Lucy trabaja desde el año 2008 en el proyecto Mujeres y Maíz. Específicamente, ella es la coordinadora de este colectivo de mujeres que producen tortillas, tostadas, atole y otros alimentos hechos a mano con maíz. Además de la venta directa de esos productos, el proceso incluye promover la construcción y el uso de estufas ahorradoras de leña.

El fogón ahorrador para mí es como un ícono, tiene que ver con ahorro de leña, con hacer más eficiente el trabajo de las mujeres y también con evitarles problemas de salud muy graves que se ocasionan por estar respirando el humo. Entonces, se conjugan muchas condiciones favorables para las mujeres alrededor del fogón, y cuando logramos que ellas se apropien de su fogón tiene resultados maravillosos y con muchas aristas. Por ejemplo, para el proyecto que ahora coordino, que se llama Mujeres y Maíz, el fogón es el pretexto, es clave porque es tan bueno, transforma tan rápido, de un día para otro cambia la vida de las mujeres y de sus familias, y eso hace que ellas se motiven a aprender más. Entonces, es como una muestra de que se pueden transformar muchas cosas. Nos gusta que las mismas mujeres sean las que construyan su fogón porque eso les muestra a ellas que construir no es solo un asunto de hombres, nosotras las mujeres también podemos. Si ellas aprenden bien cómo funciona y cómo se construye, si quieren hacer otro o si se parte el fogón, ellas mismas lo pueden reparar, entonces es un aprendizaje muy significativo (Lucy, comunicación personal, 2018).

Tras este relato se revela una mujer que, además de ser madre de dos hijas a las que adora, es una persona que lucha por no perderse y seguir trazando lo

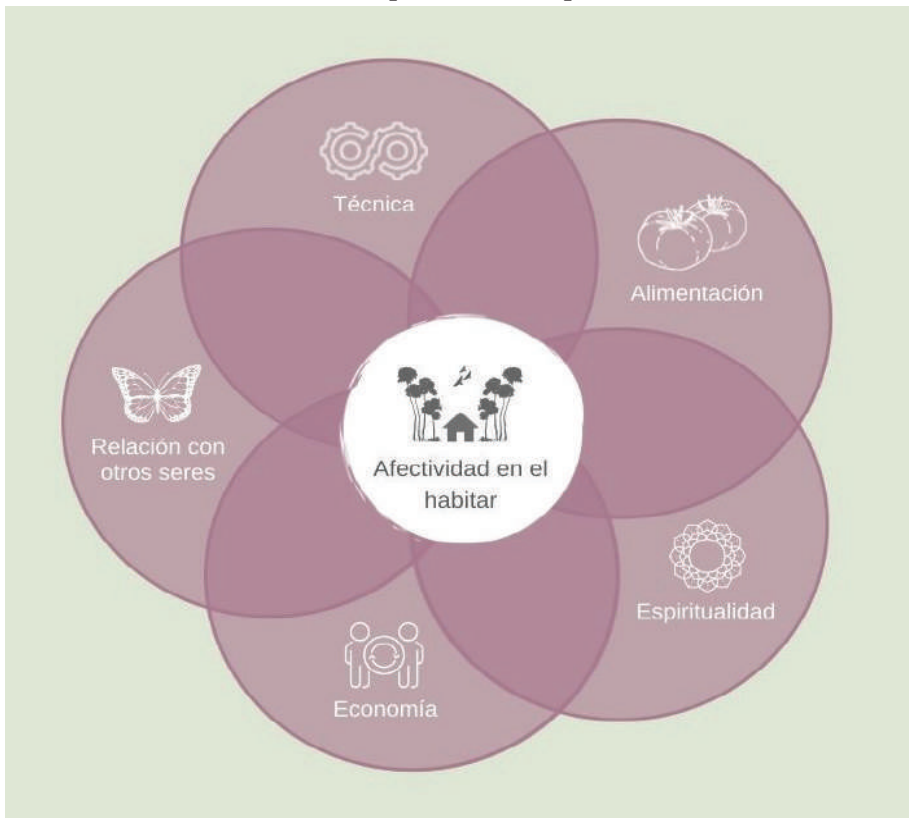
que sueña para su proyecto de vida. Por este motivo, también forma parte de una comunidad intencionada que pocos años atrás comenzó a trabajar para construir una ecoalde. Finalmente, siento que Lucy ha recorrido muchas rutas paralelas: ha tenido una gran inquietud por el papel de las mujeres y por eso trabaja con ellas, a la vez que se interesa por temas como la alimentación, las ecotecnias, la bioconstrucción y la conformación de su comunidad ecoaldeana. Para ella, estos procesos han sido muy significativos en su vida y han devenido junto con un cambio espiritual.

Las voces polifónicas evidencian que en el espacio intersticial se conjugan diversas líneas del hacer como lo son: la exploración de otro tipo de prácticas económicas basadas en el intercambio y en el redescubrimiento del valor o de la grandeza que aguarda en cada persona; dar vía libre a la creatividad y a la imaginación para alcanzar otras formas más amables de habitar los espacios, a través de diseños permaculturales, huertos, jardines, bosques comestibles, biotecnias y obras de bioconstrucción; también se presta atención al tipo de alimentación, que incluye un impulso por recuperar el contacto con la tierra y con los procesos de siembra en huertos familiares, además de preferir los alimentos locales, agroecológicos y de producción artesanal. En algunos casos todas estas rutas del hacer han ido acompañadas y han sido motivadas por una práctica espiritual que aboga por el respeto, el cuidado y el amor por la vida. Asimismo, es muy claro que en la polifonía aparece de forma transversal una preocupación constante por la naturaleza y por los seres naturales con los que habitamos, por eso es común que quienes transitan por el intersticio converjan en los espacios de defensa del agua, los humedales, los manantiales y las reservas forestales de las que depende la estabilidad ecológica en la cuenca de Jovel.

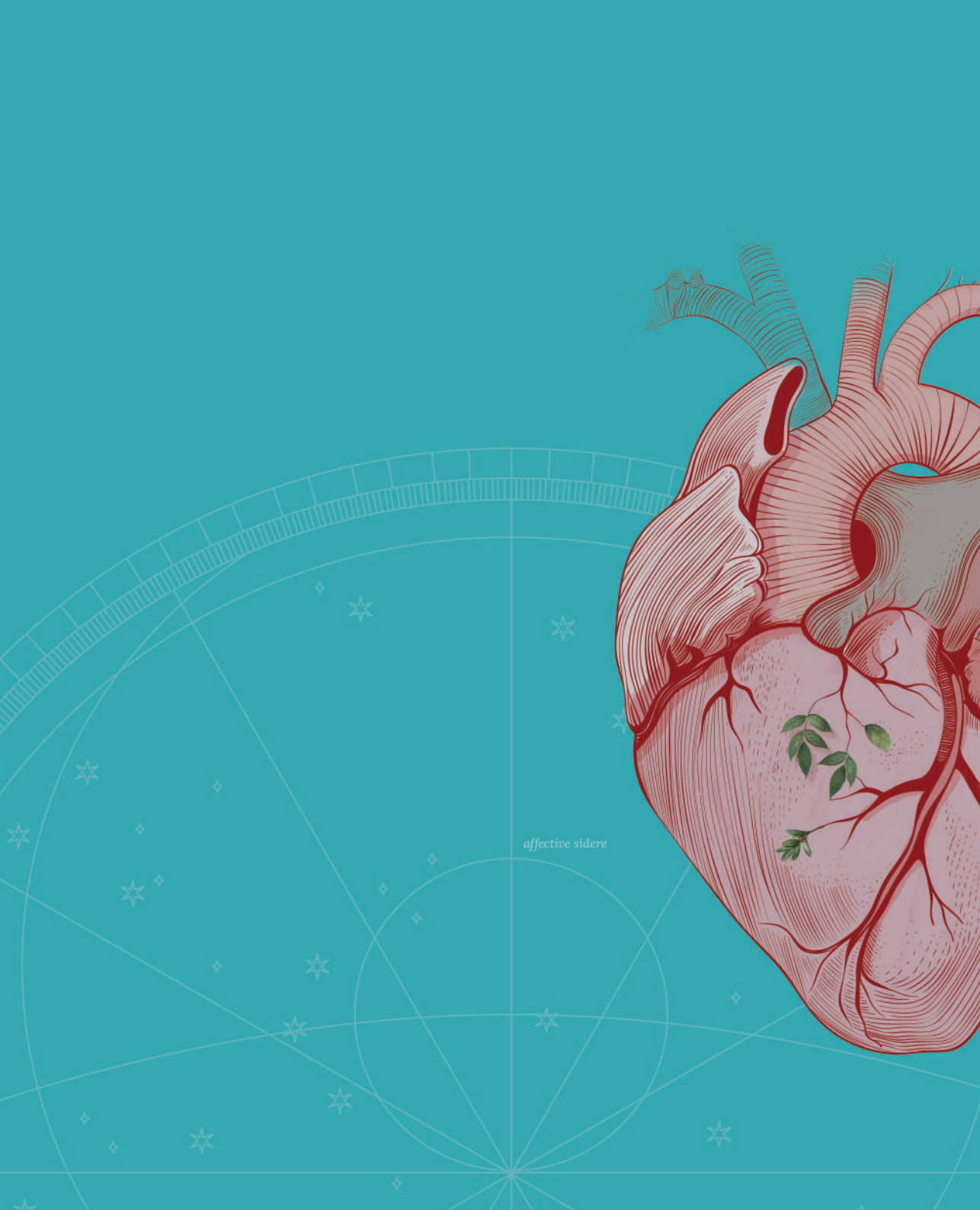
Inicialmente, las voces de la polifonía parecen desbordar cualquier deseo de delimitación investigativa, pero ¿cómo abordar un tema diverso que abre tantas rutas de análisis? ¿Tendré la licencia y la astucia para abandonar esa tendencia a fraccionar las realidades? ¿Podré escapar de la costumbre generalizada de estudiar alguna partecita de un fenómeno aisladamente? Al transitar por la ruta metodoestésica he querido seguir mi intuición de no ofrecer una lectura fragmentada sobre el intersticio en San Cristóbal de Las Casas. En los cuatro años que compartí, de un modo u otro, con los seres del intersticio, noté que, más allá de las diferencias, existen marcadas

coincidencias que los reúnen y los convocan a encontrarse en espacios, preguntas, inquietudes, deseos, sentimientos, indignaciones y preocupaciones similares. Por eso llegué a sentir que compartían una lógica afectiva y que su cuerpo era capaz de las mismas afecciones. En este contexto, la afectividad aparece como una suerte de línea imaginaria que une y conecta rizomáticamente a estos seres que buscan alternativas y se fugan de los esquemas de vida dominantes. Por ello será necesario detenerme en un abordaje teórico que permita comprender la profundidad del universo afectivo que emerge del espacio intersticial.

Gráfico I. Flor de la polifonía en el espacio intersticial



Fuente: elaboración propia.



affective sidere

SEGUNDO MOMENTO EN EL MAR DE LOS AFECTOS

Antes de profundizar en la lógica afectiva que atraviesa o que impregna a las personas que representan las fugas en el espacio intersticial, y en virtud de la complejidad, de la jabonosidad y de la aparente indeterminación de la constelación afectiva, es menester detenerse un momento a reflexionar sobre algunas nociones claves que más adelante me ayudarán a analizar, identificar y dar orden a las afecciones, sentimientos y emociones que estuvieron presentes de modo explícito u oculto en los relatos de vida, o en lo que antes llamé las voces polifónicas del intersticio. En este capítulo se direcciona y delimita la postura teórica que justifica la posibilidad de entrar a conocer no una afectividad etérea, sino una «afectividad encarnada» que se comparte socialmente y que, minuto a minuto, está creando realidades y posibilidades de mundo.

La constelación afectiva

La acción-reacción es una escena típica en el micromundo de la ameba. Al parecer, lo que puede su cuerpo es reaccionar de forma automática ante un estímulo: acercarse o alejarse según lo que recibe. Ante una mirada incauta, pareciera que los humanos nos comportamos como amebas porque en ocasiones da la impresión de que solo «reaccionamos» frente a los cuerpos exteriores que entran en contacto con nosotros. Sin embargo, lo que puede el cuerpo humano va mucho más allá de un proceso lineal de estímulo-respuesta. El cuerpo, en toda su complejidad, permite el entrelazamiento de fuerzas, energías, sustancias, sistemas y órganos que lo hacen capaz de «afectarse» y de «afectar» los fenómenos de la realidad en un sinnúmero de modos.

Pese a que nuestra participación en el mundo es constitutivamente afectiva y sintiente, se sigue manteniendo la creencia de que ante todo somos seres racionales. De algún modo nos encontramos ante el continuo olvido del papel central que juegan los afectos en el conocimiento, en la experiencia y en la creación de lo existente. Este ocultamiento y aplastamiento de la afectividad hunde sus raíces en la tradición cultural racionalista de Occidente, la cual suele ser conocida por cartesiana, positivista, objetivista, reduccionista o mecanicista, así como por encontrarse ligada al proyecto moderno⁶ (Varela, 2003). Específicamente, la forma cultural de entender la dicotomía razón/afectos,⁷ funciona como un dispositivo de poder que ha coadyuvado a posicionar la «razón» en una condición privilegiada con respecto a los «afectos».

La apropiación de la realidad desde la visión dicotómica ejerce una violencia sobre los fenómenos de la vida y de la naturaleza que acontecen en toda su complejidad, su majestuosidad y su misterio. En particular, afirmar que existe una desconexión entre la razón y los afectos humanos condujo a creer que estas polaridades son dos caminos impermeables, ajenos e independientes. La «razón» se posicionó como la vía acertada, lo esperado y lo que es política, académica y científicamente correcto, mientras que los «afectos» fueron enviados al rincón de lo indeseado, lo que se debe controlar, evitar y esconder.

⁶ La modernidad occidental se entiende como una categoría conceptual que refiere a un proyecto cultural de carácter universalista que se asocia principalmente a los procesos: de secularización de lo sagrado y lo profano, de rompimiento de las relaciones cara a cara y de predominio de la razón instrumental. Asimismo, es un concepto que se encuentra profundamente ligado a las ideas de utilitarismo y progreso, y a la emergencia del mundo objetivado como representación. Principalmente se arraiga en la creencia de la racionalidad científica, el individuo, la economía y el progreso (Escobar, 2013).

⁷ La dicotomía es una división a partir de la cual comprendemos de un modo particular algún aspecto de la realidad. Sin embargo, la presencia de los dualismos no es propia de la euromodernidad. Por el contrario, diversas tradiciones orientales, comunidades amerindias, tribus africanas y en general pueblos no occidentales estructuran sus cosmovisiones a partir de pares que se asumen como entidades incompletas, relacionales y complementarias (Escobar, 2013). Según Boaventura de Sousa Santos (2010), lo particular de la «razón metonímica» de la cultura moderna es que tiende a fragmentar y a contraponer los dualismos dejando uno de los elementos del par en condición de inferioridad. Tal es el caso de algunas escisiones como sociedad/individuo, cultura/naturaleza, civilizados/salvajes, sujeto/objeto, mente/cuerpo, razón/afectos, hombre/mujer, profano/sagrado e individual/colectivo, en donde el segundo de los términos se halla siempre subordinado al primero.

El encubrimiento de los afectos puede rastrearse históricamente en las transformaciones provocadas por la cultura moderna, la cual ubicó la razón en el centro de la actividad humana, cambiando los contenidos y la naturaleza de las relaciones, y permeando todos los ámbitos de la vida social e individual. El paradigma racionalista tuvo una gran influencia del trabajo de Descartes, quien afirmaba que la certeza del conocimiento solo podía alcanzarse mientras se generara una distancia «entre el objeto conocedor y el objeto conocido», por ello, a mayor distancia existiría una mayor objetividad (Castro-Gómez, 2000). Las cualidades del presente, los colores, olores, sabores y texturas, fueron conferidos a una experiencia subjetiva y corporal, a un espacio de los sentidos que se impuso como el mayor obstáculo para alcanzar el conocimiento objetivo. El ser humano, en su proceso de conocer y de relacionarse con el mundo a través de un cálculo racional, se vio obligado a dominar y ocultar sus pasiones y a ejercer un control sobre sus sentidos, emociones y afecciones.

El predominio del orden en el imperio de la razón moderna consideró el papel de los afectos como un desorden negativo, un exceso, un excedente o una fuerza irracional que, aunque no fue anulada, fue expulsada y confinada a dominios muy específicos del mundo de la vida. Los afectos entendidos desde la concepción spinoziana como «las afecciones del cuerpo, por las cuales aumenta o disminuye, es favorecida o perjudicada, la potencia de obrar de ese mismo cuerpo» (Spinoza, 1980:124), fueron transferidos al campo de las artes, la literatura, el teatro, la música y la poesía.

Desde el paradigma racionalista no se tuvo en cuenta que la afectividad, es decir, esa condición de verse afectados, potenciados o disminuidos, hace parte de la dimensión emocional y de las dimensiones ocultas que inevitablemente permean toda forma de racionalidad. En palabras de Maturana, «son nuestras emociones las que determinan el dominio racional en el que operamos como seres racionales en cualquier instante [...] aun la decisión de ‘ser racional’ es una decisión emocional» (citado en Escobar, 2013:19). Por esto, los detractores de la «razón», que la han culpado de ser causante de las guerras, los desastres ecológicos, la implementación de los «proyectos de muerte» y en general de todas las acciones inadecuadas y catastróficas del actual proyecto civilizatorio, están invisibilizando una responsabilidad compartida, dada su naturaleza imbricada con la afectividad. Quien enjuicia la razón deja de lado la «desmesura afectiva» que ha energizado los acontecimientos que hoy nos conducen al colapso

civilizatorio; en otras palabras, de la afectividad —que permea la razón— no solo derivan el amor y lo bueno, también el odio y la muerte.

De hecho, mientras la condición sensible del ser humano tiene la capacidad de afectar la experiencia de los individuos —independientemente de que intervengan procesos racionales o representacionales—, el contenido mental o los procesos racionales no pueden generarse sin las afecciones y sin las sensaciones y los sentidos que se desprenden de estas (León, 2011). Para decirlo en pocas palabras, la experiencia afectiva es capaz de desplegarse en ausencia de lo racional, mientras que la racionalidad resulta inviable fuera de la experiencia afectiva. No podría existir ningún pensamiento, conocimiento o acción que se presente libre de afectividad, aunque también es cierto que sin la capacidad racional, no sería posible comunicar, lenguajear o tratar de comprender nuestro mar afectivo. De modo inevitable, racionalidad y afectividad son dos nociones que se suponen, se implican e infiltran hasta escapar de cualquier afán dicotómico.

Así visto, la locución latina *cogito ergo sum* (pienso, luego existo) expondría un error fundamental, pues para el ser humano todo iniciaría con un «yo siento» y con un «soy afectado» por los fenómenos del mundo circundante. Todo comenzaría con una pasión, con una esencia o una potencia inscrita, implicada, plegada, replegada y entrelazada con una sensación (Pardo, 1991).⁸ *Sentio ergo sum* (siento, por lo tanto existo) significa, en cambio, que experimento la potencia, la energía vital en el proceso mismo de existir. Quiere decir que siento y soy potenciado gracias a que mi cuerpo es capaz de afectarse y afectar.

La afectividad y las formas de la senti-mentalidad no son una experiencia etérea, volátil o abstracta, por el contrario, se anclan en «nuestra evidente naturaleza de sujetos encarnados» (León, 2018:11). Esto explica por qué nuestros inasibles estados anímicos y humorales pueden llegar a ser tan tangibles y reales como el dolor que produce un diente enfermo. Más que seres racionales escindidos entre la *res extensa* y la *res cogitans*, entre el mundo sensible y el mundo de las ideas, somos «afectividad encarnada», una mágica materialidad que no permite divisiones entre la mente y el cuerpo o entre la cabeza y el corazón.

El cuerpo, entendido como encarnación, es la base donde se codifican, configuran y movilizan las realidades exteriores, de ahí que se constituya como

⁸ Para Spinoza la esencia es la potencia, la intensidad o la fuerza que encuentra morada en la afección (Pardo, 1991).

la condición *sine qua non* para la vivencia afectiva; el «cuerpo encarnado» dista del «cuerpo cartesiano» que fracciona y asume la objetividad de una masa orgánica que funge como recipiente del alma, del espíritu, la mente, el ego o cualquier otra inmaterialidad trascendental (León, 2018). Lejos de la escisión, la «encarnación afectiva» es continuidad, mezcla, entrelazamiento, implicación, inter-existencia. En palabras de Spinoza, «las ideas de la mente y las afecciones del cuerpo no son más que la misma cosa» (1980:252).

Pero esta encarnación no solo es continuidad hacia dentro, también lo es hacia afuera. La piel no es igual a la pared de un recipiente, ni tampoco a una cáscara fronteriza que diferencia lo interno de lo externo (Elias, 2008). Al igual que una ola no puede separarse del mar, nosotros no podemos separarnos de lo que acontece afuera. Las percepciones contienen en sí mismas al observador y lo observado; por ejemplo, cuando escuchamos un grillo, nosotros y el grillo existimos al mismo tiempo en que ocurre el acto de la escucha. El grillo y yo devenimos juntos, estamos implicados el uno en el otro y no podríamos existir de modo independiente. Es así como la naturaleza «interdependiente» de los cuerpos y de los fenómenos reafirma el principio de la no dualidad (Hanh, 1998a).

En esa lógica de continuidad entre lo interno y lo externo, vemos que las energías y las fuerzas que animan el cuerpo y la multiplicidad de las afectaciones que sentimos son posibles dada la organización estructural de la encarnadura humana. El modo en que conectamos, percibimos, queremos, odiamos y sufrimos está condicionado por la complejidad corpórea y su entramado sensorial. Aunque nunca reparemos en ello, lo cierto es que podemos trazar una caricia en el rostro de alguien gracias a que tenemos manos y no garras. Luego nos erizamos al tacto de la suavidad de unos dedos porque nos envuelve el tejido celular de la piel y no un conjunto de escamas. Es por nuestras glándulas lagrimales y las cavidades oculares que podemos evidenciar el regocijo, el enojo, la tristeza o incluso la pesadez nostálgica que nos despierta un determinado aroma. Sin que podamos controlarlo, el sistema olfativo nos abarca y desborda hasta terminar embarcados, como polizones del tiempo, en viajes astrales que conducen a los lugares desteñidos del pasado. El perfume de una fruta, el sonido de las ramas de un árbol movidas por el viento, los ladridos de un perro, la voz de una mujer, la suavidad de una almohada, el ritmo de una canción, la rugosidad del suelo, el verdor de una montaña, la oscuridad de una noche, la mirada de un ser, la dulzura de un helado o la amargura de un limón pueden estallarnos en el

cuerpo entero al punto de existir más dentro que fuera de él y así lograr desatar e irradiar un sinnúmero de afectos.

La complejidad de la materialidad sintiente impide que la realidad se imprima de manera directa en nosotros, como una herida sobre la piel. En otras palabras, los humanos no captamos las cosas mismas, captamos cómo nos afectan y cómo apreciamos sus cualidades. La apropiación del mundo no es un proceso puro, de hecho, la aparición de la experiencia presente implica el entrelazamiento de apreciaciones, sensaciones, percepciones, apetitos, estimaciones, valoraciones, emociones y sentimientos que engloban lo que podemos llamar la «constelación afectiva».⁹ Somos afectados porque nuestro cuerpo tiene la capacidad de ser «sensible», es decir, tiene la habilidad de otorgar un «significado a las propias sensaciones o alteraciones del organismo» (León, 2011:25). Sentir —y lo que es sentido por nuestra sensibilidad— proviene de la palabra latina *sentire*, que está vinculada a la raíz indoeuropea *sent* que significa orientar o dar dirección; por ello, el sentimiento es la direccionalidad y el sentido que otorgamos a lo que vivimos y a las formas específicas en que experimentamos la vida. Desde el soporte orgánico se dota de significado, se estima, tamiza y entrelaza la información que recibimos, es decir, sometemos las interpretaciones a procesos de valoración que constantemente generan diversos mapeos afectivos en nuestra geografía corpórea.

El modo en que se abre la experiencia presente ante los sentidos es el resultado de profundas elaboraciones afectivas y perceptuales que definen selectivamente los contenidos significativos de la experiencia. Sin duda, vivimos la versión acotada de una realidad basta e indeterminada (León, 2018). En dicho escenario filtrado, los estados anímicos son como una atmósfera que impregna una tonalidad específica a los fenómenos que nos aparecen; se trata de una suerte de luz que alumbra y condiciona nuestra percepción frente a la

⁹ De acuerdo con el antropólogo Josep Fericgla (2000), los sentimientos son emociones que ya han sido razonadas y codificadas culturalmente, en cambio las emociones surgen en acto, derivan de la experiencia inmediata. Los sentimientos pueden ser muy numerosos y dependen de cada contexto, mientras que las emociones son limitadas y su número varía según las escuelas o los autores; no obstante, se suele coincidir en cuatro emociones básicas: miedo, ira, alegría y tristeza. En otros casos se suman la sorpresa y el asco, y particularmente Fericgla (2000) agrega el orgasmo sexual y el éxtasis trascendente.

exterioridad. Por esta razón, lo que apreciamos de un fenómeno revela más de nosotros que de la naturaleza misma del cuerpo observado. Por ejemplo, cuando el estado humoral dominante es la tristeza, nuestra encarnación animada tiende a una coloración de malestar, depresiva, amarga, pesada, rabiosa, tensionada y ansiosa que impide conectar con las expresiones alegres de la vida; además, estas modulaciones afectivas suelen movilizar recuerdos y memorias que coadyuvan a teñir de gris el espectro del presente al que accedemos. En otros casos, si tenemos mucha hambre, una manzana puede parecernos físicamente más grande de lo que es, en comparación con los momentos en que estamos saciados; o también podemos pensar en cómo se altera la percepción del tiempo dependiendo de si estamos aburridos, interesados, alegres, relajados, tristes o asqueados (Gallagher y Zahavi, 2014).

Que la encarnadura humana otorgue una existencia y un sentido particular a los fenómenos con los que entramos en contacto significa que nos es imposible captar pasivamente el mundo y tomar distancia de aquello que asumimos como real. Ver la manzana más roja, sentir que alguien es muy divertido o percibir que un oleaje del mar es peligroso no significa que dichos seres o fenómenos existan de esa manera, sino que nuestra percepción los ha hecho existir de esa forma determinada según nuestro estado anímico dominante. Puede que logremos ser justos, moderados y ecuanímenes frente a las interpretaciones que hacemos, pero también es posible que lleguemos a articular retorcidamente la información, al punto de reconfigurar versiones ficcionales que exageran, exaltan, minimizan, desdibujan o caricaturizan las cosas y los seres exteriores. El entorno bajo la mirada del cuerpo sintiente queda reducido a ese espectro de lo que podemos captar y a ese relato de verdad que hemos instituido. En otras palabras, «caemos en nuestra propia trampa», logramos autoengañarnos y convencernos de que esas cosas que sentimos, percibimos y codificamos son la realidad incuestionable (León, 2018). Es innegable que a cada paso vivimos implicados y envueltos en una maraña auto-evidente que fabricamos y seleccionamos de manera activa. Minuto a minuto nos hacemos junto con las cosas del mundo, es decir, que surgimos en una coemergencia, y eso nos convierte en responsables de los escenarios que cocreamos.

La capacidad selectiva entre lo que tiene o no importancia opera como una regulación afectiva, es decir, como un proceso de discriminación que configura una «economía emocional» (Ciompi, 2007). El modo y la intensidad de nuestra

afectación implican un nivel de descarga o de inversión energética, por ello resulta fundamental la modulación de las maneras de emocionar para preservar la homeóstasis del cuerpo. Si nos dejáramos llevar por un torbellino de fuerzas impulsivas, afectándonos por todos los acontecimientos de la realidad sin filtro alguno, viviríamos un desgaste emocional que desencadenaría una crisis en nuestra «economía energética». Por fortuna estamos dotados de recursos para regular, canalizar y temperar las afecciones que en ocasiones nos conducen a sobredimensionar las alegrías o los sufrimientos. Economizar es una estrategia para conseguir una estabilidad que, pese a ser frágil, evita que nos extraviemos y naufraguemos en el mar afectivo. De no ser por esa ordenación afectiva, nuestras potencias quedarían subsumidas en el caos; moriríamos atrapados por la fuerza de cualquier incitación, arranque de euforia, ira o tristeza (León, 2018).

Estos mecanismos de la «economía afectiva», que intervienen para seleccionar y entrelazar diferentes elementos del acontecer cotidiano, responden a una «lógica afectiva» que a su vez guía y organiza los contenidos del pensamiento y de la acción. Cuando Blaise Pascal decía que el corazón tiene razones que la razón no entiende, aludiendo a que, en contra de lo que se cree, la constelación afectiva opera bajo una «lógica y un orden» (Scheler, 2003); de hecho, al ser continuidad del cuerpo humano, la afectividad está gobernada por los mismos principios que rigen la organicidad de la vida y de la naturaleza.

El logos, el pensamiento y la razón se dinamizan con el anudamiento de las afecciones conscientes e inconscientes, de las apetencias, inapetencias, sensaciones, deseos, humores, impulsos y percepciones. Como resultado de este encuentro, la capacidad racional codifica, posiciona, subordina, ensambla, amalgama, conmuta, disocia, explica e identifica con palabras la complejidad senti-mental que acontece en nuestra encarnadura (León, 2018). Justamente cuando no entendemos lo que sentimos ante determinada situación, nuestros mecanismos racionales movilizan la lógica afectiva a fin de comprender, interpretar, mapear y finalmente relatar lo que nos ocurre. Es a través de la narración como intentamos dar un orden, justificamos y dotamos de sentido los estados anímicos. En parte, esto justifica por qué los afectos pueden ser relativamente captados en el relato.

Más allá de las condiciones individuales, el «orden afectivo» es moldeado por los influjos culturales. Pertenecer a una misma red simbólica y a una comunidad lingüística específica conlleva la configuración de una forma particular de

emocionar, de ahí que existan figuras del lenguaje que refieren a sentimientos particulares de una zona geográfica o de un país. Ejemplos de ello son: la morriña, que despierta en los gallegos la tristeza y la añoranza del verde de Galicia; la tuza, ese dolor, rabia y abandono que siente un colombiano al perder un amor; la versatilidad de la saudade, nostalgia e incluso alegría que solo puede ser descrita y entendida por quien procede de Brasil; el *kilig*, sentimiento que en Filipinas se relaciona con tener mariposas revoloteando en el estómago; el *iktsuarpok*, que en inuit es la forma de nombrar la frustración de esperar a que alguien llegue, lo cual incluye salir a comprobar continuamente si ya viene en camino; el *fernweh*, que en Alemania refleja el sentimiento de añorar un lugar que aún no se conoce; el *kummerspeck*, palabra también alemana relacionada con el aumento de peso corporal por una pena amorosa; o el *mono no aware* en Japón, que enuncia la tristeza que adviene cuando algo termina (Sanders, 2014).

Como vemos, los afectos se expresan en formas narrativas compartidas por personas que pertenecen a una misma red emocional. El reino de los afectos y de lo sensible supera al sujeto enmarcado en su individualidad y cobra sentido a la luz de la alteridad. Claramente los esquemas afectivos que ordenan la experiencia no existen en el vacío, de hecho requieren de un terreno concreto, de un marco referencial cultural y social que le brinde una dirección y un sentido particular (León, 2011). En otras palabras, el universo afectivo es una construcción de carácter cultural que determina modelos, esquemas, maneras de emocionar o «rieles afectivos» que resultan comunes a un grupo humano (Ciompi, 2007). Se trata de rutas o senderos con una coloración afectiva dominante según la cual se valora, premia, reprime o castiga la vivencia afectiva. Además de establecer patrones de comportamiento, estos rieles son una suerte de memoria emocional que determina la manera como aparecen las cosas, nos enfocan a lo que se considera importante o apreciable, al tiempo que aclaran lo que resulta despreciable, trivial e intrascendente, evitando así gastos energéticos innecesarios (León, 2018). En suma, a ellos se debe que contemos con un repertorio de guiones, salidas y respuestas recurrentes, casi automáticas, que direccionan nuestra sensibilidad, la experiencia presente y los modos de operar, de ser o de existir.

Algunas sociedades transitan sobre los rieles de la vergüenza, otras siguen el camino de la culpa y el miedo al castigo —propio del cristianismo católico— (Fericgla, 2000); en otros casos, las tonalidades afectivas que atraviesan los modos de pensar son el odio, la rabia y el resentimiento, como ocurre en los países que han sufrido conflictos armados de larga duración, lugares donde la paz es

frágil y puede convertirse rápidamente en una guerra abierta. También están los rieles subyugados por el deseo y la falta, por donde transitan las sociedades que necesitan del consumo de mercancías para sobrevivir. Asimismo existen los «rieles afectivos» del intersticio, los cuales, como veremos, parecen estar tutelados por la esperanza de lograr edificar otras formas de estar en el mundo.

Más allá de los «rieles afectivos», los actos y las disposiciones asientan su raíz en el *ethos* de una persona o colectividad humana. San Agustín fue el primero en señalar que el núcleo de esa fuente primaria de la que surgiría toda la vida afectiva es el *ordo amoris*¹⁰ (el orden del amor). Max Scheler retomó la idea del «orden del amor», como el «escalón superior de la vida emocional». Para él, el ser humano es un *ens amans* —antes que un *ens cogitans* o un *ens volens*—, es un ser que se encuentra atravesado por un orden del amor, es decir, por un sistema jerárquico que organiza las valoraciones fácticas, los actos de preferir y de detestar, y el tipo de querer y de conocimiento que determina el contenido y la direccionalidad del mundo. El *ordo amoris* es el «juego del movimiento del corazón» que configura la escala de las cosas que pueden ser amadas, de las cosas que son dignas de amor o de odio (Scheler, 2003).

Amor y odio no son simples reacciones de respuesta como pueden serlo el agradecimiento o la venganza, tampoco son afectos o emociones que se sienten sobre algo; son capacidades, actos espontáneos, movimientos en el ser que llevan a experimentar bien una ampliación, en la cual resplandecen valores superiores, o bien un estrechamiento. En otros términos, amar a alguien o algo genera una ampliación en mi ser que me anima a la creación, al respeto, a la honestidad y a la libertad, mientras que odiar me conduce a la crueldad, a dañar, devastar o destruir.

Con el *ordo amoris* sopesamos lo que nos resulta importante y nuestras variadas inclinaciones que evidencian un amor plural, dirigido a una amplia gama de elementos o seres que pueden ser personas, flores, gatos, montañas, ríos, árboles, libros, canciones y toda la infinitud de cosas que entran en el rango de lo que puede o no ser amado. En ese movimiento del corazón hay una

¹⁰ Para San Agustín el amor vendría a ser el peso de la persona y: «el cuerpo, por su peso, tiende a su lugar. [...] Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. [...] Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: ordénanse y descansan. Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado» (San Agustín, 1986: XIII, 9).

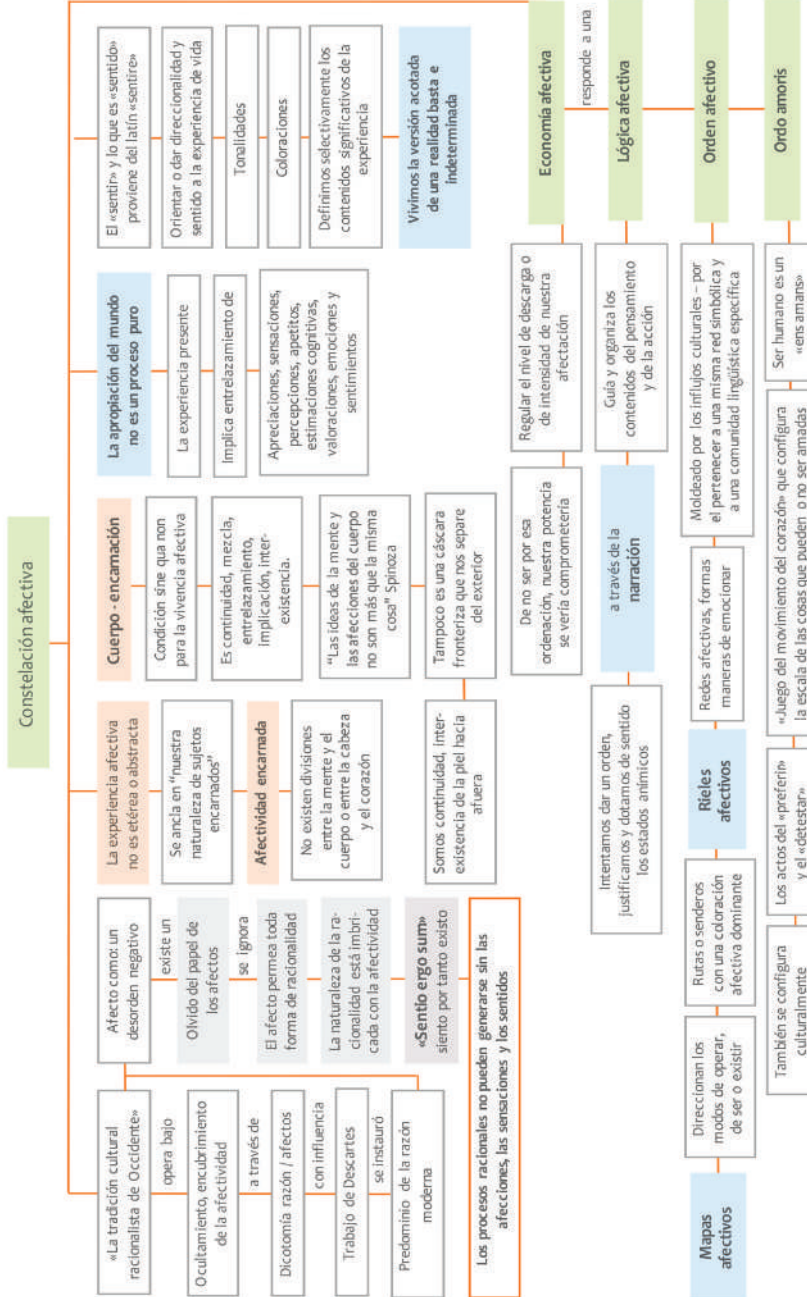
preferencia hacia la misma clase de personas y la misma clase de cosas; esa clase es una expresión de la predilección en la ordenación del amor (Scheler, 2003). Las tendencias en el *ordo amoris* aluden a una estimación de importancia que puede o no coincidir con el valor real de las cosas. Sin embargo, Scheler (2003) mencionó la necesidad de armonizar estos dos aspectos, coincidiendo con la siguiente postura de San Agustín:

vive justa y sensatamente aquel que es un honrado tasador de las cosas; pero éste es el que tiene el amor ordenado, de suerte que ni ame lo que no debe amarse, ni no ame lo que debe amarse, ni ame más lo que ha de amarse menos, ni ame igual lo que ha de amarse más o menos, ni menos o más lo que ha de amarse igual (San Agustín, 1957: I, 27, 28).

Con esta cita agustiniana Scheler (2003) señala que un corazón ordenado da importancia a lo que en verdad tiene importancia, a lo que tiene valor por sí mismo, al tiempo que modula, resta o quita importancia a lo que no tiene valor. En tal sentido, la organización de los actos de amor y odio no es injustificada, vana o caprichosa, sino que responde a un orden justo. El punto fundamental en esta consideración es ver que un orden individual concreto es la continuidad de una ordenación considerada justa colectivamente. Al igual que los sentimientos, las emociones y las afecciones, el *ordo amoris* se prefigura desde la matriz cultural dominante a la que pertenecemos. Quiere decir que culturalmente existe un régimen de las cosas que pueden ser amadas y odiadas, el cual se enlaza con una determinada economía afectiva. No es casualidad que en los países de Occidente sea común que las personas sientan aversión, odio o asco profundo hacia una rata, mientras que en Deshnok, India, son consideradas animales sagrados y dignos de amor.

Aunque Scheler (2003) advierte que existe una irreductibilidad de la vida afectiva al entendimiento, en cierto sentido el acercamiento a la comprensión del *ordo amoris* nos abre al conocimiento de la realidad más profunda de una sociedad en un determinado momento histórico. La capacidad de amor y de odio tenderá a revelarse en su propio lenguajear, en el tipo de relaciones que se entretujan entre humanos, en el trato hacia los animales con los que hemos coevolucionado en un mismo territorio, y sobre todo en los paisajes, devastadores o esperanzadores, que construimos.

Gráfico 2. Constelación afectiva



Fuente: elaboración propia.

El peligro radica en que quien conoce la lógica de ese sistema de ordenación tiene las claves para dominar, controlar y poseer el *ordo amoris*, y con esto poseer directamente al ser humano. Sería como tener algo semejante a la «fórmula cristalina para el cristal», señala Scheler (2003:27). En palabras del mismo autor: «quien posee el *ordo amoris* de una persona, posee a la persona». Con lo anterior se alerta de que ese movimiento del corazón deviene, hasta cierto punto, atravesado por tramas de poder, es decir, que el *ordo amoris* no solamente tutela las cosas que pueden ser amadas, sino también las que no pueden serlo (León, 2011). ¿Cuáles serían las cosas que esta sociedad no permite que sean amadas?, ¿cuál es la insensibilidad que ordena este sistema de vida?, ¿a qué dirigimos nuestra sensibilidad o nuestro amor y a qué no?, y, por tanto ¿ante qué permanecemos anestesiados?, ¿cuál es la economía afectiva de este sistema?, ¿cómo operan sus rieles afectivos?, ¿cuál es acaso el orden del amor de nuestros tiempos?

La afectividad como potencia en Baruch Spinoza

En el libro *Ética demostrada según el orden geométrico*, Spinoza abre un tipo de sensibilidad para comprender nuestra participación en el mundo. En esa tarea parte de cuestionar a quienes piensan que los afectos y las acciones humanas se encuentran por fuera de la naturaleza, llegando incluso a asumir la participación del ser humano en el orden de la naturaleza «como un imperio dentro de otro imperio». Contrario a ello, Spinoza considera que «la naturaleza siempre es la misma, en todas partes, su eficacia y potencia de obrar, son siempre las mismas» (1980:123); por ello, cualquier modo o expresión de vida —incluyendo la fuerza de los afectos humanos y la potencia que de ellos se deriva— seguiría ese orden de la naturaleza. El reconocer que los afectos son intrínsecos a la naturaleza, que no son algo distinto ni están fuera de ella, significa que los afectos también tienen una lógica y una geometría, al igual que el orden natural.

Antes de entrar a comprender los afectos, es fundamental diferenciar el *affectio* (la afección), del *affectus* (los afectos); por el momento debe quedar claro que los afectos se entienden, inicialmente, como un modo de pensamiento no representativo que implica una volición, una voluntad o un querer. Si lo pensamos con detenimiento, los afectos como la esperanza, el amor o la angustia no representan estrictamente algo, aunque sí son sujetos de representación a través de las ideas. Mientras que una manzana —roja, jugosa y de olor dulce— me lleva directamente a un modo de pensamiento representativo, la

ira o la esperanza no pueden ser representadas de forma directa, y por tanto su aparición necesariamente requiere de las «ideas». En este sentido, «las ideas y los afectos son dos modos de pensamiento que difieren en su naturaleza, son irreductibles el uno al otro, pero están atrapados en una relación donde el afecto presupone la idea» (Deleuze, 1978:2). Las «ideas» funcionarían como un canal o un vehículo que permitiría la aparición de los afectos. Sin duda, para odiar o querer es necesario tener una idea, aunque sea inextricable e indeterminada, de lo que se odia o quiere. Si bien la complejidad de los afectos escapa al entendimiento, siempre se tendrá la opción de recurrir a las ideas para acceder a la comprensión, así sea limitada, del mundo afectivo de un sujeto.

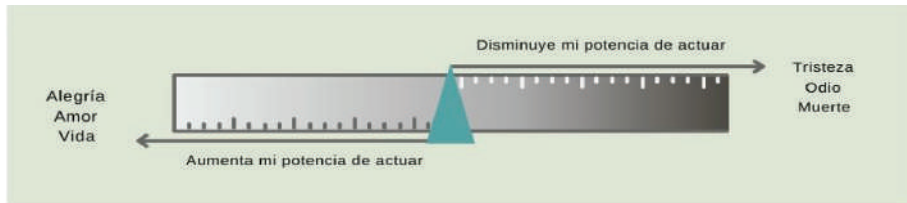
En la vida cotidiana tenemos un sinnúmero de pensamientos, las ideas van y vienen, cambian y se actualizan constantemente. Siguiendo un ejemplo explicativo de Deleuze (1978), supongamos que en una mañana escribo y me siento confundida, luego leo una noticia y me embarga la tristeza, después llega Juana y experimento mucha alegría al verla. Irremediablemente las ideas se suceden, y al mismo tiempo en nuestra encarnación va operando una variación o una modulación. Ese «régimen de variación» que surge a partir de las ideas que se afirman en nosotros es lo que se entiende como afectos (Deleuze, 1978). Se trata de una modulación en la *vis existendi* (fuerza de existir) o en la *potencia agendi* (potencia de actuar), siendo este último un concepto nodal en la definición spinoziana de los afectos.

Spinoza entendió los afectos como «las afecciones del cuerpo, por las cuales aumenta o disminuye, es favorecida o perjudicada, la potencia de obrar de ese mismo cuerpo» (1980:123). De nuevo, me siento alegre porque Juana está aquí y ha aumentado mi potencia de actuar, pero de repente llega Arturo y siento que casi no puedo pronunciar su nombre, me cuesta mirarlo y compartir el espacio con él, mi potencia ahora está inhibida y perjudicada con su presencia.

De ese modo, la forma y la intensidad en que las ideas conectan con mi cuerpo varían en un rango determinado. A mayor conexión con el carácter intrínseco de una idea sobre algo o alguien, tendré un mayor aumento o favorecimiento de mi «potencia de actuar»; en cambio, a mayor desconexión o desencuentro, mayor será la disminución, la inhibición o el impedimento de mi fuerza de vida o de mi potencia de actuar. Como lo ejemplifico en el Gráfico 3, Spinoza encontrará que la «alegría» y la «tristeza» se ubican en los extremos de este rango de variación; sin embargo, han existido otras interpretaciones que ayudan a ampliar la

comprensión sobre este punto de la filosofía spinoziana. Como tratamos previamente, Scheler ha entendido estas polaridades como amor y odio, mientras Boaventura de Sousa Santos (2010) las ha asumido como esperanza y muerte. Sea como fuere, al parecer es un contraste entre altas vibraciones y bajas vibraciones, que pueden llegar al punto del aniquilamiento de la fuerza vital. De hecho, la polaridad de los afectos designa un umbral de intensidad que no puede vivenciarse más allá de lo que el cuerpo acepte; son intensidades que en su máximo grado advierten sobre los peligros del exceso y la desmesura.

Gráfico 3. Dial afectivo



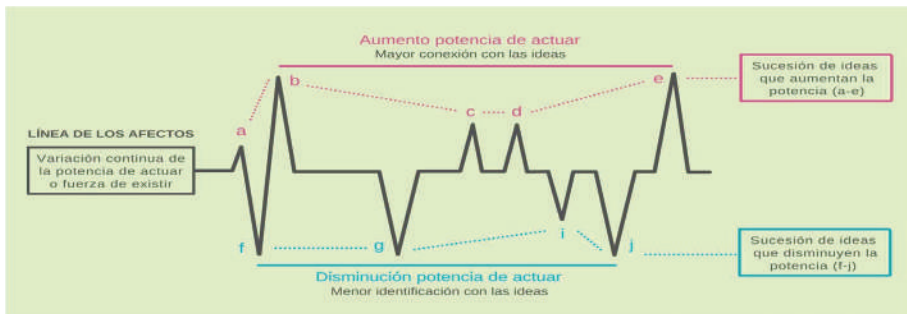
Fuente: elaboración propia.

En otras palabras, cuando vibramos en el espectro de los afectos que tienden a ideas relacionadas con la alegría o el amor, nos impregnamos de una sensación placentera que conserva, renueva y multiplica nuestra potencia. El júbilo, el gozo, el sosiego y la serenidad se anuncian, e incluso se proyectan en la vitalidad y en la ampliación del cuerpo encarnado. En cambio, las ideas y los afectos que suelen inclinarse del lado de la tristeza, como la ira, la rabia, la envidia, el miedo, los celos, el resentimiento, la preocupación y la ansiedad, entre otros sentimientos, constituyen un estrechamiento perjudicial que consume cantidades importantes de energía y logra descargar nuestras potencias vitales. Sin duda, un estado humoral perturbado compromete el cuerpo entero y lo destina a enfermar y a envejecer aceleradamente. Sin embargo, Deleuze (1978) advierte que no solo la tristeza en extremo —como por ejemplo una fuerte depresión— resulta riesgosa para el cuerpo, porque la alegría en demasía y vivida con descontrol o desenfreno también puede desencadenar situaciones que nos destinen a un estado de potencia cero. De un modo u otro, las «ideas» que tenemos sobre los fenómenos de la realidad generan una variación en nuestro estado anímico, y como consecuencia de ello conectamos con alguno de los diferentes grados de ese rango tonal afectivo —

entre la alegría y la tristeza— cuidando de no superar sus límites máximos de uso, inversión y desgaste energético.

De acuerdo con Deleuze, para Spinoza la sucesión de ideas en nosotros, va creando una «especie de línea melódica de variación continua, que definirá el afecto en su correlación y en su diferencia con las ideas» (1978:4). Es decir, los afectos son esa variación continua —de la fuerza de existir— que está determinada por las ideas. Cotidianamente se va pasando de un grado de conexión a otro; en otras palabras, voy siendo afectado y voy viviendo en mi cuerpo la variación que producen las ideas. Siento cerca a Arturo y disminuye mi potencia. Escucho a Juana y aumenta mi potencia. Me entero de que la primera especie extinta del año es el caracol hawaiano y disminuye mi potencia. Tengo la suerte de ver a mi perro haciendo algo gracioso y aumenta mi potencia. Como vemos en el Gráfico 4, las letras de color rojo representan la sucesión de ideas, mientras que la línea negra refleja la «variación melódica» de los afectos que, según las ideas, van aumentando o disminuyendo la potencia de obrar. Asimismo, esta imagen ayuda a inferir que movilizar un mayor número de ideas nos hace más propensos a desatar una infinidad de afectos que condicionan la experiencia presente.

Gráfico 4. Variación melódica de los afectos



Fuente: elaboración propia.

Siguiendo con la explicación de Deleuze (1978), Spinoza llegó a identificar y explorar tres tipos de ideas que determinan los afectos: 1) ideas-afección, *affectio*, 2) ideas nociones, y 3) ideas esencias.

Las «ideas-afección» son las que surgen cuando un cuerpo recibe la acción de otro cuerpo, como por ejemplo el efecto de los rayos del sol sobre mí. La «afección»

es el efecto o la modificación que un cuerpo produce sobre otro, como cuando el sol calienta e incluso quema mi piel. Por tanto, la afección siempre implica un contacto o una mezcla entre cuerpos, superficies o líneas (Deleuze, 1978). Que un cuerpo esté lanzado a afectar otro significa que el cuerpo afectado va acogiendo el trazo del cuerpo afectante, por esta razón el sol pinta o colorea mi rostro, o también puede ser que un buen son cubano logre que poco a poco mis brazos y mis caderas se integren con su ritmo. Allí está la música modificando la quietud del cuerpo, el son está actuando decididamente sobre mí.

Estas ideas-afección son un tipo de conocimiento primario que se centra en los efectos, mientras que ignora las causas. Sabe de los resultados de las mezclas, pero no de las razones de las mezclas. Son ideas que están al nivel de las pasiones y en el azar de los encuentros fortuitos. Este es el lugar donde Spinoza ubica los afectos que devienen de «ideas inadecuadas» y de sucesos de los que solo somos causa parcial. En este sentido, los afectos son entendidos como una pasión,¹¹ es decir, como un padecer y una pasividad que se movilizan bajo el influjo de la *potestas*, o del «poder» que ejerce un tercero sobre mí. Mantenerse en este nivel de las ideas es como permanecer en condición de menor de edad, siempre a la merced de que hablen, elijan y decidan por uno mismo. Esto implica una pérdida de la potencia de actuar puesto que, a mayor *potestas*, menor *potentia* y mayor padecimiento de la voluntad del otro. Sumado a ello, Spinoza señalará que quienes detentan el poder necesitan que las personas se mantengan vivenciando pasiones tristes —como el miedo, el orgullo, la culpabilidad o la envidia, entre muchas otras— para controlarlas y alimentarse de su incapacidad de obrar. Incluso cuando estamos bajo afectos tristes, vale la pena preguntarnos si hay algún cuerpo actuando sobre el mío, ya que a diario los poderes cultivan temores, tristezas y angustias. En parte es en los medios de comunicación y en las redes sociales donde se expresa ese interés por afectar con pasiones tristes a las poblaciones. De acuerdo con Deleuze, la *Ética* de Spinoza es una verdadera denuncia:

[...] la gente que es totalmente impotente es la más peligrosa. Son los que van a tomar el poder. La gente del poder son impotentes que solo pueden construir su poder sobre la tristeza de los otros.

¹¹ Recordemos que la palabra pasión proviene del latín *passio*, que significa sufrir, aguantar o padecer. Asimismo, la pasión es el estado contrario a la acción y, por tanto, indica un estado pasivo.

Tienen necesidad de la tristeza: solo pueden reinar sobre los esclavos, y el esclavo es precisamente el régimen de la disminución de potencia. Hay gente que solo adquiere poder por la tristeza e instaurando un régimen de tristeza, del tipo «arrepíentete», del tipo «odía a alguien y si no tienes a quien odiar, ódiate a ti mismo» (Deleuze, 1981:55).

Estas mezclas al interior de las ideas-afección refieren a encuentros entre los cuerpos de los poderosos y los cuerpos de las personas atravesadas por el miedo, e inevitablemente en esta relación siempre primará la im-potencia sobre la potencia, y la pasividad o la reacción sobre la acción. Claramente, las mezclas poco provechosas no se reducen a una relación con la *potestas* porque la vida en sí misma implica estar a merced de una infinidad de malos encuentros. Algunas veces identificamos las mezclas nocivas y decimos con seguridad que algo no nos place, queriendo decir «que el efecto de un cuerpo sobre el mío, el efecto de un alma sobre la mía me afecta desagradablemente» (Deleuze, 1978:7) o que la acción de ese cuerpo sobre mí se da en unas condiciones que no convienen a mi cuerpo. Cuando alguien expresa que no le gusta la Coca-Cola, quiere decir que ese líquido se mezcla con su cuerpo y lo modifica de una forma desagradable. La Coca-Cola, entendida como cuerpo, tiene una conformación, una organización, un origen, un contexto y una historia que no viene bien con su cuerpo. Otra mala mezcla, muy común en San Cristóbal de Las Casas, se produce cuando tu cuerpo se encuentra con el cuerpo de una *salmonella*. Bajo este encuentro tu potencia de actuar se ve totalmente disminuida, e incluso algunas cepas de esta bacteria son tan agresivas —como la *Salmonella typhi*—, que de no ser por las atenciones médicas, tendría la capacidad de destruir la relación constituyente o característica del cuerpo humano y llevarlo a la muerte o a una potencia de actuar que tienda a cero. En los malos encuentros toda la potencia vital se concentra en identificar, localizar y distanciar el trazo del cuerpo que no conviene con el mío; la idea es neutralizar, rechazar e impedir la acción destructiva de ese cuerpo, sin embargo, el costo de invertir energía en esto es disminuir aún más mi potencia, que desde un principio ya estaba afectada (Deleuze, 1978:54). En los casos contrarios, cuando tenemos «buenas mezclas» o buenos encuentros, somos afectados de forma agradable o provechosa, lo que aumenta la potencia de actuar y la fuerza vital. Nuestro

cuerpo se nutre con el buen encuentro de una verdura, una legumbre, una fruta o unos granos que han sido cultivados de formas amorosas, libres de químicos y de riegos insalubres.

En esta dirección, para Spinoza todas las pasiones de las ideas-afección se generan y transitan en el rango de los dos afectos fundamentales: la alegría, que es el buen encuentro potenciador de mi hacer, y la tristeza, la mala mezcla que disminuye mi potencia e incluso pone en peligro mi fuerza vital. Sin embargo, esto no quiere decir que vivencemos afectos puros e incontaminados, al contrario, los afectos alegres y los tristes pueden darse a la vez, en forma simultánea. Pese a que queramos mucho a un amigo y a que tengamos los mejores deseos hacia él, es posible que bajo ciertas circunstancias nos entristezcamos con sus éxitos y sus alegrías. Así de contradictorias e inesperadas llegan a ser las afecciones de las que somos presas. En el mundo de las ideas-afección estamos privados del conocimiento en la medida en que nos encontramos atrapados en el conocimiento inadecuado de las cosas, es decir, en ideas incompletas, mutiladas y confusas (Spinoza, 1980). Las ideas-afección nos separan de nuestra potencia de actuar, y en esa pasividad no podemos controlar las pasiones, al contrario, somos controlados por ellas. El punto es que no alcanzamos a ser causa de los propios afectos, ya que estos son producidos en mí por causas externas o por la voluntad de otros (Deleuze, 1978).

Pero en realidad, ¿estamos condenados a vivir según lo que dictan nuestras pasiones?, ¿podemos salir de las ideas-afección aunque nuestra condición humana nos empuje constantemente a esa realidad? En este sentido, Spinoza planteó las «ideas-nociones» como un camino para escapar del dominio de las pasiones y trascender al dominio de las acciones. Con los afectos-activos, la potencia de obrar es conquistada y ya no se transitaría involuntariamente por los altibajos de la variación melódica de los afectos (Deleuze, 1978). El punto fundamental en las ideas-nociones es que se tiene claridad sobre las mezclas y los encuentros que convienen o no. El objetivo de la noción es comprender las causas y conocer las características de los cuerpos que se encuentran o que nos afectan, de ese modo se podrán prever los posibles efectos o resultados de las mezclas e incluso se buscará la composición de relaciones que sean beneficiosas (Deleuze, 1978). El conocimiento del propio cuerpo y la conciencia sobre las características que constituyen los otros cuerpos con los que potencialmente entraré en relación me ayuda a entender con qué clase de frutas, verduras,

personas, lugares o animales tendré una buena mezcla y con cuales no, sabré qué es provechoso para mi cuerpo y qué no lo es.

La idea-noción es el terreno de las ideas adecuadas —ideas que conocen de las causas—, de las acciones que son obra de sí y de las mezclas que potencian nuestra energía vital. Asimismo, es posible construir ideas noción colectivas o «noción comunes», que como los «rieles afectivos» permiten tener complicidades y compartir comprensiones, conocimientos e informaciones sobre los buenos y los malos encuentros de los cuerpos (Deleuze, 1978). Las «noción comunes» se forman a nivel local, es en la proximidad de un territorio donde podemos generar conocimiento sobre los encuentros que convienen. Sin embargo, aunque son comunes no llegan a reflejar la existencia de leyes generales para todos los cuerpos que hacen parte de un grupo, pero sí muestran tendencias o ciertas coincidencias en los resultados de las mezclas. Para algunos, sentir la alegría de cosechar agua de lluvia es conectar con la potencialidad de una noción común que es muy local, concreta y restringida a determinada geografía.

El tercer nivel, las «ideas-esencias», es el más elevado y por eso es el más difícil de alcanzar. En palabras de Deleuze (1978), solo un número reducido de personas puede acceder al mundo de las esencias. Este tercer género de conocimiento surge del segundo y también gira alrededor de las ideas adecuadas aunque, más allá de conocer las causas, su objetivo es acceder a las esencias, es decir, al grado de intensidad o de potencia que define un cuerpo. En Spinoza es fundamental comprender que la propia esencia singular es la misma esencia singular de todas las cosas; justamente «todas las cosas singulares son modos, son atributos de la naturaleza, que expresan de cierta y determinada manera la potencia de esa misma naturaleza» (Spinoza, 1980:131). Una hormiga, una flor o un humano son modos o expresiones de la potencia que tiene la naturaleza como un todo, de la misma forma que una mesa de madera, una hoja de papel y una bellota son expresiones de un mismo árbol de encino.

En cualquier caso, de los tres niveles de ideas deviene el «afecto», que se entiende bien como una pasión —ideas afecciones— o como una acción —ideas noción y esencias—. De igual forma, el poder ser afectado está definido por las características que componen los cuerpos; es en virtud de su capacidad como se define cuál es el poder o la intensidad que puede tener un cuerpo específico. Lo importante para Spinoza es identificar qué es lo que puede un cuerpo, de qué afectos es capaz y cuál es su poder, su potencia o su intensidad

al advertirse —o no— como una expresión o un modo singular de la naturaleza (Deleuze, 1978). Se expone esta idea no sin antes advertir que, aunque el cuerpo de los seres humanos tiende a ser capaz de las mismas afecciones, lo cierto es que en las distintas culturas, sociedades o comunidades no siempre se configuran los mismos afectos, incluso sería viable trazar diversos «mapas afectivos» según las diferentes capacidades de ser afectados. De nuevo esta idea spinoziana se relaciona con los «rieles afectivos» que evidencian las formas plurales de emocionarse en los grupos humanos. Pero aunque se pertenezca a una misma cultura, lo que puede un cuerpo no es igual a lo que puede otro cuerpo, es decir, los afectos de los que se es capaz, así como su intensidad, difieren de persona a persona.

Pese a que la potencia de obrar varía en cada cuerpo singular o modo, hay un eje transversal a todas las potencias, me refiero a la energía que se opone «a todo aquello que pueda privarle de su existencia» (Spinoza, 1980:131). En el núcleo de la potencia permanece la fuerza que interpela cualquier forma de destrucción y que rechaza la acción destructiva de un mal encuentro. Es así como cada cuerpo «se esfuerza cuanto puede y está a su alcance por perseverar en su ser» (Spinoza, 1980:131). Ese esfuerzo por perseverar —que no es distinto a la esencia o a la intensidad de la potencia de obrar— ha sido vinculado con la noción de *conatus*, entendido como esa tendencia a permanecer en el ser, ese impulso de seguir existiendo o esa intención de que la vida continúe siendo vida.

No existe diferenciación entre un cuerpo y su impulso de existir; sin duda esa fuerza de querer seguir siendo le es inherente a cada modo. El *conatus* se presenta como una «volición» o una «voluntad» por conservarse en la medida de las propias posibilidades. Conjuga la necesidad, la conservación y la querencia originarias, es decir, concentra la energía que incita y lanza, desde lo más íntimo, a conseguir lo que se necesita como respuesta a una carencia o a un querer (León, 2018). Asimismo, se expresa como un «apetito» o una apetencia de vida, una sed de existencia, un deseo consciente o una afirmación activa de un cuerpo en su ser. En pocas palabras, es un «esfuerzo en acto» por reafirmarse, oponerse o resistirse ante cualquier manifestación que ponga en riesgo o vulnere la posibilidad de permanecer (Spinoza, 1980). En este sentido, el *conatus* funge como un «defensor, guardián, restaurador y regulador» que preserva las potencias (León, 2018:44), un economizador energético que canaliza las tormentas y exaltaciones sentimentales a fin de conservar la homeóstasis en la «animación encarnada».

Este apetito de vida es el eje medular de la realidad humana, una característica connatural que encierra la principal fuerza viva que procura todo lo que puede aumentar las potencias hasta el límite particular de cada cuerpo (Robert y Rahnama, 2001). Por ello, el *conatus*, además de ser tendencia a conservarse, es «tendencia a acrecentar el ser» a perfeccionarlo y a aumentar su energía vital (Gutiérrez, 2005:114). Es gracias a esta pulsión que tendemos a expandir, ensanchar y ampliar la capacidad de ser afectados por otros modos que resultan provechosos, por las buenas mezclas que engrandecen la encarnación animada.

Frente a esa sed de vida, Spinoza dirá: «nosotros no intentamos, queremos, apeteceemos ni deseamos algo porque lo juzguemos bueno, sino que, al contrario, juzgamos que algo es bueno porque lo intentamos, queremos, apeteceemos y deseamos» (1980:132). Juzgo que algo es bueno porque estoy lanzada a ello, y en ese impulso está operando mi *conatus*, mi intención de perseverar. De forma contraria, juzgaré que algo es malo o no provechoso porque desde mi expresión natural de *conatus* estoy decidida a rechazarlo. De ahí que las afecciones alegres que me nutren, construyen o conservan tiendan a evaluarse como amables o deseables, mientras que las afecciones tristes que destruyen las energías vitales y ponen en peligro mi ser pasan a ser parte de lo «odiable», es decir, de aquello que se considera indeseado. Según esto, las causas exteriores tienen la capacidad de aumentar o disminuir, favorecer o reprimir ese deseo consciente que, al igual que la potencia, es una naturaleza que necesariamente varía entre uno y otro ser.

Sin embargo, lo amable y lo odiable en términos de *conatus* solo tendría sentido en un «corazón ordenado» que busca preservar su existencia. De hecho, reflejaría un gran desorden del corazón llegar a amar lo que destruye las relaciones vitales o tender a arrasar las lógicas relacionales de las cuales depende la vida. En este punto encuentro profundamente paradójico que sea viable experimentar ese desorden que va a contracorriente del apetito de vida, de esa energía fundante en la experiencia humana. Si la vida quiere vida, si su tender inherente es la existencia, ¿por qué se sorprende al animal humano en la pulsión de aniquilar y negar otras expresiones o modos?, ¿será acaso posible que un ser humano guiado por ideas inadecuadas no pueda discriminar, reconocer o entender lo que es útil y provechoso para la propia conservación?,

¿podrá ser que al verse persuadido por determinados deseos y necesidades —impuestas— termine actuando en contra de su *conatus*?

Ahora me pregunto si las cartografías de la devastación pueden leerse a partir de un desorden del corazón que, al ser guiado por «ideas inadecuadas», niega el *conatus* como característica fundante de la vida y del ser humano. Contrario a ello, me atrevo a pensar que las cartografías de la esperanza tienden a una existencia distinta como respuesta a la alarma o la alerta que advierte la superación de los límites de afectación destructiva sobre el planeta. En realidad ¿hay un *conatus* operando en las líneas de fuga como respuesta a la destrucción? ¿Cómo operan las líneas de fuga en estos escenarios de devastación y en estos juegos de la *potestas* que inhiben la potencia de obrar? ¿Cómo se manifiesta su potencia, esa potencia de actuar que Spinoza llamaba *potentia*? ¿Es posible mapear su afectividad o vislumbrar alguna lógica afectiva? ¿Acaso cuentan con alguna economía emocional?, ¿o coinciden en el mismo tránsito de un riel afectivo? ¿Qué es lo que puede el cuerpo de una persona que se fuga al intersticio? ¿De qué afectos es capaz?



affective sidere



TERCER MOMENTO

LA POTENCIA EN EL ARTE DE LA FUGA

*Sonríe, tierra voluptuosa de fresco aliento,
Tierra de los árboles dormidos y húmedos,
Tierra del sol que ya se ha ido,
Tierra de las montañas de cumbre nebulosa,
Tierra del cristalino fluir de la luna llena,
apenas tocada de azul,
Tierra del brillo y de la sombra manchando
la corriente del río,
Tierra del gris límpido de las nubes que
resplandecen y se aclaran
para que yo no las vea,
Tierra yacente y extendida, rica tierra de azahares
Sonríe, porque llega tu amante.
Pródiga me has dado tu amor, te doy pues mi amor,
Mi apasionado amor indecible.
Fragmento de *Canto a mí mismo*,
Walt Whitman (traducción de J. L. Borges).*

El *conatus* en los paisajes del intersticio

Cada vez me es más difícil separarme de las líneas de este escrito. Sé por dónde empezar. Ahora comenzaré con mi propia angustia. No sé si me he vuelto loca, pero en cada poro de mi piel siento el estrés de la naturaleza, de los ríos secándose, de los peces que mueren sobre las rocas sin tener donde nadar, de los árboles, de las abejas, las montañas y las luciérnagas a las que les negamos la vida. De los corales que poco a poco van apagando su luz, de los caballos que pasan al lado de mi casa y buscan la manera de

comunicarme su sed. De los incendios que expresan la furia del fuego y se llevan todo a su paso: hormigas, catarinas, escorpiones, mariposas, hongos, osos, serpientes, tortugas e iguanas. No todas las aves pueden escapar, algunas aún no saben salir de sus casas-árbol, todo queda bajo el mismo triste gris. Vuela al compás del viento la vida transformada en polvo. Son escenas comunes en San Cristóbal de Las Casas, y en general de Chiapas, en marzo de 2019. No estoy en África ni en Alaska, es aquí, en esta tierra, donde pienso que el cambio climático es un problema serio. El calentamiento global nos pinta un paisaje desecado, alimento seguro para el fuego incontrolable. ¿Hasta cuándo la perversidad? ¿Hasta cuándo el desamor y la anestesia? Tengo la certeza de que no soy la única que lo ve. Mi preocupación y mi tristeza son las mismas de muchos:

Lo que está pasando en el planeta, todos lo sentimos en el corazón, una gran crisis del alma humana, una gran crisis del ambiente, de la destrucción de la naturaleza, de la destrucción de la belleza de la vida y una gran crisis política, social y financiera. Hoy en día cada que uno mira el periódico dice: estamos en crisis. Pero las crisis cada vez son más pegaditas unas de otras y eso está diciendo algo. Es la misma crisis que venimos sintiendo en el corazón, donde la historia que nos contaron ya no sirve (Mardones, 2017).

Por excelencia, el corazón es el lugar metafórico donde se alojan las alegrías, las tristezas y toda suerte de afecciones. Para Felipe es justamente allí, en nuestros corazones, donde sentimos la gran crisis del alma, esa crisis que está tanto dentro como fuera de nosotros. En plural, habla de un sentimiento que no nos es ajeno. Tal vez la primera pista para conectar con el intersticio es comprender que allí existe un afecto compartido, es decir, unas ideas con sentidos similares y una preocupación común frente a la forma acelerada en que venimos destruyendo las interrelaciones que componen la vida en el planeta.

En estas tierras los árboles florecen antes de tiempo, en temporadas primaverales sorprenden heladas que queman las hortalizas, deja de llover cuando se espera la lluvia. Por los riachuelos y los manantiales ya no corre ni brota el agua. Las luciérnagas se esperaban en marzo, pero llegaron en junio. Más de la mitad de los humedales se han secado, la neblina casi desapareció por completo,

y la ciudad fría y gris solo existe en los recuerdos, en las historias desteñidas y melancólicas de los taxistas o de los viejos amigos. Me hablan de búhos, lechuzas, conejos, musarañas, murciélagos y ardillas, pero ya no logro verlos en la zona, solo ha quedado el fantasma de mi deseo que quiere encontrarlos casualmente mientras camino por el jardín o mientras diviso el paisaje por la ventana. Los vecinos me cuentan que hace días la empresa municipal no les surte el agua, y viene a mi memoria que para Jesús la gran preocupación es:

Que no va a haber mucha disponibilidad de agua y eso va a tener un efecto importante en la vida de todo ser humano y de todo animal, de todo ser, entonces esa es la preocupación, ¿qué va a haber después? No sé, a lo mejor otro tipo de vida. No sé, las cosas están cambiando con la tecnología. ¡Híjole!, pero no me imagino muchas cosas. Yo sé que ya se pueden hacer muchas cosas artificiales, distintas a lo natural, pero ¿qué es lo que vamos a tener? Ni idea. Pero sí es una preocupación que necesitamos agua y no la tengamos, que otros seres necesiten agua y no la tengan. Entonces, va a haber un conflicto, y luego pienso en mis hijos, en mis hijas, y en cómo van a estar ellos. Esa es la gran preocupación (Jesús, comunicación personal, 2018).

Un sonido revienta en mis oídos. Son las alarmas que se han prendido, aquí y allá —siendo allá cualquier rincón del planeta—. Me estalla en el tímpano el tic-tac de un reloj que va en cuenta regresiva. Los informes científicos coinciden en que nos queda poco tiempo para cambiar el rumbo civilizatorio que está comprometiendo la continuidad de la vida en el planeta. Aumenta la temperatura en la atmósfera terrestre y en los océanos. Aumenta. Aumenta. El deshielo de los polos no da tregua y en abril fallecieron casi todas las crías de la comunidad más grande de pingüinos emperador en la bahía Halley. Los osos polares cada vez tienen menos alimento; también mueren de hambre al quedar atrapados en zonas terrestres donde no hay comida, e incluso perecen como náufragos esqueléticos en islotes de hielo que se desprenden del suelo ártico. Tic-tac. El Himalaya —la morada de la nieve—, también conocido como el tercer polo, se derrite aceleradamente ante la mirada impotente de los seres del Tíbet. Cerca del 93 por ciento de la Gran Barrera de Coral australiana se encuentra en proceso de

blanqueamiento, una consecuencia más de la acidificación de los océanos.¹² Las sequías, que tienden a ser más prolongadas, en la cuenca amazónica impactan el equilibrio del bosque y acrecientan la mortalidad de diversas especies arbóreas que, además, ya eran víctimas de un proceso de deforestación masiva. De igual forma, las inclementes sequías en África se traducen en hambrunas, conflictos sociales y movimientos migratorios. Las fuertes realidades de esta zona del viejo continente no están lejos de reflejar el futuro que se vivirá en otros territorios. Tic-tac. La paradoja nos asalta una vez más y, después de las sequías extremas, golpean violentas inundaciones. Pero, como si se tratara de un bucle macabro, los diluvios rápidamente son condenados al olvido. De nuevo se agrieta la piel de la tierra, y su sed vuelve a ser el alimento del fuego. Arde el Amazonas y arden los boques de Bolivia, de Perú, de Estados Unidos, de Siberia, del Ártico y del África subsahariana. Mientras tanto, los extremos meteorológicos del calentamiento global nos hacen más adictos a los altos consumos energéticos que aseguran el confort de los ambientes artificiales. Sin duda incrementamos nuestra dependencia a los combustibles fósiles, al tiempo que contribuimos a su inminente agotamiento. Tic-tac.

Vuelven a resonar en mi cuerpo las palabras de Felipe, «lo que pasa en el planeta, lo sentimos en el corazón». La acción de «sentir la crisis» es un percatarse, es un «darse cuenta», y sobre todo es el acto de otorgar una direccionalidad a lo que pensamos frente a esta apuesta civilizatoria. Particularmente, en el intersticio se han consolidado unos afectos que van acompañados de la idea representacional de que nuestra civilización se ha convertido en una máquina de destrucción. Dicha apertura al mundo devastado es una experiencia sensible que surge a partir de unos contenidos de la realidad que hemos seleccionado según la importancia y el peso que tienen para nosotros. No es casualidad que la mayoría de los seres que se fugan al intersticio expresen haber tenido desde sus primeros años de vida una afectividad especial hacia los seres naturales. En esa dirección Juancho recordaba: «bien chavito me interesaba todo lo que tenía que ver con una vida más conectada a la naturaleza; por ahí, mi hermana me dio

¹² El blanqueamiento consiste en la muerte de las microalgas que encienden de colores fluorescentes los sistemas coralinos. Su ausencia puede llegar a significar la muerte del coral, lo cual impacta considerablemente sobre la biodiversidad de los ecosistemas marinos.

una vez la carta del Jefe Seattle, y esa me hacía llorar, ise me hacía tan bonita!, me gustaba mucho» (comunicación personal, 2018). Asimismo, las palabras de Jesús describen la forma en que se le aparecía el mundo desde que era niño; cada palabra pone en evidencia los contenidos fundamentales de su percepción:

Lo natural, la naturaleza, siempre me ha encantado, desde que era niño, haz de cuenta que, si hubiera vivido aquí, te apuesto que hubiera encontrado dónde están las arañas, las lagartijas, y ahí hubiera visto que estuvieran bien, hubiera sabido qué comían. Entonces, siempre me han preocupado esos bichos. El único animal que no tolero y al que le temo es a la rata, cualquier roedor, es algo que me genera una fobia. Pero desde niño yo recuerdo que veía las arañas, que en México les llamaban las arañas panteoneras, eran de colores muy bonitos, también hay aquí, después las descubrí. Entonces, siempre me ha gustado observar la naturaleza y ver todo esto, y el sembrar un árbol era el imaginarme todo lo que podía vivir sobre él —como una casa—. Aparte de ver el árbol en sí verde y bonito, era ver todo lo que tiene alrededor el árbol, y eso es algo que ya traes, nadie te lo dice. [...] La naturaleza es algo muy complejo, es parte de todo. Yo me acuerdo cómo en una azotea de una colonia donde no había nada podías encontrar eso, vida, ver lagartijas comiendo, las moscas haciendo otro trabajo, la plantita o el musgo que ya nació por aquí. Todo es para mí la naturaleza, entender cómo viven, porque están allí, ¿cómo llegan a la azotea? A veces no te lo explicas, hay muchas cosas que no tienen respuesta, para mí todo eso es la naturaleza. Y luego verlo en el entorno, los sonidos, el agua, el bosque, la tierra, las piedras, les encuentro belleza a las piedras. En lugar de ver otras cosas, me dediqué a ver esas cosas de la naturaleza y eso es lo que me encanta hacer. Todavía hoy en día veo una piedra y digo: «¡Ay!, ¡qué padre esta piedra!». Y no vas a encontrar otra igual, y eso es parte de la naturaleza. [...] de niño, cuando se fue mi amigo imaginario, empecé a tener estos otros amigos: las arañas, las lagartijas, las viboritas de agua. Me gustó tener todos esos bichos en casa. Entonces iba, los atrapaba, los traía, y eran los grandes regaños de mi madre, pero me salía

siempre con la mía. Entonces, desde allí ya viene esa conexión con la naturaleza [...] Recuerdo que una vez conseguí mil árboles para la Ciudad de México, y ¿dónde metes mil árboles? A una amiga le di un buen para sembrar en un predio que tenía, pero principalmente fueron para calles, y muchos de esos árboles los llevé a ciudad Neza [Nezahualcōyotl] y hoy en día son árboles grandísimos. Yo recuerdo que ya esas eran mis características. Me regañaba mi madre porque yo había plantado fuera de la casa unos árboles, desde pequeñas matas hasta que crecieron. Pero no solo sembré ahí, sembré en varios sitios de los vecinos, y luego me acuerdo que había conflicto con ella, porque yo llegaba cansado de trabajar o de estudiar, veía que no había llovido y llevaba mis cubetas caminando hasta donde encontraba mis árboles, y ella decía: «¿Pero cómo es posible, que ya no basta con que les sembraste los árboles?, ¿la gente no los puede regar?». Entonces me generaba un conflicto, me regañaba, me llamaba la atención, y yo le decía: «Pero es que yo no sembré los árboles para ellos, si ellos no los cuidan a mí no me importa, yo los sembré para mí, yo quiero ver la calle llena de árboles». Y, bueno, ese fue mi capricho. Después quitaron algunos árboles y, como en todas las colonias, encementaron, pero hoy en día algunos de los que sembré, ahí están, entonces hoy llego, veo y digo: «¡Mira qué padre son los árboles que sembré!, ¡mira de qué tamaño están!». Y ahí están (Jesús, comunicación personal, 2018).

Desde la sensibilidad intersticial se cuentan historias de una apertura afectiva que dota de significado vivo y vibrante a las piedras, las arañas, los árboles y el bosque. Sus fuentes de afectividad se entrelazan con el halo de magia y de misterio que recubre aquello que es nombrado como naturaleza; creería que esa misma intensidad energética inundó el cuerpo encarnado de Alma, al punto de dejarla sin opciones ante la particular belleza de las montañas ubicadas al sureste de San Cristóbal:

[...] cuando conocí Kaltic dije; «¡Tengo que vivir aquí!». Por la montaña, por el bosque, o sea, eso me encanta y, bueno, tengo

esa conexión con la naturaleza, es vida, es energía, no sé... me da complicidad, alegría, tranquilidad; para mí, ver verde, ver montañas, es lo máximo. No quiero ver esto lleno de cemento. Además, salí de la Ciudad de México por eso, yo crecí en la Ciudad de México, crecí en el cemento. Mi madre y mi padre tuvieron de su trabajo un crédito para comprar uno de estos departamentos de interés social, que además son edificios a, b, c, d y g, y estás rodeada de edificios de seis pisos, y a mí eso me ahogaba. Entonces, cuando conocí Chiapas vi el campo, me sentí libre, como que me da libertad. Entonces, cuando veo que ya están poniendo relleno, que empiezan a hacer cosas de cemento, digo, ¡no!, ¡por favor, no! Y es como ese choque de que no quiero, no me gusta (Alma, comunicación personal, 2018).

Para la mayoría de mis interlocutores los seres de la naturaleza han ocupado en sus vidas un lugar especial desde siempre, en otras palabras, los diversos «modos» o expresiones de la naturaleza se afirman en sus cuerpos, de tal manera que aumentan su potencia o su energía vital. Los árboles, los bichos, el agua, los manantiales, las aves y las lagartijas constituyen en sus vidas las afecciones alegres y las «buenas mezclas» que incrementan su capacidad de obrar. En ese sentido, resulta lógico el cuestionamiento y la crítica frente a las «malas mezclas», que tienden a deteriorar la potencia de los seres naturales al punto de causarles la muerte y de generar extinciones masivas. El *fracking*, la minería, la extracción de petróleo y de carbón en el mar, la tala de bosques, la sobreexplotación del agua y en general la economía de consumo que profundiza las lógicas de la competencia, las desigualdades, las injusticias sociales y ambientales, son algunos ejemplos de las «malas mezclas» que están destruyendo la potencia y la energía vital del planeta.

Tomar distancia en la fuga

Quien se aproxima al intersticio ha vivido con intensidad la tristeza de los daños causados por las «malas mezclas» de la acción humana. El punto al que quiero llegar es que lo que puede el cuerpo de estas personas es afectarse por la crisis generalizada. Su cuerpo es capaz de sentir afecciones como ira, tristeza,

enojo, inconformidad, rabia, desencanto y decepción. En otros casos la densidad de lo sentido se enuncia con la simpleza de «sentir feo». Lo que puede su cuerpo es vivenciar una profunda incomodidad y un malestar que empuja a salirse un poco, a generar algo de distancia que permita criticar y mirar con extrañeza:

[...] la principal crítica es que no estamos cómodos en el mundo. Desde hace mucho tiempo somos unos animales que no podemos estar cómodos, estamos destruyendo y no estamos felices. Quizás me oigo radical en eso. Eso es lo que estoy tratando de entender, por qué somos un animal tan complicado y por qué no podemos estar bien. Tenemos que ir hasta a terapia para empezar a vernos y a reconocer ese tipo de cosas (Juancho, comunicación personal, 2018).

Comprender. Hacerse consciente. Entrar en un viaje de extrañamiento frente a sí mismo. Sentir en un instante que algo se quebró para siempre y sorprenderse con la anormalidad de lo que hemos normalizado por décadas. Despertar de la realidad autoevidente que hemos fabricado. Desestructurarse: «romper con los propios esquemas, las estructuras y los aprendizajes del lugar donde se crece, donde se es educado de un modo y bombardeado con la información que gira alrededor de todos, de cómo debe ser la vida» (Lucy, comunicación personal, 2018). Desconectarse poco a poco de «este sistema que te mete tanto en la televisión, en la radio, en la música, en lo que ves, en los espectaculares. A donde vayas te anestesian en este mundo de consumismo o del quiero más, o necesitas tener más, o en el mundo de la desconfianza hacia el otro» (Saraí, comunicación personal, 2018). Es el ejercicio del pez que salta y divisa el agua en la que nada.

[...] esta cuestión de salirse de uno mismo le permite a uno verse y entonces criticarse, y junto con uno, pues criticar al sistema que me había hecho a mí, que me había formado a mí hasta los veintitantos. Entonces, es como entrar en una dinámica de crítica, de criticar al sistema, de criticar la injusticia, de criticar muchas cosas (Rubén, comunicación personal, 2018).

Con respecto a la afectación vivida y al estado que esta provoca en el cuerpo, no solamente se critica el sistema o la matriz cultural dominante como una

exterioridad, también uno mismo puede cuestionarse e interrogarse a fin de direccionar el propio querer. Desde el intersticio, preguntarse por el *quarere* es sincerarse sobre lo que se busca, se pretende o se apetece. ¿En qué lugar está mi querer? ¿En qué espacio aterrizan mis deseos? ¿Hasta qué punto se deslindan del sistema dominante y se direccionan hacia el intersticio?

[...] entonces como que eso fue, voltear a verme y decir, ¿neta quieres eso?, ¿qué quieres?, bueno, la pinche escuela no me ofrece nada, veo que los hospitales están hechos para que la gente vaya a morir, porque quienes lo generan jamás van a ir a meterse a un hospital público. Los poderosos hacen estas mierdas, pero jamás van a estar ellos ahí dentro. Si te mandan a la escuela es simple y sencillamente porque hay que competir, hay que buscar números, hay que memorizar cosas, y al final vas a hacer algo que va a servirle a otra persona. Por ejemplo, aquí tú no te sanas porque hay un buen doctor, tú sanas porque tienes el dinero para pagarle a esa persona y te sane, o un buen abogado, el buen abogado es el varo, él no va a servirte porque: «yo soy un abogado y puedo servirte». Entonces me di cuenta desde muy morro que esto no tiene sentido, hay un chingo de banda que es ingeniero, doctor, y quizás están de taxistas; veo la gente pasar con sus putas carreras, no sé pa'donde chingado van, a veces las veo llorando, las veo frustradas. Pero bueno, al final yo sigo sin entender muchas cosas, pero era lo que me chocaba mucho y me sigue chocando. Decir ¿qué pedo?, ¿esto es lo que yo quiero?, ¿es lo que quiero para mis hijos? Decir, jefe, lo viste y no hiciste nada, ¿te quedaste con una playerita y una pancartita diciendo qué culeros son?, ¿o hiciste algo realmente? Entonces, como que sí me he exigido mucho desde pequeño, y dije, pues bueno, solo tengo una vida para experimentarla, si hay otra qué chingón, pero ahora esta es la que tengo y quiero aprovecharla, no me quiero ver a los cincuenta o sesenta años diciendo, puta, no lo hice, o me faltó el valor (Juan, comunicación personal, 2018).

Entre líneas Juan habló de tener el valor de fugarse y de hacer cosas diferentes. Pero ¿para qué fugarse? Pensaría que un corazón ordenado no huye de las

«buenas mezclas», de las cosas que lo hacen feliz, de lo que le da tranquilidad o de lo que aumenta su «potencia». Todo lo contrario, uno se da a la fuga de lo que no soporta más o de lo que disminuye y pone en jaque la «energía vital». En la línea de fuga es innegable que existe una volición y un deseo profundo de deslindarse, de no querer seguir participando ni siendo cómplice de la destrucción orquestada por la *potestas*, por los poderes económicos y políticos que direccionan los proyectos de muerte del desarrollo y del progreso.

Del intersticio es rechazar, oponerse a las cartografías de la devastación y resistirse a ser prisionero de los hábitos de vida que, directa o indirectamente, contribuyen a profundizar la crisis. Su impulso de resistencia puede ser leído como una activación del *conatus*, es decir, el que se enciendan las alarmas del regulador de potencias es la respuesta frente a la urgencia civilizatoria de transitar de las «ideas inadecuadas» —ideas afección— hacia las «ideas adecuadas» que ayudan a tener un «corazón ordenado» que prefiera las «buenas mezclas», e incluso que elija la vida sobre la muerte.

Siento que es un tema de elección. Supongamos que hay una comunidad en guerra y otra en paz, entonces, ¿a cuál chingados quieres ir? Depende de tu visión. En situaciones extremas, una cosa es vida y otra es muerte. Es como decir: «Esta cosa tarde que temprano me va a partir la madre, me voy a convertir en esta pinche basura que no quiero ser; en cambio de este otro lado como que puedo ser más yo mismo». Como que por un lado hay un respeto, y por el otro hay una manipulación. No sé, así lo entiendo yo. Son cosas que están muy cerca y se pueden disfrazar como cualquier otro pinche producto, no porque estemos transitando en la misma ciudad tenemos los mismos pensamientos, elegimos cosas diferentes. Pero siempre hay cosas destructivas y cosas constructivas. Yo elegiría más la permanencia, la vida, la paz; si hay guerra, voy más a la vida, voy más a lo permanente. A eso me refiero un poco (Juan, comunicación personal, 2018).

Sigo sumergida en las narraciones y vuelvo a sentir que las nuevas búsquedas de los seres en fuga están marcadas por un apetito y un querer tendiente a tomar distancia de los mundos que son edificados sobre las ideas-afección. Para quien

se fuga es menester apartarse de esas figuras del pensamiento, del sentimiento y del lenguaje que constantemente desconectan y disocian las innegables redes de relaciones que constituyen la «trama de la vida» (Capra, 1998).

En la vida todo está entretelado; es muy difícil separar qué es lo que es quién. Por eso me ha costado separar el dolor que yo he vivido personalmente o el dolor que me ha llegado a causar alguien, versus el dolor que siente la humanidad y la naturaleza, ¡está todo tan relacionado! Es difícil separarlo (Felipe, comunicación personal, 2018).

Ese ánimo de no querer existir bajo el influjo de las «ideas inadecuadas», es un no querer padecer más la enfermedad de la desconexión continua; me refiero a esa discapacidad que impide sentir las interrelaciones, manteniendo un desajuste entre las causas y los resultados de las mezclas. En lo más hondo del ser desean desconectarse de las ideas que crean mundos despoetizados, faltos de sensibilidad y atiborrados de ignorancia sobre las interrelaciones que configuran la vida; desde la simpleza de la cotidianidad comienzan a ver con extrañeza esa marcada tendencia a ignorar que —como afirmó Felipe— el sufrimiento de la tierra es el propio sufrimiento, y que ese dolor también se relaciona con esa incapacidad de reconocer los lugares de donde proviene y los lugares a los que se dirige el agua del retrete, e incluso se vincula con la acción de desconocer e invisibilizar de donde procede una manzana, un huevo o un vaso de leche.

[...] todos los que nacemos en la vida urbana ya no pudimos ver las relaciones de la vida de manera directa; podemos admirar la naturaleza como un paisaje y podemos inspirarnos con la caída del sol. O sea, romantizamos la naturaleza, pero no logramos entender que de ella subsistimos, por eso no podemos relacionarnos directamente con los alimentos que estamos consumiendo (Juancho, comunicación personal, 2018).

En un mundo tutelado por las «ideas inadecuadas», cocreamos realidades e instauramos verdades basadas en lo que Felipe llama el «paradigma de la

separación» (comunicación personal, 2018). Sin advertirse, la ficción de nuestra realidad autoevidente impide discriminar y comprender cuáles son las acciones necesarias, así como las interrelaciones que deben respetarse para proteger y preservar las potencias de la trama vital. No en vano Juancho se pregunta:

¿Por qué es tan difícil conectar con un pensamiento más consciente? Simplemente sigues la inercia de tu vida y echas la basura donde siempre la has echado [...] quién sabe por qué no conectas con tus propios actos tan fácil, yo creo que a muchas personas les pasa, no solo a mí (Juancho, comunicación personal, 2018).

En parte, cuesta cambiar la mirada por la dificultad que implica poner en entredicho una realidad que asumimos como incuestionable, dada o externa. En medio de un contexto atiborrado de «ideas inadecuadas» y de desconexiones que se nos imponen, perdemos el sentido de la responsabilidad frente a las consecuencias de nuestros actos, así como frente a nuestra participación activa en los mundos que construimos.

La gente vive en moldes, y yo creo no han tenido tiempo de cuestionarse, no han tenido ni la oportunidad, han vivido una esclavitud mental desde hace tanto tiempo que todavía no han roto las cadenas, o no se han dado cuenta de qué chingado hacen o para dónde van, o más bien, no dónde van, sino dónde los llevan, como en una pinche granja donde te engordan pa'matarte, te tratan bien bonito y al final ya tienen un plan para ti (Juancho, comunicación personal, 2018).

Con sus diversas caras, las lógicas dominantes del mercado, el desarrollo y el progreso funcionan como una máquina devoradora de seres que infiltra el deseo y orienta las búsquedas afectivas de lo que queremos ser, hacer y tener. Resulta extraño pensar que nuestros sueños ya han sido soñados por otros, que ya han sido calculados de forma predeterminada sin que intervengamos en su aparición (Esteva, 2009). Mientras somos despojados de las aspiraciones auténticas, que surgen del sí mismo, las «ideas inadecuadas» son inoculadas por la *potestas*. Poco a poco la potencia va apagándose en el cuerpo encarnado, y con

ello aparece una «impotencia asumida» que conduce a la renuncia del propio poder. No obstante, como lo recuerdan Robert y Rahnama (2001), no es tarea fácil «poner el dedo sobre el acto libre que vuelve esclavo»; muchos vivimos y nacemos desposeídos de potencia, atrapados en las dependencias que son reproducidas por el sistema, así como en los códigos y en las categorizaciones de las lógicas afectivas dominantes. Las vivencias cotidianas y las aparentes elecciones que hacemos ocultan la inevitable pérdida de poder.

Desde la escuela católica a la que iba era un montón de pura estupidez, de pura competencia, de quiénes son los abusivos y quiénes son los abusados, lo que llaman *bullying* ahora, competir, tener que ser más que los demás. Y mi entorno familiar también. Mi familia extendida era un entorno de arribismo, de competencia, de deslealtad, de reírse de las fallas del otro, de burlarse, de resaltar los aspectos negativos de cada quien. La tristeza y depresión no es en vano porque te empiezas a dar cuenta de muchas cuestiones (Felipe, comunicación personal, 2018).

Justamente, con los comportamientos y las afectividades que son consideradas normales vamos pasando de un escalón a otro en la escuela, usamos el auto para llegar puntualmente al trabajo, comemos lo que compramos y seleccionamos en el supermercado, vemos la final de un torneo de fútbol, nos preocupamos por la renta y nos endeudamos, ignorando que a cada paso comprometemos un poco más nuestra potencia vital.

[...] por ejemplo, desde un principio he pensado que quien vive bajo órdenes es un esclavo, yo no puedo, aunque para muchos es trabajo, o la escuela; desde ahí parte esto, yo no puedo estar esperando que me digan qué chingados voy a hacer. Yo sé lo que quiero, yo tengo una conciencia, pero eso de dar más poder al poder sí está muy cabrón (Juan, comunicación personal, 2018).

Desde su propia capacidad sensible y su experiencia, Saraí se alinea en la misma crítica sobre la forma en que las condiciones laborales expropian la potencia de las personas, hasta arrinconarlas y quedar sujetas de pasiones tristes.

La mayoría de los trabajos son muy explotadores, a lo mejor algunos somos muy afortunados y nuestros trabajos son lo que nos gusta hacer, y eso está padre, está bonito, te hace crecer, te sientes bien, pero simplemente la mayoría de los trabajos es cumplir con horarios muy pesados, con pagos indignos, donde ya no puedes disfrutar a tu familia y vives estresada, estresado... qué sé yo [...] incluso a mí me pasa, ahora que me ofrecen un trabajo y acepto, y digo: ¡pero cómo se puede trabajar así! Y veo a los otros maestros, veo que para ellos es tan fácil estar ahí todo un día, trabajar doce horas diarias, y luego tienes que llegar a tu casa a seguir trabajando y te olvidas de que disfrutas estar con tus hijos, cocinando, haciendo cosas. Ya les parece normal que la vida es así, trabajar, trabajar, trabajar y ganar bien poquito para comprar cosas que no sé si realmente necesitamos [...] igual, cuando estuvimos en Nueva York con El Cambalache, la gente nos contaba que para sobrevivir allí tienes que aguantar que te humillen, que te maltraten, gente talentosísima a la que le dan una patada en el trasero y te hacen sentir una mierda; veías tanta gente de todo tipo, tan talentosa, pero es tanta gente que el sistema te selecciona y a algunos les hacen sentir que no valen (Saraí, comunicación personal, 2018).

En sentido spinoziano la tradición cultural y el sistema hegemónico le han declarado la guerra a la «potencia», la cual tiende a disminuir su intensidad en la medida en que este mismo sistema necesita alimentarse de ella para permanecer. Sin embargo, aunque esta apuesta de existencia nos consuma la energía y aunque hiera de muerte la trama vital, seguimos sosteniéndola y soportándola porque es allí donde encontramos el deseo y el goce del lujo, la comodidad y los excesos; o, como sucede en la mayoría de los casos, continuamos aguantándola porque es la única opción que se tiene y se conoce para sobrevivir (Robert y Rahnema, 2001). Lo importante en este sentido es comprender que asfixiar la potencia de un ser humano significa secuestrar el orden de sus afectos, mantenerlo bajo el régimen de las «ideas inadecuadas», y con esto coartar su capacidad de obrar, hacer o actuar con autenticidad, creatividad, autonomía y autosuficiencia.

Se expropia la potencia humana, al igual que se niega la potencia de los seres de la montaña, del humedal, del bosque, de la selva y del mar. Sin distinción, todos padecemos los capitales que amplían el desierto, padecemos los trabajos, las escuelas, el sistema financiero y los gobiernos. Ya lo decía Juan cuando veía pasar «las gentes con sus putas carreras, sin saber pa'donde chingado van, a veces las veo llorando, las veo frustradas» (comunicación personal, 2018). No cabe duda que, al contrario de la cita de San Agustín, vivimos injusta e insensatamente los frutos de un corazón desordenado que ama más lo que debe amarse menos y ama menos lo que debe amarse más. Sufrimos este corazón que ama lo que pone en riesgo la propia conservación, al punto de llevarnos contranatura del impulso de *conatus*.

Entonces, todo eso como que te hace pensar que el mundo no va para un buen lugar, que el sistema-mundo no está siendo justo con todo el mundo y no está siendo sustentable, no está siendo un montón de cosas. Entonces, todo eso me generaba a mí como inconformidad, rabia, desencanto y decepción (Rubén, comunicación personal, 2018).

No obstante, los sentimientos de hartazgo, cansancio, agotamiento, depresión, dolor, desencanto y decepción, anudados con rabia, ira, coraje, indignación e inconformidad, generan un tipo de afectación que detona la aparición de las líneas de fuga. Resulta paradójico que estas modulaciones, asociadas a las emociones negativas e inclinadas a las altas descargas de potencia, ayuden a desatar cambios en vez de a generar un estrechamiento que socave la capacidad de actuar. Al parecer, no es lo mismo una situación específica que despierta tonalidades afectivas de este tipo en un momento concreto, que existir permanentemente con ellas como afectividades dominantes. Sin duda, la temporalidad y la intensidad con que se viven pasan a ser dos factores clave que determinan si estos afectos «tristes» —en sentido spinoziano— aumentarán nuestras potencias para reafirmarnos ante una amenaza o si, por lo contrario, disminuirán la energía vital y nos conducirán a la evasión. En este punto, lo importante es ver que, pese a ser emociones tendientes al rango de la tristeza, la ira y sus sentimientos asociados, bajo una regulación adecuada pueden desencadenar una gran fuerza motivadora que estimule la acción (Kasperbauer, 2015).

La injusticia como afecto

Aunque la «impotencia asumida» nos mantenga aplanados, siempre existe la posibilidad de que el *conatus*, ese esfuerzo por permanecer y defender la vida, nos conduzca a vivenciar el enojo o la rabia como mecanismos de afrontamiento; que en vez de frenarnos, paralizarnos o inmovilizarnos, alimenten nuestra capacidad de obrar, de sobrellevar adversidades y de revitalizar e incrementar la potencia.

Particularmente, entre las personas que transitan en el intersticio existe una tendencia a asociar el fuego de la ira con el sentido de «injusticia»; en otras palabras, la configuración de las fugas también suele generarse como una forma de respuesta ante lo percibido como injusto. Pero ¿qué sería esa injusticia?, ¿cómo entenderla? Aunque intuyo la dificultad que implica, me resulta inevitable detenerme un momento e intentar comprender, en algún grado, la complejidad de esta experiencia que a veces pareciera quemarnos o incendiarnos por dentro. Vuelvo una y otra vez sobre los relatos del intersticio, avanzan las horas, sigo buscando, paso de un texto a otro, y al final encuentro un escrito que me inquieta. Son los resultados de una investigación realizada por un equipo de neurocientíficos en Estocolmo. Este estudio, a partir de un juego con el que se analizó la actividad cerebral de treinta y cinco participantes, concluyó que la amígdala cerebral presenta una reacción automática frente a las situaciones que se consideran justas o injustas; de igual forma notaron que, al suministrar medicamentos tranquilizantes y ansiolíticos, las personas participantes neutralizaron sus respuestas ante las manifestaciones injustas (Gospic *et al.*, 2011). Fue así como llegué a preguntarme si sería posible que mis interlocutores experimentaran la injusticia como un afecto empático pre-racional, producido en lo más insondable de su cerebro.

La injusticia entendida como afecto es una afección profundamente corporizada que se presenta antes de que podamos reflexionar o ser conscientes de las causas o de las «razones del corazón» que motivaron su surgimiento. Su carácter pre-reflexivo la posiciona como un mecanismo de supervivencia o de respuesta inmediata, que bien puede acoplarse con el despertar del *conatus* en los seres intersticiales. Asimismo, no es casual que la ira brote asociada con la injusticia, pues ambos afectos están relacionados con el aumento de la actividad en esta zona cerebral de nuestro cuerpo encarnado (Gospic *et al.* 2011).

Poco a poco los relatos van posicionando los elementos fundamentales del mapa afectivo en el intersticio, y concretamente el afecto de la injusticia va abriéndose paso como un estado anímico esencial que motiva e impulsa la capacidad de obrar. Impredecibles, las líneas emergen como «agenciamientos individuados de fuga» (Guattari, 2013), movidas a actuar frente a la injusticia percibida en las relaciones sociales, así como en los modos de relacionarnos con los otros seres naturales.

«¡No me gusta la injusticia, odio la injusticia!». Con estas ocho palabras Jesús resume aquello que, en un inicio, le movió a involucrarse con procesos barriales y comunitarios. Pero esta forma de afectarse no solo surge en la adultez; de hecho Lucy, en su relato, necesitó volver la mirada a su infancia para así develar el mundo de una niña sensible y confundida ante unas realidades que escapaban a su entendimiento:

Estando muy chiquita, tal vez desde los diez o doce años, me afectaba mucho la injusticia [...] siempre estuve cuestionándome por qué había tanta gente pobre, tan pobre, no entendía, me parecía injusto. Bueno, yo veía la injusticia en la pobreza, no entendía por qué había otros niños como yo, como estos pequeñitos que andan vendiendo en la calle, desarropados, que no van a la escuela. Cuando yo veía a niños de mi edad o más pequeños en condiciones de pobreza, siendo yo niña, pues me cuestionaba mucho, me preguntaba por qué esas diferencias, por qué no teníamos las mismas oportunidades, eso es lo que yo me acuerdo de niña. Y ahora, visto desde el sistema económico capitalista y patriarcal, pues todavía es muy rudo, porque en realidad la riqueza está en manos de muy pocos, pero solo la riqueza de capital. También Chiapas me cambió la mirada sobre la pobreza, ahora entiendo que hay cosas más culturales, cosas que están más vinculadas a vivir cerca de la tierra, de la naturaleza y que no son necesariamente pobreza (Lucy, comunicación personal, 2018).

En la misma dirección, Alma comprende la injusticia en términos sociales; sin embargo, yendo un poco más allá de la noción de desigualdad económica, ella verá que este afecto se vincula con un desbalance en las relaciones de poder, las

cuales, en términos spinozianos, son una «mala mezcla» dirigida a entristecer y a mermar la energía vital de las personas.

Siempre me ha indignado mucho la injusticia [...] yo la percibo, la veo y la vivo como el abuso de poder frente a población en situación de desventaja. O sea, siempre vamos a encontrar personas, comunidades o colectivos en situaciones de desventaja social, económica, cultural, educativa, y esta desigualdad que se da entre quienes tienen el poder o quienes tienen mayores privilegios o ventajas, frente a esta población que no los tiene, o sea, esa desigualdad que genera más violencia y vulnerabilidad en esta población, eso para mí es la injusticia y me enoja. Me enoja cuando alguien tiene poder y abusa de alguien que no lo tiene aprovechándose de esta situación de desventaja, entonces eso me molesta, me enoja, y ese también es mi enojo con las instituciones de todo tipo, no solo las ambientales, también las de justicia, autoridades del ayuntamiento, gente que al ocupar un cargo puede ejercer cierto poder. Me molesta que abusen por ese poder que tienen, o que no hagan nada por ese poder que tienen, entonces eso a mí enoja y me hace mover. Es un enojo que se siente en el estómago o en la garganta por la indignación e impotencia, pero es más como un coraje de no entender cómo se dan estas cosas, de no creer lo que pasa, de esos abusos que llevan a la gente también a situaciones de tristeza, de enojo y desesperación, es decir, eso que se genera ahí en estas relaciones impactando de manera negativa a la gente, eso me enoja y me da indignación, coraje, sobre todo. Siento impotencia cuando no tengo en mis manos los recursos o las posibilidades de hacer algo, y me quedo pensando qué se puede hacer aquí, y no encuentro qué hacer. Pero eso es lo que me mueve a buscar los caminos, a mover a la gente, a decir: «Oigan, hagamos algo, ¿no?» (Alma, comunicación personal, 2018).

A veces pareciera que se vive rodeado de muros altos y fuertes; barricadas que ahogan, cierran y cercan al grado de gatillar la «impotencia». Un nuevo afecto aparece en escena, se aproxima sigilosamente entre las sombras y nos susurra al

oído: «siempre será lo mismo y nada es susceptible de cambio». Pero para Alma esto no es suficiente, ella busca incansablemente una hendidura en el cerco, una grieta que evidencie la impermeabilidad del muro. Va al encuentro de una salida al saberse afectada por la «injusticia empática». Esto parece inevitable porque en el intersticio no se evade o se ignora, sino se cultiva un afecto empático, es decir, una capacidad de abrirse y ser tocado en la emoción por la situación que el otro vive (Varela, 2001), y más aún cuando se percibe como injusta.

[...] estar consciente de que eres sujeta, actora, tiene que ver con lo que se da y se recibe. Alguien puede decir, «recibo agua sucia», y pues ya ni modo, no hay remedio, no hay nada que hacer... ¡No!, hay alguien responsable de que el agua llegue sucia a tu casa y hay que cambiar esa situación, y hay que ver quién es el responsable [...] y pienso, ¡hagamos algo! No es como las creencias de esta gente muy ligada a los temas religiosos. No pues, es que así Dios lo quiso o así Dios lo quiere. ¡No! ¡No es que Dios lo quiera!, es que hay toda una estructura y hay gente que le toca decidir, y esas decisiones que toman esas gentes tienen que ver precisamente con esto que no nos gusta, que nos molesta y que está afectando nuestras vidas [...] el amor por la naturaleza me mueve, y eso se combina con lo otro que hemos platicado, ese enojo frente al abuso de poder, la omisión, la negligencia y la incapacidad de las autoridades que me da coraje. Y digo: ¡ay, no!, ¡no puede ser!, ¡no! Me indigna, y por eso a veces muevo a la gente, a las comunidades, y digo: oigan, ¿qué onda?, ¿y qué vamos a hacer?, ¿y qué hay que hacer? Veámonos, reunámonos, hagamos (Alma, comunicación personal, 2018).

La «injusticia empática» mana de una irresponsabilidad y de una desatención frente al otro; en este sentido, ser sensible a ella encierra un ánimo y un querer reconocer a ese otro que ha sido invisibilizado. En otros términos, implica vivenciar que entre-estamos y que compartimos una misma geografía de contactos. Responder empáticamente ante lo injusto es igual a acrecentar la conciencia de que continuamente fluimos por la vida encontrándonos, necesitando, recibiendo, entrecruzándonos y corporizando el trazo del otro. Acogemos las afecciones de los otros cuerpos al punto de sentir en

la propia encarnadura la incomodidad, la molestia, la impotencia, el enojo, la tristeza y lo insano que brota de lo injusto.

La injusticia es una enfermedad, es un desequilibrio, y en este mundo hay unas injusticias muy fuertes. Además de la injusticia social, vi la injusticia con el medio ambiente, esa injusticia ecológica que es esta gran crisis económica, donde la economía se ha desligado de la verdadera economía que es la naturaleza. No hay nada que tengamos que no provenga de la naturaleza, y al echar a andar la economía así solita, separada de la naturaleza —porque los economistas no saben de biología, ni quieren saber además— pues lo único que pasa es que no nos alcanza para vivir como quisiéramos que viviera todo el mundo. Entonces, eso hace que se cree por un lado injusticia social, pero por otro también ambiental, porque la manera como estamos viviendo es solamente a costa de los recursos naturales y de disminuir la biodiversidad de la naturaleza (Rubén, comunicación personal, 2018).

Reconocer la injusticia es entregarse al apetito de vida, es llenarse de *conatus* y reafirmarse ante las acciones que amenazan la existencia. Activar el impulso de querer que la vida siga siendo vida implica asumirse como un ser en «interexistencia» e interdependencia; asimismo, requiere comprender profundamente que si disminuimos la potencia de los otros seres humanos y de los seres naturales como el agua, las abejas, los bosques o el ecosistema marítimo, generamos un desequilibrio que también merma nuestras potencias y vulnera la posibilidad de seguir permaneciendo.

En el fondo, la necesidad de ocuparse de la injusticia deja entrever un deseo por alcanzar la «justicia». Lo interesante en este punto es que en la lógica afectiva de la fuga se considera que dicho sentido no es exclusivamente humano, sino que, por lo contrario, abarca las otras expresiones o modos de la vida.

[...] esa justicia es algo que va más allá de lo humano, es también del entorno; tú me ayudas, yo te ayudo, tú me das agua, yo te pongo algo para que se refugie un bicho, yo hoy lo saludo, mañana usted me saluda. Entonces, es así como estar bien con todo, es como

hacer una energía positiva dentro de un caos, entonces es como generar un equilibrio (Jesús, comunicación personal, 2018).

La justicia aparece como un estado de reciprocidad, de reconocimiento y de responsabilidad hacia el otro, es un hacerse cargo, y sobre todo es un equilibrio y un orden que puede aprenderse y observarse en los ciclos naturales de la trama vital.

La naturaleza poco acumula. Ni nutrientes, ni energía, y donde se acumula se crean sistemas de redistribución. Tú ves que la cuenca arrastra todos los nutrientes hasta un sistema de humedal, donde hay plantas muy eficientes para transformar todos los nutrientes que vienen en esa agua, ellas son especialistas en transformar eso en carbohidratos y en alimento para las aves, y por eso estos sistemas siempre están llenos de vida, porque hay mucho alimento redistribuido. Entonces, incluso en la naturaleza pasa, la naturaleza redistribuye el excedente, la concentración es contaminación. En química dicen que la dosis es el veneno, cuando tú concentras lo que sea, eso es contaminación, y cuando lo redistribuyes se puede convertir en abono, en fertilizante. Eso mismo pasa con el dinero. Una bola de dinero es como una bola de caca, pero distribuida puede ser abono, pasa con todo... Nosotros estamos contaminando, acumulando y extrayendo nutrientes, y eso no es lo que hace la naturaleza, la naturaleza, redistribuye, siempre redistribuye, y eso es una manera de justicia, la justicia natural, si tú quieres (Rubén, comunicación personal, 2018).

Contrario al principio de redistribución que sostiene la trama de la vida, el sistema económico y todo su andamiaje institucional se soportan sobre las lógicas de la acumulación. En palabras de Lucy, este sistema siempre busca «ampliar su capital a costa de lo que sea», y por esta razón acapara y despoja de toda su potencia a las diferentes expresiones de la vida. En ese sentido, las diversas caras de la injusticia son una forma de acumulación necesaria para alimentar y energizar el sistema en el que vivimos. Por ello, los seres del intersticio constantemente se cuestionan sobre lo que su cuerpo puede hacer en términos de fuga.

[...] en un lugar como Chiapas, la gente podría vivir muy bien si quisiera. Pero la gente lo que hace es pedir y tratar de gestionar. Entonces, mi desesperación es ver cómo se piden las cosas ante un gobierno sordo, mudo, ciego... y dices, pues bueno, entonces tenemos que hacer algo. Hoy en día pienso que la justicia puede venir, pero por nosotros mismos. Por ejemplo, lo que ustedes están haciendo aquí, si pudieras recolectar toda el agua de los techos de esta casa, a lo mejor lograrías ser autosuficiente con agua de lluvia, y si además la saneas después de utilizarla, dime, ¿para qué quieres un servicio de agua y de saneamiento municipal? Entonces, pienso que la justicia la podemos hacer nosotros y que podemos hacer un cambio iniciando desde nosotros, y por eso creo que así debería verse la justicia. No es tanto ver o revisar una ley y buscar que se aplique, sino ver cómo haces algo justo para ti. O sea, veo la justicia en un sentido personal, más que en un sentido legal o reglamentario, así veo la justicia (Jesús, comunicación personal, 2018).

[...] si vemos que las instituciones no están funcionando, no están cumpliendo con su tarea, entonces no vamos a esperar que la institución venga a resolvernos las cosas. Tenemos que defendernos nosotros, tenemos que hacer algo, tenemos que tomar el liderazgo para defender nuestro territorio y defender lo que queremos, y defender nuestro derecho. Las instituciones no lo van a hacer porque tienen una serie de vacíos, falta de capacidad, falta de compromiso. Entonces, las instituciones están obsoletas, tenemos que revertir esta estructura y tenemos que empezar por nosotros (Alma, comunicación personal, 2018).

Emprendiendo la fuga

De repente, emerge algo nuevo al interior de ese engranaje que ya tenía una dirección establecida. Son las líneas de fuga, que al dar un sentido diferente a la vida, empiezan a mostrar el camino hacia otro rumbo. Los seres intersticiales huyen de lo establecido, critican, cuestionan y se oponen, aunque no siempre de forma directa. De hecho, el responder a la crisis con un fuerte impulso hacia el «hacer» es lo que les hace seres potencialmente disruptivos.

Yo creo que podemos hacer otras revoluciones más de adentro hacia afuera, y no como someterse a una idea, sino como ir en los procesos para poder cambiar. Al final, yo creo que todos queremos lo mismo, o muchas personas queremos lo mismo, hay gente que va a «querer», y otra gente que va a «hacer», y pues yo «quiero hacer» (Juan, comunicación personal, 2018).

Y es que no es menor «querer hacer cosas» en un mundo donde los poderes económicos y políticos están comprometidos con la tarea de acosar, entristecer y robar la capacidad de actuar. Finalmente, lo que buscan es volver a las personas cada vez más dependientes e incapaces de resolver sus vidas por fuera de los muros del sistema. Entonces, enfocarse en el hacer es uno de los caminos para recobrar la potencia de obrar, atender al *conatus* y desmarcarse de la *potestas* que crea la crisis y profundiza lo injusto.

La permacultura a fin de cuentas es una salida positiva a la crisis que está insertada en un movimiento muy positivo de hacer cosas, de responder haciendo cosas. Y eso era lo que me hacía falta a mí. Eso es una parte, por eso te digo que poco a poco se me aclaraba todo, porque me sentía más aliviado, más descansado, inscribiéndome allí que inscribiéndome en otro tipo de luchas. Entonces, eso es lo que me hizo sentir que las cosas cobraban sentido (Rubén, comunicación personal, 2018).

Como las raíces de un tubérculo que van creciendo silenciosamente bajo la tierra, las fugas se proyectan de manera impredecible; se expanden en forma rizomática, se relacionan, se contactan, se conectan, se retroalimentan e intercambian al interior de una lógica afectiva que da un nuevo sentido a este respirar y caminar sobre la tierra. La sensibilidad del intersticio abre el horizonte de los sentires y permite que le otorguemos otro sentido, es decir, una orientación diferente a lo que vivimos y a la forma como experimentamos la vida. Poco a poco, las cosas toman otra dirección: la dirección de la fuga.

Y entonces me fascinó empezar a aprender de permacultura y rápido me puse a hacer cosas en mi casa, hice mi huerto, hice mis

almácigos, puse mis gallinas. Vivía en una casa por La Isla, tenía un patiecito, allí empecé a tener mi gallinerito y en un balcón tenía mis almácigos con plantitas, y ya empecé a hacer composta; por primera vez todo agarró sentido, por eso yo sé que a veces a la mayoría de la gente no le hacen sentido estas cosas, porque estamos como en la inercia. Pero últimamente mucha gente ya se está dando cuenta y es bien interesante verlo, hasta en mi familia. Por ejemplo, a ellos yo ya les puse un sistema de lombrices para hacer composta y lo usan muy bien, lo cuidan y lo mantienen. Creo que eso hace unos años no era muy posible. Como que también siento que más personas están interesadas, mis primos, mis primas, y antes ni me imaginaba que les fuera a interesar (Juancho, comunicación personal, 2018).

Aumentan las relaciones, el rizoma crece y sus entrelazamientos se complejizan aún más en una espacio como «San Cristóbal, donde hay mucha gente buscando esas opciones» (Juancho, comunicación personal, 2018). No en vano Juancho dice: «fue acá donde pude comenzar a aprender un poquito de todo». Cada devenir se potencia y se enriquece en los encuentros, en la lógica del intercambio de haceres y conocimientos.

[...] y quién sabe cómo fue que se volvió un frenesí. Y desde ese momento estoy aprende, aprende y aprende cosas que tienen que ver con cómo ser más autosuficiente, con cómo ahorrar agua, cómo reciclar agua, cómo usar mejor la energía, cómo procesar tus propios alimentos, cómo comer más saludable. Todas esas cosas que, aunque no soy experto de nada, ya sé un poquito de todo y cada vez siento que sé más, más y más. Y no ha parado ese impulso, o sea, como que sí se detonó algo y de repente empecé a aprender y me agarraron sentido muchas cosas (Juancho, comunicación personal, 2018).

La vida toma un nuevo sentido en el hacer, una nueva direccionalidad. Claramente, ese hacer es una forma de cambiar las situaciones fuera de la lógica de la oposición, y es allí donde reside la fuerza de los seres intersticiales. Aunque

en el fondo no estén de acuerdo, se opongan y critiquen, lo importante es que su crítica no se dirige a la confrontación, sino a cambiar los haceres y los sentidos. Sin chocar, las personas se dan a la fuga sin aviso; en silencio se incorporan y van proyectando la transformación rizomática del orden establecido. «Siempre fui muy crítico de lo que estaba sucediendo, pero lo que me impulsó fue querer conocer las soluciones. Antes yo no conocía las alternativas» (Juancho, comunicación personal, 2018).

Eso de buscar nuevas estrategias lo encuentras superinteresante, y también dices: oye, ¿y si hago esta alianza contigo y vemos cómo nos vamos por aquí sin enfrentarnos al monstruo o al empresario o al poderoso, y así vamos ganando terreno por otras vías?. Y empiezas a hacer tus redes. La verdad, eso para mí es superinteresante y me llena (Jesús, comunicación personal, 2018).

Crear, resignificar y cambiar los sentidos es ampliar las posibilidades. Mientras la *potestas* cierra y te hace pobre al negarte las opciones, la *potentia* las abre y te ayuda a redescubrir la propia riqueza: «Para mí la pobreza es mental, y es porque tú te cierras a las posibilidades. Y ¿a qué le llamas riqueza también? Entonces, creo que hay mucha riqueza potencial de ideas, riqueza de grupo, riqueza de compartir» (Juan, comunicación personal, 2018).

Martín ha vivido esa «riqueza del compartir» en la colonia Maya, sabe que en el encuentro y en la participación colectiva pueden generarse procesos de ampliación de consciencia que van aunados a un aumento de la potencia; en ese sentido, participar es una acción conjunta de fuga que acrecienta la capacidad de un hacer diferente, creativo e ingenioso.

Es un proceso de toma de conciencia, es un proceso gradual en el que cada vez vas teniendo más conciencia, y conforme tomas más conciencia haces cosas diferentes, es de conciencia y de acción; y la conciencia es el darte cuenta de las cosas, pero no porque alguien te lo dice, sino porque tú lo descubres, descubres cosas, y entonces es conciencia y acción. Haces cosas a partir de esa conciencia, te das cuenta, haces cosas diferentes y se aumenta tu conciencia. Nunca lo había definido así, pero así me gusta, te das cuenta, actúas y tienes conciencia, y por eso actúas de una manera

diferente, y va aumentando, va aumentando... Eso es participación, y por supuesto es una participación que yo la creo para beneficio mío y de los demás, no solamente para los demás (Martín, comunicación personal, 2018).

El pensamiento abierto de la fuga es como una máquina abstracta capaz de crear nuevas máquinas materiales con la potencialidad del hacer. El tallo subterráneo del rizoma sigue su naturaleza, se desliza, se expande, crece de forma horizontal, emite raíces, multiplica sus brotes y contagia a otras líneas con su ánimo.

Hemos intentado el uso de la otra moneda, hemos participado en varias cosas como las bicimáquinas, hacemos lo más que podemos. También hicimos un trabajo de cómo adoptar los baños secos. Tenemos mucha información, pero andamos buscando los mecanismos que tal vez puedan ir facilitando este proceso para que la gente lo adopte. Entonces estoy trabajando, no sé bien ni el nombre, pero estoy implementando cosas como quitarles una palanca a los baños, también quitarles el olor para quitarle la cacafobia a la gente. Y, obviamente, despertar la conciencia a todo lo que te puedes ahorrar con números, cuántos litros de agua ahorramos de esta forma, conocer el bien que le haces al medio ambiente y, así, el bien que nos hacemos a nosotros mismos. Entonces, en eso seguimos chambeando un poquito más (Juan, comunicación personal, 2018).

La expansión de la mirada también invita a recobrar el poder y el ánimo de reconquistar la vivencia serena del tiempo y de los espacios habitados. En palabras de Guattari, se «abre un espacio-tiempo donde puede desplegarse el deseo [...] donde pueden imaginarse nuevas máquinas y donde puede favorecerse la propagación, el contagio y la proliferación de las líneas de fuga portadoras de deseo» (2013:11). Se trata de un impulso por desterritorializarse del «tiempo capitalístico», de ese tiempo escaso, fugaz, incierto, líquido y esclavo que impide un habitar profundo en los espacios (Bauman, 2015).

Y ahora, lo que siempre digo es que precisamente lo que tienes que hacer es diseñar tu vida. Entonces, por eso es tanto mi pleito con mi trabajo en la universidad, de sentir que me está quitando tiempo para lograr ir más a fondo. Entonces, tengo que encontrar la manera de no depender del salario del que dependo. Estoy imaginando los pasos, y he estado en ese asunto desde que me conocen ustedes. Pero sí, pienso que necesito dejar mi trabajo porque necesito mi espacio y mi tiempo,¹³ y pienso en que también se puede tener otro estilo de vida, y siento que sí se puede lograr el estilo de vida que quiero, y ya estoy como en ese camino (Juancho, comunicación personal, 2018).

La acción de fugarse va más allá del rechazo, y para ello se necesita ver, pensar, sentir y obrar de otras formas. Como afirman Robert y Rahnama, más allá de una intención romántica, en el intersticio existe un «deseo razonado de cambio» frente a lo insoportable de la crisis, la destrucción y la injusticia (2001:223). Dicho deseo es una pulsión de vida que invade a los seres intersticiales en el corazón, y es por ello que sienten una necesidad y una alegría profunda de pasar a la acción. Con la imaginación puesta en juego, se van trazando las opciones, las posibles salidas y las alternativas.

Incluso a veces pienso que mucho se puede hacer sin dinero, y hay ejemplos, y dices: «Bueno, sí, hay formas de hacer las cosas diferentes, de salirse por la tangente». Eso es rebeldía, muchos le llaman rebeldía, como Martín de la Maya, y yo lo veo, y pues es rebelde, él no va a acatar nada sin una razón válida, y sin embargo respeta. Pero si tú lo quieres obligar a acatar algo con lo que no está de acuerdo, él se sale por la tangente y te va a dar la vuelta. Entonces, es una forma de ser, hasta cierto punto, autónomo, independiente, que le gusta tomar sus propias decisiones (Jesús, comunicación personal, 2018).

¹³ Juancho renunció a su trabajo tiempo después de esta entrevista. Actualmente combina el trabajo en su casa y el cuidado de su hijo recién nacido, con algunas horas como profesor en otra universidad.

[...] entonces, yo no comprendo cómo vive esta sociedad, quejándose de muchas cosas, cuando podemos hacerlas de maneras diferentes, con alternativas. Y en una de esas yo tomé la decisión, dije, yo no sé si hay otras vidas, pero en esta no me la quiero lamentar cuando ya sea viejo y decir que pude hacer algo y no lo hice (Juan, comunicación personal, 2018).

Los afectos encarnados en el intersticio revelan un querer, un procurar y un intentar recobrar la potencia. Tender a dejar de padecer pasivamente un mundo impuesto es un hacerse cargo y lanzarse a recuperar la capacidad de obrar creativamente, con autonomía y autosuficiencia.

Para mí lo más cercano a la libertad es la autonomía, quiero vivir bien y quiero ser libre, no quiero pasarle tributo a nadie, no hay por qué hacerlo. Primeramente, entonces, no me quiero fallar a mí mismo... ¿lo haces por necesidad?, ¿o porque tú lo quieres?, ¿o porque estás en la misma prisión?... si se puede llamar así, en la misma nave vivimos, ni modos. Pero hay caminos diferentes, hay visiones que se pueden hacer. Y pues, ¡no estamos inventando el hilo negro! En muchos lugares se han hecho cambios [...] y la casa siempre ha servido para eso, es un lugar donde la gente puede ver sistemas de autonomía o alguna alternativa como las que yo vi de pequeño. En ese tiempo primero se me hacían muy locas las ecotecnias, decía ¡oréale, qué loquera! Pero conforme vas creciendo dices ¡chido, es algo diferente! Se puede hacer, entonces, ¿por qué no hacerlo? Pues ahora me he encontrado con bastantes satisfacciones que me han dado, pienso que somos seres únicos e irrepetibles, y uno puede elegir cómo quiere vivir, y hay maneras muy amigables y fáciles de hacerlo (Juan, comunicación personal, 2018).

[...] siempre me interesó un diseño que te permita ser lo más autosuficiente posible y que te permita estar cuidando, y tampoco gastando tanto, dejar el estilo de vida de excesivo consumo. Entonces, yo siento que hace un buen rato sí invierto en cosas como para la casa, sí invierto también en cosas para

mí; tampoco es que me quiera separar ya de la vida moderna y volverme totalmente ermitaño. Siento que hay muchas cosas que tengo que integrar de lo que nos ha dado nuestra propia historia y nuestra formación, pero sabemos que muchas de esas cosas están hechas a costa de la naturaleza, entonces tienes que pensar si las quieres mantener o cómo hacerlas sin que sean tan dañinas (Juancho, comunicación personal, 2018).

Lo que puede el cuerpo que deviene en fuga es ingeniar un hacer autosuficiente, un hacer capaz de liberar la creatividad individual y colectiva que ha sido inhibida. La potencialidad creadora necesita tiempo, espacio y curiosidad para abrir el pensamiento e indagar, averiguar y escudriñar la multiplicidad de salidas y de opciones que se tienen.

[Lo que me impulsa] puedo resumirlo en la aspiración de querer ser más autosuficiente, de querer diseñar una vida donde tengas más tiempo, donde puedas disfrutar más de las cosas, donde tengas tu espacio y donde no estés tan mediatizado. Entonces, sí tengo como mucha inspiración en eso [...] Lo que siento que me impulsa es que siempre trato de reflexionar dónde está el problema de los meollos que tenemos, cómo podemos transformarlos, qué camino podemos seguir; pero también ya no soy de una visión muy dogmática, no creo en una revolución total, sino que debemos de aprender pasito a pasito. Lo que me impulsó fue esa pulsión que tengo a buscar las soluciones, y como soy muy analítico, estoy tratando de encontrar pistas sobre qué no nos deja ser totalmente libres, sobre qué nos lleva a que todo nuestro potencial no este despierto, sino que hasta cierto punto esté opacado y mediatizado en conflictos que nos hacen perder el tiempo (Juancho, comunicación personal, 2018).

Transiciones en la fuga rizomática

Lejos de ser un movimiento sólido y sin quiebres, el rizoma que se proyecta a otro horizonte continúa conectado con la base de la que se fugó. Por esta razón, el intersticio es un espacio de múltiples contradicciones, incoherencias, confusiones, fisuras y vacíos. Su falta de congruencia se debe a que es un

espacio de tránsito, donde no acabamos de salir del viejo lugar, pero tampoco terminamos de llegar al nuevo, e incluso no se tiene total certeza de que pueda llegar a existir.

No todo lo puedes cambiar al mismo tiempo, entonces, tienes que ir por facetas y eso es lo que la permacultura llama transición. A veces siento que puede haber alguien con una idea muy purista, creen que tienes que ser totalmente congruente y todo, pero ¡pues no es viable! Algunos terminan entrando en una mentalidad muy religiosa, en un tema muy dogmático. Yo lo que siento es que, si estás dando pasos y pensando cómo sustituir una cosa por otra, aunque todavía no lo hagas, ya estás investigando y tomando conciencia, eso ya es dar un paso. Otra cosa, dices: «Me gusta mucho esta parte de la tecnología». De hecho, aunque uno sabe que todas las máquinas tienen un montón de cosas que se extraen en minas y que están provocando estragos y que contaminan un montón, y que los mismos desechos de la electrónica están siendo nocivos por todas partes, y que todo se usa y se desecha; el problema es que gran parte de lo que he aprendido de permacultura es gracias a que hay internet y a que tengo computadora. Entonces también está eso, que en este momento también hay que aprovechar que tenemos un almacén de información bien grande en internet; de hecho, para mí ha sido bien padre ir aprendiendo cosas así y saber que existen ciertas soluciones, muchas soluciones diferentes a montones de temas de nuestra vida cotidiana [...] yo siento que sí me conecté con algo que me da mucha satisfacción de aprendizaje, entonces, he sentido que al aprenderlo me hace sentir mejor, por decirlo así, por eso me empecé a meter en este asunto. Y te digo, ya no de una forma tan radical, porque quizás en otras épocas tuve hasta ideas revolucionarias, más de transformar la sociedad pero desde un rumbo político, y ahora se me hace muy irreal eso, como muy fantasioso, porque el mundo no cambia porque tú lo decretes o porque quieras convencer a todos, sino que aquí, si eres anticapitalista, puedes tener un nivel muy político, pero seguir siendo bien capitalista en la vida cotidiana, o sea, no cuestionar tu consumo ni nada de eso. Entonces, a mí me

pareció el camino más congruente, aprender a ser lo menos capitalista o estar insertado en cierto nivel, pero aun así tener algo de libertad o autonomía. Al final sabes que no te vas a poder salir, pero es satisfactorio saber que ya hay cosas de las que no dependes (Juancho, comunicación personal, 2018).

[Por supuesto] haz de cuenta que ahora, con El Cambalache, empiezas a estar tan en eso, que tú misma te preguntas ¿realmente necesito esto? Y, pues, dejas de necesitar y de consumir; al final te das cuenta de que es tan poco lo que necesitas para estar bien, con poco estás bien y dejas de estresarte ¡ah, quiero aquello!, ¡necesito aquello!, ¡tengo que trabajar más por aquello! (Saraí, comunicación personal, 2018).

La transición también puede ser leída como un proceso de desprendimiento de las «ideas inadecuadas» propias del «ser necesitado». En otras palabras, lo que sucede en el tránsito es un abandono del *homo miserabilis*, es decir, de ese «protagonista de la escasez» planteado por Illich (2002). En el intersticio se rompe con la imagen del ser carente y desvalido que ha perdido su potencia y su capacidad de obrar en la «sociedad de la falta». Asimismo, se genera un alejamiento frente al deseo compulsivo de tener los últimos aparatos tecnológicos y las diversas mercancías que el sistema ha fabricado como objetos de consumo. Poco a poco, la lógica afectiva y el orden del amor del ser de intervalo dejan de alinearse con los ejes rectores del mercado. En el tránsito, cada devenir minoritario va aclarando que su necesidad ha sido fabricada, y por eso comienza a reevaluar y a transformar sus objetos de su deseo.

[Igualmente] a mí me fascinó mi transición, saber que ya son bien poquitas cosas las que consumo del supermercado. Quizás, de repente voy por papel de baño, que a veces siento que lo puedo sustituir, también compro el jabón Roma, que se supone es el biodegradable, para los trastes lo utilizo. Entonces, compro cosas solo cuando las necesito y son muy puntuales [...] también he estado en la transición de dejar mi trabajo para así poder enfocarme más en este estilo de vida, pero me freno con esa *ñañada* de que de todas maneras uno depende todavía muchísimo del dinero (Juancho, comunicación personal, 2018).

Por esta misma necesidad de desapego al dinero y a la vida de consumo, años atrás, Juan quiso experimentar si era posible salirse temporalmente del sistema de mercado cuando su situación de vida era diferente:

[...] y me dio mucho gusto llegar a un nivel en el que dije, ¡cámara!, ¡pues pude vivir año y medio sin dinero!» Ese era mi reto personal, ver si eso era posible en este pinche sistema, y bueno, que todavía es medio pueblo aquí. Me preguntaba, ¿se podrá? Entonces dije, yo quiero experimentarlo, llegar a producir mis propios alimentos. Y sí, me dio mucha satisfacción personal hacerlo [...] pensaba en los grandes maestros y los grandes sabios del pasado, que no ocuparon varo y que fueron grandes hombres, y para mí en eso había un sentido común, fueron muy valientes, porque si no hubieran sido muy valientes no conoceríamos ni sus nombres. Yo tuve que agarrar valor de donde no tenía, y sí que me daba miedo el qué dirán, me daba un chingo de miedo, pero igual pasó y lo superé. Me decían, ¡pinche loco!, ¿qué madres estás haciendo. Y sí, llegue a mis límites, empezar a trabajar la tierra no es tarea fácil [...] pero, cuando tú dices ¡no mames!, ¡no estoy gastando un pinche peso aquí! Veo mi comida corriendo, mis gallinas, mis conejos, se mueve la hierba que me voy a comer, tengo combustible reciclado, la lluvia, capto mi lluvia, baños secos... ¡güey!, ¡estoy en una pinche autonomía!, me sentí libre, me sentí muy a gusto cada minuto, cada día ¡lo disfruté un chingo! Pero tenía que acabar, no sé, tenía que pasar, se dieron varias cosas [...] ahora que están mis hijos, aunque yo quisiera romper algunos moldes, no es fácil, tampoco les puedo negar las cosas, pero sí puedo decir elijan, conozcan, ahí vemos... ellos también pueden elegir su camino (Juan, comunicación personal, 2018).

La economía continúa identificándose como el principal lazo que sujeta la fuga rizomática. Aunque los agenciamientos individuales y colectivos exploren otros haceres y redescubran otros caminos del pensamiento, los seres intersticiales siguen manteniendo relaciones personales de dependencia crónica con «los modos de sujeción económicos y sociales» (Guattari, 2013). Pese a ello, es posible

que no se trate del mismo vínculo monetario que tenían antes de emprender la transición; sin duda, la constante reflexión sobre el grado de necesidad que se sostiene con el dinero va despertando una fuerza de contradependencia.

[Con el grupo de la ecoaldea] fuimos tratando de ver, e incluso vimos dónde no estamos pudiendo avanzar en el tema de economía y finanzas. De hecho, la reflexión es que nos está frenando a todas las demás cosas, porque la economía es la que nos tiene más amarrados. A todos los que nos queremos salir del sistema, siempre la economía nos regresa, por eso es tan importante trabajarla y empezar a buscar otros modelos de economía. Entonces nosotros nos declaramos en transición, no vamos a hacer todos los cambios, ni en nosotros mismos ni en nuestro colectivo, pero queremos visualizarlos y queremos ver en cuáles podemos avanzar. Entonces, tenemos esa reflexión. Hay comunidades que incluso comparten la economía, hay comunidades que no comparten su economía y se buscan su economía cada quien, y luego llegan ahí, a vivir en el mismo lugar, y a lo mejor comparten cosas espirituales muy intensas. Nosotros lo que nos hemos dado cuenta es que, de hecho, estamos empezando a generar cosas mixtas, en las que cada quien tiene una manera de buscar su financiamiento, pero luego hay cosas colectivas que podrían ir haciéndonos transitar hacia esa economía más colectiva. Y en eso el territorio de la ecoaldea nos ha delimitado mucho, porque el zonificarlo, crear zonas y cosas colectivas implica una economía colectiva; si hacemos la casa colectiva, será la casa de todos y aparte cada uno va a tener su casita, pero nos genera trabajo colectivo que ya es economía y nos genera buscar esos recursos de manera colectiva para que pueda funcionar. Entonces, organizarnos así nos ayudó a darnos cuenta de ese tipo de cosas, ver dónde están nuestros vacíos y que, efectivamente, si no se trabajan todos los elementos, pues por mucho que aprendamos de ecotecnologías no lo vamos a superar sin la economía. Si no fortalecemos esa parte no vamos a poder hacer prosperar esta otra, y que además todas están íntimamente relacionadas (Rubén, comunicación personal, 2018).

Aunque con menor fuerza, la dependencia a la red económica dominante se mantiene; es claro que, en el rizoma, aún están por resolverse las posibles estrategias que permitan soltarse y transitar hacia otra economía.

Para conseguir cualquier sueño que tenga en la vida, primero tengo que checar si me va a alcanzar con el dinero que tengo o cómo voy a conseguir los fondos para financiarme. Entonces, el 90 por ciento de nuestros sueños se detienen por eso y estamos todos los días de nuestra vida, todos los seres humanos, entendiendo que primero hay que preocuparse por el dinero. Me parece que eso, por un lado, nos ahoga emocionalmente, y por otro lado no permite ninguno de nuestros sueños. Pero nuestros sueños no tienen nada que ver con lo factible, más bien los limitamos por lo factible (Felipe, comunicación personal, 2018).

[...] a nosotras en lo personal, a las cambalacheras por ejemplo, en el tema económico sí nos ha ayudado muchísimo, pero igual nosotras no logramos vivir del cambalacheo, o sea, todas trabajamos en otra parte, algún lugar donde ganemos dinero para pagar el gas, la luz, la comida, el transporte. Entonces, sí seguimos dependiendo mucho del dinero. La idea principal de El Cambalache es ayudarnos dentro del sistema capitalista, que haya en nosotros esa esperanza, o como una pequeña lucecita o algo que sepas que no estás solo, que si no te alcanzó con esto que estás ganando dentro del sistema para vivir en el sistema, que sepas que cuentas con esto que está acá, que se llama cambalache (Saraí, comunicación personal, 2018).

Proporcionalidad en la fuga

El movimiento de la fuga, pese a contar con una gran potencialidad creadora, conserva una de las características del rizoma, me refiero a que en su fase de origen suele parecer pequeño, inofensivo e insignificante. En palabras de Guattari (2013), aunque son «fuerzas afirmativas, positivas, ya comprometidas en procesos reales de transformación del orden social [...] siguen siendo imperceptibles en sus primeras ocurrencias», y pese a comenzar «como un

minúsculo riachuelo, siempre corren entre los segmentos, escapando de su centralización, huyéndole a su totalización» y a su aplanamiento.

Nosotras soñamos muchísimo, y nos encanta. A veces decíamos que es solo una utopía, pero cuando ves lo que está pasando localmente, ¡ay, es tan chiquito! Pero realmente pasa. Ves que a nosotras nos pasa, que a nosotras nos ayuda tanto y nos ha cambiado tanto. Pues es muy bonito darte cuenta que, aunque seamos poquitos los que estamos, ya todos nos vimos beneficiados de esto y sabemos que es real (Saraí, comunicación personal, 2018).

Cuantitativamente la fuga no representa un peligro para el sistema, de hecho, su pequeña escala es tachada de «romántica», y por esto es burlada, ignorada, desdeñada y menospreciada. La mirada de la tradición cultural occidental es un ejercicio de poder que solo puede dar importancia a aquellas expresiones faraónicas y de gran magnitud; justamente, en ello radica su incapacidad de ver el innegable valor cualitativo de la minúscula experiencia rizomática que amplía el universo de lo posible.

En *Mujeres y Maíz* se reivindican y visibilizan esos caminos que las mujeres han mantenido por años, por siglos, pero que han sido invisibilizados por el sistema completamente, y desde mi punto de vista esos caminos son los que nos han salvado, aunque nadie se dé cuenta. Son mujeres que por varios años han trabajado y han encontrado en hacer alimentos de maíz, como atole, tortilla, tostadas y tamales, un medio de vida. Por ejemplo, por su trabajo muchos podemos seguir comiendo maíz local en donde ya no producimos, como en San Cristóbal. Es gracias a esas mujeres que siguen utilizando de manera tradicional las semillas locales de maíz para elaborar sus alimentos y llevarlos a los mercados locales en donde las personas podemos tener acceso. Entonces, son esos caminos invisibilizados por el sistema los que las mujeres mantienen, y de alguna manera son una fuga para el sistema también, porque eso hace que, aunque son experiencias pequeñas, vayan ganando espacios. Entonces sí son fisuras, son fracturas

invisibilizadas y que definitivamente las compañeras no tienen ese propósito de desestructurar al sistema, pero sí es un mecanismo de sobrevivencia que ellas encuentran que —desde mi punto de vista, aunque yo creo que no solo desde mi punto de vista— reivindican muchísimo y fracturan más de lo que uno imagina. Pero debe ser en silencio, calladitos, si hiciéramos mucho ruido quién sabe qué nos pasaría [Lucy ríe y habla en voz baja]; si hacemos mucho ruido se enojan los que tienen el poder. Aunque el trabajo de las mujeres que tiene un valor, en este sistema se hace menos, se invisibiliza; por ejemplo, Maseca no se imagina la cantidad de maíz que se mueve a través de las manos de las mujeres que hacen tortillas en sus casas. Yo creo que si hicieran las cuentas se asustaban. Puede que desde el punto de vista económico no les represente un enemigo, que no les preocupe, pero bueno, mejor que no lo sepan (Lucy, comunicación personal, 2018).

En este punto me es imposible no recordar a Juan cuando expresaba: «ya lo dijo el sabio Bruce Lee: no porque seas vegetariano un león no te va a comer» Es decir, no por estar haciendo algo loable el sistema no te va a detener.

[Justo] por eso [en El Cambalache] decimos: Pues que no se dé cuenta el gobierno porque nos van a parar. Aunque seamos poquitos, la gente ya se va dando cuenta de que el sistema cambalachero sí funciona, y que dejas de mirar de esa forma como quieren que mires, sin tanto miedo, o como el consumismo, donde te someten a una cosa que, si no estás dentro de ese sistema, pues no sobrevives. Y también entras en la cosa de estar consumiendo [mercancías], porque si no, no está bien, o eres inferior. Pero cuando estas acá, pues al contrario, cambias todo y te das cuenta de lo grandioso que eres independientemente de tu situación monetaria [...] y que eso esté cada vez más cerca de todos, que todos sepamos que nos podemos apoyar unos a otros a través del intercambio, y que todos tenemos algo que dar, algo que intercambiar, todos, no importa que no sea algo material, o a lo mejor en ese momento tú no puedes y el intercambio se da

a través de un quiero y necesito. Y no hay bronca, aquí esta lo que necesitas y no importa que ahorita tú no puedes dar, y que te sientas también con la satisfacción de que en algún otro momento tú vas a dar, vas a tener un compartir, o tal vez ir a ayudarle a alguien cuando tú ya lo puedas hacer. No es algo que se vaya a ver como recibir una limosna porque tú no estás en ese momento dando algo, hay muchas situaciones, puede que emocionalmente no puedas en ese momento y no hay problema. El sistema de intercambio se trata más bien de eso, no es decir: ¡Ah!, ¡vamos a acabar con el sistema capitalista! Aunque qué padre fuera porque sí afecta mucho. Igual sí lo vemos como una economía diferente, pero que desafortunadamente es algo muy pequeño todavía (Saraí, comunicación personal, 2018).

Sin embargo, no porque sean experiencias pequeñas dejan de ser relevantes o significativas, de cualquier modo continúan siendo focos potenciales de inestabilidad del orden social. Su constante invisibilización y ninguneo, y su aparente insignificancia, funcionan como un manto que las protege de las operaciones de captura y cooptación. De acuerdo con Deleuze y Guattari (2004), los rizomas de fuga necesitan mantener un estado anímico prudente; asimismo, deben evitar las desesperaciones, las reacciones alocadas o los enojos que las evidencien y las hagan muy visibles.

La pequeña y silenciosa escala de la fuga, lejos de ser algo indeseado, es una proporcionalidad determinante para la configuración de los afectos en el intersticio. Es decir, la «potencia de obrar» aumenta cuando la experiencia vital se inscribe en una menor escala que amplía el hacer creativo; por el contrario, la capacidad de actuar tiende a disminuir cuando se está inscrito en una mayor escala.

Uno tiene que hacer los cambios a la menor escala posible, los cambios a la menor escala posible son más fáciles de afrontar. Pero, incluso, socialmente pasa eso, que cambie un presidente me va a traer a mi vida cambios muy difuminados; la decisión que toman en Naciones Unidas, en mi vida trae muy poquitos cambios. Pero conforme vengo a una escala más pequeña, más pequeña, ya

puedo sentirlos. Por ejemplo, la decisión que tome el alcalde de San Cristóbal puede ser muy relevante para mi vida porque puede empezarse a ver el tema del crecimiento desorganizado de la ciudad, o ver qué está pasando con el agua o con los ríos. En cuanto la escala es menor, eso podría traer un cambio en mi vida, al grado que si la escala eres tú, si tú decides dejar de fumar, el cambio es inmediato. Las decisiones que tomes a la menor escala posible son las que más efectos van a tener, y en el diseño de permacultura también tienes que ver todo el patrón, pero la acción debes hacerla a la menor escala posible; primero debo ver el patrón más grande desde la cuenca, y luego decidir dónde voy a poner la cocina de mi casa. Entonces, primero miro el patrón y luego tomo la decisión en la menor escala posible que pueda, y yo creo que la menor escala posible es uno mismo. Entonces, como que eso es lo que uno tiene que buscar, cambiar uno, y eso va a ir permeando en el colectivo, en la comunidad (Saraí, comunicación personal, 2018).

Apuestas relacionales en el intersticio

Aunque se trate de experiencias incipientes y a pequeña escala, estas tienen la suficiente fuerza para gatillar cambios a nivel individual y colectivo. Como en un movimiento afectivo de pliegue y repliegue, el cambio a la menor de las escalas posibles también tiene el poder de generar un cambio en el otro. Si se transforma la manera en que veo mi propia potencia, necesariamente se transformará la potencia que veo en los seres con los que entro en contacto. De ahí que las personas que devienen en fuga y que recobran su potencia de actuar tracen la apuesta más disruptiva y potente en el intersticio, me refiero a ese querer explorar otras formas de relación social y de reconocimiento del otro.

Una de las frases que me gusta mucho de El Cambalache es «ten el valor de intercambiar». Nos referimos a algo desde adentro, cuando tienes el valor de intercambiar es simplemente como decidir vivir de otra manera, aunque sea dentro de este sistema, pero ya decides no consumir tanto, decides compartir más, decides valorar a los demás, apreciar lo que te comparten, lo que te dan o lo que alguien hace (Saraí, comunicación personal, 2018).

Sin duda, la afectividad de fuga es capaz de dar lugar y valor al conocimiento, la experiencia y la capacidad de hacer que reside en el otro.

Un señor que ayudó a construir [el salón comunal de encuentros]. Tenía problemas con el alcohol, pero gracias a que estuvo aquí lo vino dejando, poco a poco, ahora tiene un sentido. Otro joven que estudió la primaria y es balconero llegó un día a Ecosur, lo invitaron como parte de la colonia a ese proceso de defensa del agua, él estaba feliz porque al presentarse dijo: «Estudié mi primaria y soy balconero» [ríe]. Estaba fascinado porque esos señores que estudiaron mucho lo estaban escuchando a él. Entonces, hay personas que van haciendo pequeños cambios y eso para mí es una maravilla. Otro ejemplo es el señor que está aquí [una persona que se encuentra próxima a nosotros], es un chingón, él no estudió mucho, pero es un inventor, le presentas un problema y anda pensando, y piense y piense cómo lo resuelve, y ahora como presidente de un comité anda buscando cómo hacer algo diferente, es como poner una semillita para que brille (Martín, comunicación personal, 2018).

Aunque la fuga permanezca incorporada en el sistema, es capaz de resignificar la lógica establecida. Al cambiar la propia mirada, los capitales sociales, económicos, culturales y simbólicos que se ponen en juego y que determinan las oportunidades de posicionamiento en el mundo social (Bourdieu, 2016) son reevaluados; por ejemplo, factores como contar con un título académico pierden todo sentido, ya que en el rizoma de fuga se amplía la perspectiva sobre lo que se considera un saber o un hacer valioso. En esa dirección, habría que preguntarse cuáles son, ya no los capitales, sino las «capacidades» y los «haceres» que resultan fundamentales y apreciables en el «campo del intersticio».

[...] es muy curioso. Cuando estás ahí en El Cambalache, día a día es un aprendizaje con las personas que llegan. Por ejemplo, llegó un señor, Juan, es un señor superhumilde que casi no habla español, de hecho nada, solo habla tsotsil. Descalzo llega a recoger la basura, y pues de eso vive, de lo que le puedas dar por llevar la basura.

Entonces, llega y le digo: «Mira, Juan, este es El Cambalache». Y no me entiende porque yo no sé hablar tsotsil. Pero él va con un niño, y el niño le empieza a traducir. Él no puede creer lo que le estoy diciendo, que él no necesita usar dinero para llevarse lo que necesita. Si necesita zapatos, tenis, ropa, lo que sea, alimentos de los que hay en El Cambalache, bueno, los puede llevar a cambio de que él se esté llevando la basura, es su trabajo. Pero él decía: «¡No!, ¡no!, ¿cómo? Es mucho». Piensas que él hubiera podido llevarse lo que fuera porque él no tiene nada, y dices, bueno, él necesita mucho entonces, y si le están diciendo puedes llevarte todo lo que quieras, pues piensas que va a llevarse muchas cosas. Y no, solo se llevó unos zapatos y un par de camisas, y luego volvió a regresar las camisas porque no le quedaron. Dijo que no se iba a llevar nada más, que lo único que necesitaba eran los zapatos. Y él preocupado me decía: «Pero yo quiero dar algo, quiero dar algo a cambio, pero pues no tengo nada». Y yo le digo: «¿Cómo?, pero sabes hablar tsotsil. ¿No te gustaría ser maestro de tsotsil una vez a la semana?». Y de repente él era la persona más feliz del mundo, nunca había visto a una persona tan feliz. Él decía: «¡Yo el maestro! O sea, yo, ¿cómo?, ¿ser el maestro?». Te lo juro que casi llora de la alegría y yo también, y empezó a ir después, y era el hombre más feliz del mundo de saber que podía dar algo, que podía enseñar. Fue bien bonito. Y las personas ellas solitas cambian su forma de verse a sí mismas, se dan cuenta de todo lo que son capaces de dar, como que en este sistema capitalista si no tienes nada, no vales un carajo, y de pronto estás en ese otro tipo de relación social y algo que tienes, como hablar tu idioma se vuelve valioso. Cuando él no se creía nada valioso, en realidad es supervalioso, y eso solo es una cosa, o sea, si lo conociera más seguro que tiene mil cosas buenas que ofrecer, y es eso, es como un trabajo de valorarnos nosotros mismos. Todos somos valiosos por igual; los niños, las niñas, es impresionante cómo llegan y dan sus talleres. Los niños dan talleres de Lego y ellos también son felices de sentirse maestros de algo. Hay talleres de verano donde otras amigas han ido a dar cursos de tambores y los niños aprenden bien felices, y luego

ellos comparten lo que aprenden. Las señoras del barrio también han querido participar, nos han donado miles de cámaras, y ellas llegan y escogen su cámara, y con Paty, otra de las cambalacheras, ya están armando su documental, no recuerdo cómo lo iban a llamar, pero uno de los nombres era: *Contando la historia de mi barrio en fotografía*. Y es hecho por ellas mismas, en talleres han aprendido a tomar fotos y a realizar documentales. Ellas van recuperando la memoria sobre la historia de Cuxtitali, también han investigado, están superempoderadas, van por documentos a la iglesia, y caminaron cinco horas hasta donde nace el agua del barrio. Ellas están bien prendidas, emocionadas, y es su trabajo, ellas lo están haciendo, cuando ellas decían: «¡Ah...!, yo soy una ama de casa no más, atender a los hijos y al marido, no más». Y ahora no, están haciendo su propio proyecto, haciendo investigación, cosas bien bonitas (Saraí, comunicación personal, 2018).

Para las personas, entrar en la lógica de El Cambalache es como pasar a una frecuencia que las potencia y las energiza; es como si el flujo de la energía vital las reavivara.

—¿Es así? —pregunto.

—¡Sí!, ¡exacto!, y se dan cuenta. ¿Yo sé hacer esto? No digo que ser ama de casa sea algo mínimo, es una cosa valiosísima y es un gran trabajo, pero cuando ellas descubren que tienen mil cosas para dar, talentos que ellas ni se imaginaron que tenían. Y poder ver que lo disfrutaban tanto, y que están superfelices. Ellas también se sorprenden porque están enseñando, y se preguntan, o sea, ¿yo sé toda esta historia de mi barrio? Y luego llegan a compartirla de una manera muy linda. Pues eso también cambia la perspectiva de cómo se ven ellas mismas, comienzan a notar todo esto que tienen por dar, y que pueden compartir sus saberes. Ellas saben muchísimo y a lo mejor no tenían espacios para compartirlo (Saraí, comunicación personal, 2018).

Las relacionales en la fuga rizomática activan y movilizan otras formas de sensibilidad hacia el otro. La capacidad hospitalaria, el compartir, el dar y el

sentir confianza son algunas de las afectividades que se identifican como parte de la mielina que conecta las interrelaciones:

Es toda esta parte que te quiere robar el sistema capitalista, y en la filosofía cambalache son las principales cosas que queremos recuperar. Sabemos que son cosas que tenemos los humanos y que son las principales capacidades que te van aplastando en el otro sistema. Y es tan fácil cuando lo comienzas a hacer, te dejas llevar por eso y te es muy fácil llevarlo a tu práctica diaria como algo normal. Y cuando lo empiezas a sentir en los demás, pues también tú lo quieres hacer, es algo que se contagia (Saraí, comunicación personal, 2018).

Saraí reconoce cierta facilidad en llevar a la vida cotidiana las prácticas de intercambio de El Cambalache; sumado a ello, expresa que estas llegan a ser adoptadas como algo normal. En este sentido, es importante señalar que las capacidades humanas tendientes a la asociación, la cooperación, la ayuda, la protección y el cuidado, así como a la indignación natural frente a hechos injustos, y el tener actitudes desinteresadas hacia el bien de los demás, son componentes remotos de nuestra ontogenia que han venido consolidándose en la deriva evolutiva de los seres humanos (Waal, 2011).

Volver a despertar la parte humana —no sé cómo explicarlo— me parece como muy natural de la humanidad el simplemente compartir [...] es como que se despertara algo innato que le pertenece al humano, que de pronto se duerme en la lógica capitalista, pero que cuando lo abres al sistema de intercambio, rápido, rápido se despierta (Saraí, comunicación personal, 2018).

Al igual que las habilidades asociativas, los haceres vinculados al contacto con la tierra y la construcción colectiva de refugios también tienen la capacidad de activar nuestra memoria evolutiva. Al respecto, Morin (1971) señala que el proceso de hominización en los pequeños grupos y sociedades primitivas estuvo vinculado a transformaciones en las relaciones humanas. Por eso, en el proceso de cerebralización se enraizaron temas relacionados

con la sobrevivencia, la protección, el cuidado, la alimentación y en general el desarrollo de las estructuras socioculturales.

Yo no sé, pero cuando estoy con gente que nunca ha trabajado la tierra —y eso me ha tocado mucho a mí porque trabajo con grupos para enseñar técnicas de cultivo—, la gente se emociona mucho. Igual me pasó a mí la primera vez que puse una semilla, y vi cómo nació una planta y después pude alimentarme de ella. Plantar un tomate en un balcón y que luego te puedes comer un tomate, eso como que te da algo, como que encuentras algo que habías perdido, yo no conozco a nadie que no le pase. Creo que en nuestros genes, en nuestro ADN, estaba ese contacto con la tierra. Entonces, cuando haces algo ligado a eso, también te encuentras, también descubres que hay algo que te hace sentir como si ya lo hubieras hecho antes, como si algo pasara. No solamente me ha pasado con trabajar directamente la tierra para cultivar los alimentos, también me ha pasado con la construcción, con construir algo. Yo creo que en toda la historia de la humanidad hicimos nuestros refugios desde siempre, entonces, cuando participamos en eso también hay una memoria genética ahí, algo que te da placer. Por más que sea algo cansado, te motiva y te hace sentir que esto lo habías hecho antes, o simplemente sientes que lo tenías que hacer. Claro, yo te hablo de la construcción natural, de trabajar la tierra, de construir, de asumir esa responsabilidad de construir tu casa o la casa de alguien (Rubén, comunicación personal, 2018).

El punto es que nuestra especie tiene una naturaleza intensamente social, por ello las acciones humanas están permeadas por instintos cooperativos, de protección y de cuidado que, desde siempre, han formado parte constitutiva de los seres humanos, además de que nos han ayudado a devenir como animales sociales. Pese a ello, en el intersticio sigue siendo un reto pensar en encontrar los caminos para movilizar el trabajo y la imaginación colectiva. Cuando Juan trajo a la memoria su experiencia, suspiró y dijo: «me gustaría colectivizar, pero, puta madre, ¿juntar personas?, ¿juntar cabezas? Juntar ha sido mucho problema».

Creo que lo más difícil de todo, incluso ahora que nosotros vivimos atomizados y en familias, es volver a hacer comunidades intencionadas. ¡Cómo cuesta! De hecho, en casi todos los proyectos de ecoaldeas muy permaculturales —como todos somos bien egocéntricos— terminan peleando por definir cuál es el mejor diseño. Rubén me platicaba mucho sobre eso, me decía que en España había muchas ecoaldeas y que lo más difícil era construir comunidad, en parte porque somos bien complejos como personas y ya estamos acostumbrados a estar echando pleito por cualquier cosa (Juancho, comunicación personal, 2018).

La «comunidad intencionada» es la opción que nos queda a quienes nacimos y crecimos atomizados en el ambiente del individualismo exacerbado, de la competencia, de la búsqueda del interés personal, de la mirada autocentrada y del desdibujamiento del otro.

Ser comunidad y querer hacer comunidad es algo nuevo para todos los que estamos allí queriendo intencionarlo, y entonces es difícil aprender a mirar el bien común. Es muy difícil además porque cada uno de nosotros tiene su idea de lo que es el bien común, pero es tu idea o tu imaginario porque nadie ha vivido en comunidad. Además, aunque hubiéramos vivido en comunidad, pues esa comunidad sería muy distinta a lo que queremos construir ahora (Lucy, comunicación personal, 2018).

No podría ocultarse que en algunos casos las intenciones de trabajar colectivamente han terminado abrazadas por el sentimiento de fracaso. Ante la dificultad de asumir una lógica grupal, se continúa avanzando por el camino del «devenir minoritario de fuga», es decir, como un «agenciamiento individuado» en el que «cada quien retoma su libertad y se escabulle lo más discretamente posible» (Guattari, 2013:265).

Les dije: «Compas, podemos hacer algo, nos unamos, podemos crear, podemos cultivar, no necesitamos de otras monedas». Y, pues, me cansé del romanticismo revolucionario, me di cuenta de

que a algunas personas les gusta el *eco-choro*, pero a la hora de la acción se quedan con discursos, con buenos libros, con buenos términos, y al final haciendo nada. Entonces, me decepcioné mucho de los compas. Yo pensé que podía contar con ellos, me di cuenta de que nadie más lo iba a hacer si no empezaba a dar pasos, me pregunté por qué esperaba más personas, ya había perdido tiempo, y dije: «¡Nell, ya voy a hacer cosas, con la poca noción, yo he visto cómo se crecen los borregos, las abejas, los peces, cómo puedes tener biogás, cómo puedes hacer celdas solares ¿por qué no lo voy hacer?» [...] Pero la verdad, un día allá en la aldea, que yo estaba feliz en mi pedo, me despertó un sueño diciendo: ¡comparte! Y ya no me dejaba en paz. Ahora quiero compartir algo tan maravilloso como eso, y decir: «¡Güey!, ¡ahí están sus alas!, ¡podemos volar! podemos irnos a otra cosa aunque ya esté muy nublado el telón, podemos cambiar la película en cualquier momento». Entonces, sigo con ese sueño, ya no como un experimento, porque antes pudo ser muy romántico, muy divertido o muy atrevido, el nombre que le queramos poner, pero después de haberlo experimentado, ya no estoy con la duda de si se puede o no hacer, ¡pues claro que se puede hacer! [...] si yo puedo, cualquiera puede hacerlo. Es más, ahora me da satisfacción saber que hay mucha gente que lo está haciendo, bueno, no sé si es mucha gente, pero ya hay gente que lo está haciendo. Igual hay bastante rechazo, hay bastante miedo, a mí me sigue cagando la gente que dice: «¡Chévere la ecología!» pero empezamos un proyecto, y le da miedo cuando comienza a ver: ¡ah, güey!, ¡ya no voy a cagar en el agua, si no aquí?, ¡no mames! ¡Sí, a huevo!, ¡eso es lo que vamos a hacer! Estos hippies con cuentas bancarias... ¡pero está chido! Todos están en su derecho, en su proceso, en su onda, lo importante es la vivencia. Entonces, el sentimiento ahora es más aldeano, es más comunitario, es pensar más en la comunidad, pensar en el otro. Y así me he atrevido a hacer mis viajes, pues ahora conozco más temas: el reciclaje, la captación de agua, la siembra, cómo fertilizar, biodigestores, fogones, casas de todo tipo y color. Claro, hay muchísimo más que conocer, hay más por descubrir, por crear, métodos más favorables para diferentes

regiones. Ahora estoy muy enamorado de la bioconstrucción, me gusta mucho, no está peleado con el arte, la belleza, la comodidad, entonces, por eso estoy en esto y pienso que es demasiado amplio. Depende de cómo uno lo quiera, el pastel está ahí, agarra lo que quieras. Pues esto es lo que a mí me mueve (Juan, comunicación personal, 2018).

Juan lo soñó, sintió su camino, lo siguió y comprendió que, a pesar de ser difícil, prefería intentar emprender una experiencia colectiva. Y es que el tallo subterráneo del rizoma no podría crecer en soledad porque sus raíces secundarias, los nutrientes de la tierra, el agua, el sol, y en general todo aquello que puede ser y no ser mencionado, son parte de la confabulación, del misterio y de la magia que le permite existir. Rubén también lo sabe, tiene claro que las salidas a la crisis no existen de manera individual. Ante un escenario de colapso, las estrategias comunes no son opcionales; hoy más que nunca el encuentro con el Otro se impone como una necesidad y una obligación para la sobrevivencia.

[Hay una clara intención hacia el trabajo colectivo] por una parte, por un querer ser coherente con lo que hacemos, vivirlo hasta el fondo. Pero por el otro lado está el tema del descenso energético, ¡la energía fósil va pa'abajo! Y en un futuro de descenso energético, la comunidad es la única manera de sobrevivir, no existe la sustentabilidad individual, eso solo puede ocurrir con mucha disposición energética, el que vivamos en una casa solos, que podamos no interrelacionarnos con nadie, y el yo trabajo desde internet y no sé qué y no sé cuándo, eso implica muchísima energía. Por eso, a medida de que hay menos energía, lo que necesitas es más comunidad. Entonces, pues, es la apuesta de la transición, la transición va a hacer y va a crear comunidad. Cuando nosotros compramos un terreno y decidimos irnos ahí, incluso nos dio miedo hablar de ecoaldea. Dijimos: «Mejor vamos a ser buenos vecinos y nada más, vamos a ver hasta dónde llegamos, pero seamos al menos buenos vecinos, al menos seamos los vecinos que nos gustaría tener, y que mi hijo vaya a jugar con sus hijos, y transicionemos hasta donde lo podamos hacer». Y yo era de los más

escépticos y decía: «Vamos a acabar siendo solo buenos vecinos». Pero la verdad es que llevamos cuatro años y en esos cuatro años cada vez apuesto más por el colectivo, aunque en muchos aspectos hemos logrado mucho menos de lo que creía. Hace cuatro años yo decía: «En dos años estamos viviendo ahí». Pero aún no estamos viviendo ahí porque crear la comunidad ha sido mucho más difícil de lo que creía. Construirnos a nosotros ha sido mucho más difícil que construir algo, y pues ha sido un darnos cuenta y un descubrir lo que queremos. Yo cada vez he abandonado más un proyecto personal y cada vez he abrazado más un proyecto colectivo, pero eso ha sido una transición, ha sido un proceso.

—¿En algún momento has llegado a no querer seguir? —pregunto.
—En más de una ocasión, porque cuando hay mucha energía disponible estás acostumbrado a que puedes decidir comprar un terreno y hacer las cosas a tu manera, pero si lo tengo que consensuar con otras once familias, se comienza a complicar todo, eso cansa y desgasta. Pero igual continúo porque tengo la convicción de que es la única manera. Lo mucho que hagas individualmente encuentra poco sentido a lo poquito que hagas colectivamente, es decir, lo mucho que hagas individualmente te deja poco, te sabe a poco, contra lo poquito que puedas hacer colectivamente; o sea, el trabajo colectivo, ya sea de reflexión o físico, te transforma a ti, de la otra manera solo eres tú transformando la naturaleza y ya. En realidad, lo que está pasando en el colectivo es que te está transformando a ti, y es que no va a haber un cambio si no cambias tú, y si no lo haces con un colectivo en realidad es muy difícil. Al menos en mi experiencia, es mucho más fácil cambiar producto de la reflexión, de los golpes y del escuchar otras voces diversas, que solo escucharte a ti con un discurso ya construido [...] ¿Te acuerdas cuando te decía que la gente en la labor de siembra, como que encuentra algo que había perdido, como si viviera un reencuentro? Cuando haces cosas en colectivo, aunque sea muy difícil, aunque también trabajar la tierra es muy difícil y construir es muy difícil, hay algo que te dice, que tus genes te dicen: «¡Ah!, ¡esto lo habíamos hecho antes!». Creo que tiene que ver con esa

sensación de recordar, de vivir ese momento de estar recordando algo, claro, pero de estar recordado algo que no viviste tú, que a lo mejor vivieron tus ancestros, uno recuerda lo que vivieron sus ancestros pero a través de uno. ¡Esa es mi sensación! Cobra ese sentido. Y luego, al fin y al cabo una comunidad es como una familia extendida, entonces tus relaciones empiezan a ser como las relaciones de tu familia de manera extendida, tus afectos desde luego que empiezan a trabajar y empiezas a tener otros afectos, la gente deja de ser nada más esa gente con la que queremos construir algo juntos, es gente con la que nos ha pasado esto juntos, y hemos embarrado las paredes juntos, y nos hemos equivocado juntos, y nos hemos levantado juntos, y eso va creando afectos, además de que va creando un sentido común, una mística (Rubén, comunicación personal, 2018).

Sin embargo, la intención de prepararse para la crisis no siempre surge desde el ánimo de crear comunidad. Pensar que no tendremos la misma disponibilidad energética para sostener esta civilización, de inmediato despierta la imagen catastrófica de un mundo desestabilizado, desolado y ennegrecido por las agresiones, las muertes, la violencia y el saqueo; claramente esa escena distópica de desabastecimiento iría acompañada de guerras locales por los pocos insumos que queden. Sin duda, el escenario casi apocalíptico del declive energético estremece y conduce a que el estado humoral de algunas personas sea tomado por el miedo.

Yo me he dado cuenta que cuando uno habla de crisis y de prepararse para la crisis que viene, vemos gente que se asusta mucho. Y entonces, en ese camino yo me he encontrado con mucha gente que lo que quiere no es crear un colectivo, sino un bunker.

—¿Es esa gente movilizada por el miedo? —pregunto.

—Exactamente, esa es la clave, lo que tú dijiste. Yo siempre digo que te moviliza el amor o el miedo. Hablar de crisis da miedo, y si te moviliza el miedo te vas al bunker, y ya pierde lógica ¡claro! Yo he estado en lugares donde daba un curso de introducción a la permacultura, y me llegó gente que lo que me estaba preguntando era cómo hacer un bunker. Me decían: «¿Cuántos metros necesito

para ser independiente? ¿Para no tener problemas con nadie?». Y yo decía: «¡Eso no existe!, ¡sin energía necesitamos comunidad!». Pero me di cuenta que ante esta paranoia de la crisis hay gente que está actuando por miedo, y entonces, ante ese miedo, pues la gente que todavía tiene energía lo que quiere es construirse un bunker —que ahora la energía también puede medirse a partir del dinero—.

—Y entonces ¿Qué sería no actuar por miedo, sino actuar por amor? ¿Qué sería ese amor?

—Sería el darnos cuenta que, en realidad, la humanidad lleva viviendo sin toda esa energía mucho más tiempo de lo que lleva con ella, y que es posible volver a ese... no exactamente a ese lugar, porque somos diferentes y hemos aprendido un montón de cosas, pero al menos dar unos pasitos para atrás en la cuestión sobre todo de la energía. Podemos vivir bien, tener una vida buena utilizando poca energía, eso no es rebajar tu nivel de vida, incluso yo diría que se aumenta, en el sentido que todo ese nivel de energía te está enfermando. Tenemos un montón de energía, un montón de cosas, y nos hemos hecho dependientes de las cosas; tenemos un teléfono inteligente, pero nosotros ya somos poco inteligentes. Entonces, conforme tú puedes ir dejando esas cosas y dándote cuenta que puedes vivir, e ir aprendiendo a vivir de una manera de bajo consumo energético, descubres que tienes tiempo y que puedes jugar con tus hijos y que eso te va a dar salud emocional, espiritual y física. Y entonces, al contrario, resulta que aumenta tu calidad de vida al disminuir tu consumo energético. Pero siempre se percibe que, si yo no puedo tener ese nivel de energía, lo que va a pasar es que voy a vivir pobremente (Rubén, comunicación personal, 2018).

La capacidad del amor en el interser

¿Amor o miedo? En la fuga rizomática la balanza se inclina por vivenciar una ampliación desde la capacidad del amor; contrario a sentir un estrechamiento y paralizarse por el miedo, la elección es fluir en el acto espontáneo de potenciarse

colectivamente, es entregarse a la energía del hacer y a esa rebeldía de la que habla Martín, es decir, a ese confiar en que todo puede ser diferente, que todo puede ser mejor. Aunque se es consciente del panorama de la crisis, se sigue soñando con explorar un tipo de vida dirigida a integrarse a los ciclos vitales, teniendo como base un menor consumo energético.

Ese amor tiene que ver con elegir lo bueno y lo malo. Si tú sabes que ese camino es malo, ¿por qué chingado vas? Digo, si sé que este camino es de corrupción y hay otro que no es de corrupción, entonces, ¿por qué chingados elijo este? Es como poner de un lado frutas y del otro chucherías, luego traigo un niño, ¿a qué lado va? Ahora depende de qué niño, qué formación trae, pueden ser morros de la misma edad, pero algunos ya saben qué no les nutre y qué es mejor elegir. Al final elijo más bien por la consecuencia, porque esto me va a hacer bien y esta madre me va a enfermar, tarde que temprano me va a matar. Allí el amor es al todo. Yo creo que el amor es muy amplio y se me hace muy conectado a lo espiritual, así es como yo lo entiendo. El espíritu no piensa tanto, es más sentir, y tal vez sí pasa por el filtro de la mente, yo puedo mancharlo, porque en la mente puedes manipular las cosas según te conviene. Es en esa elección que puedes tomar un camino [...] sí, el amor es un tema de elección, yo siento que es un tema de elección. Hay una comunidad en guerra y otra está en paz, entonces, ¿a cuál chingados quieres ir?, depende de tu visión. En cosas extremas una cosa es vida y otra es muerte (Juan, comunicación personal, 2018).

Yo creo que sí, es como un cambio de adentro hacia afuera donde influye toda esta parte humana. Yo creo que nosotros como humanos podemos decidir entre toda esa parte que puede ser muy violenta y negativa o podemos decidírnos por la parte del compartir, confiar en el otro, darnos, valorarnos a nosotros mismos, y así de esa manera también poder valorar al otro (Saraí, comunicación personal, 2018).

Desde la lectura spinoziana, cuando Juan dice que el «amor» tiene que ver con una elección, está indicando una acción de desmarcarse frente a la voluntad

de otro. De hecho, para tomar el camino de fuga es necesario comenzar a ser causa de los propios afectos y emprender un tránsito hacia las «ideas nociones». Solo en la frecuencia de este tipo de ideas nos es posible lograr el conocimiento sobre las características de los cuerpos, y con esto tener una base para entender las causas y los posibles resultados de las «mezclas» que elegimos. La práctica del amor es la auténtica comprensión del otro; es entrenarse para desarrollar una atención, una escucha y una observación profunda sobre los seres con los que entramos en contacto. Asimismo, es descubrir cuál es su necesidad, su aspiración o su sufrimiento, y desde ahí poder intuir y elegir qué tipo de acciones deben emprenderse para ofrecer algo que le resulte provechoso (Hanh, 1998b). La elección del amor sería la «comprensión correcta del otro», así como el desarrollo de una sensibilidad y de un movimiento del corazón que procure la «buena mezcla»: «Yo estoy mucho en la lógica de que el amor va a poder mover las cosas, desde cómo nos acercamos a una persona, cómo la percibimos y cómo intentamos transformarnos con ella» (Felipe, comunicación personal, 2018).

¿Será la fuga rizomática una forma de despertar al amor? Creo que, de algún modo, el amor se expresa en la acción de comprender profundamente la crisis, y con ello captar lo que necesita urgentemente ese otro: bosque, mar, coral, oso polar, pingüino, árbol, agua, montaña, humano, catarina, luciérnaga o escorpión.

Cuando honras por ejemplo a tus ancestros, el agua, el aire, el fuego, los árboles, las plantas, las otras personas, entonces es cuando te das cuenta y sientes que todas las acciones que hacemos afectan, que en realidad nos estamos quitando de la vida, nos estamos alejando cada vez más de la naturaleza y de las personas. Entonces entiendes que debes desaprender a vivir como vivimos los urbanos porque realmente hacemos mucho daño, más daño del que nos damos cuenta. Nuestros hábitos de consumo, nuestras formas de vida dependientes del carbón y los combustibles fósiles, es muchísimo daño el que estamos haciendo, y sin embargo es supercomplicado pensar en soltar esos hábitos. Somos extremadamente dependientes (Lucy, comunicación personal, 2018).

En el fondo, los seres intersticiales han escuchado su sufrimiento, por eso se sienten convocados a potenciarse, a inventar, crear e imaginar otros rumbos que alivien en algún nivel ese dolor.

Falta aspirar a hacer cosas más espirituales o amorosas, no importa si es un güey que tenga varo, no tenga varo, si es romántico, o si quiere meterse a la moda, o irse lejos y ser permacultor. Lo importante es saber con qué sentido, con qué espiritualidad, con qué corazón o para qué lo hace, ¿no? Entonces, la intención tiene que ser por amor. Por ejemplo, cuando yo hago mi trabajo no siento ni frío, ni calor, ni hambre, lo hago por amor [...] yo soy muy allegado a la espiritualidad, bueno, no sé si muy, pero creo en los nahuales, en los ancestros, creo en el misticismo y en la espiritualidad, pero no voy a hacer cosas buenas por miedo, sino más bien como por amor o como por ese respeto. Yo le llamaría espiritualidad a algo muy cercano al amor, o el amor está muy cerca de la espiritualidad, o yo no sé, como que son la misma cosa, y pienso que si las cosas no tienen espíritu, no tienen el amor (Juan, comunicación personal, 2018).

Ese amor o esa espiritualidad se relaciona con las comprensiones, sensibilidades e informaciones que se tejen a nivel local y que despliegan un entendimiento común sobre lo que significa un buen o un mal encuentro entre los cuerpos de ese territorio habitado. La configuración de las «nociones comunes» va formando determinados rieles afectivos que facilitan la comunicación, la conexión y el intercambio entre los seres intersticiales. Por ello, no es casual que mis interlocutores suelen nombrar la espiritualidad como un eje fundamental en su camino.

Cuando visitas experiencias de comunidades intencionales, se nota muy claramente, hay unas que se hicieron porque compartían una espiritualidad, y de hecho eso es lo que trabajan, y a partir de ahí han empezado a compartir otras cosas, y dicen: ¡ay!, también debo saber cómo cultivar mis alimentos. Pero ya se encuentran el tema como un problema. Nosotros, por ejemplo, estamos un poco inscritos en el otro lado, casi todos trabajamos en cosas muy prácticas, muy del hacer [...], entonces, vemos que la espiritualidad es una fuerza que liga y que pega, y pues hace falta a veces. Y los que se juntaron solo por lo espiritual de repente truenan porque ya no saben cómo producir sus alimentos o cómo construir sus

casas, e igual nosotros tronamos porque espiritualmente tampoco tenemos una base (Rubén, comunicación personal, 2018).

Rubén se refiere a la espiritualidad como esa base fundamental del «hacer». Justamente por eso Juan señala la importancia de preguntarse con qué corazón se hacen las cosas. Creería que lo primordial es reconocer que, si la intención de la acción es amorosa, necesariamente será espiritual. De algún modo, el hecho de que no se nombre no significa que la espiritualidad no esté presente. Incluso, si elaboráramos un mapa de la fuga rizomática notaríamos sus diversos nudos y yemas, veríamos que algunos de sus brotes avanzan hacia la construcción natural, otros toman la dirección para desarrollar técnicas ecológicas, otros se juegan su creatividad para imaginar otras economías, y otros nodos decidirán responder al llamado de trabajar directamente desde el mundo de las energías y la espiritualidad. Al final, en una red rizomática todo funciona por contagio, por eso no importa si cada devenir minoritario no se desarrolla con fuerza en la diversidad de las ramificaciones, lo importante es que alguien lo haga e inyecte esa energía a toda la red.

La vida me dio la oportunidad de andar con gente que estaba como en el mismo viaje, y sentir la magia de hacer cosas tan increíbles, como cuando estás conectado en una frecuencia, o no sé qué chingados sea, o la sabiduría, el sentido común, no sé, como le queramos llamar, pero hacer cosas sanas, tan hermosas, tan rápido [...] como sea, estamos conectados, yo pienso que nada está separado, nada más que a veces lo ocultamos o lo escondemos, o no sé qué chingados hacemos con ese sentimiento, ¿no? Pero a mí me gustaría abrirlo y expresarlo en lo que hago (Juan, comunicación personal, 2018).

El rizoma se sabe conectado, entiende que es un conjunto de anudaciones y de raíces que se entrecruzan, pero además sabe que en cada una de sus células lleva la impronta del sol, del agua, de la tierra y del aire. En otras palabras, sabe que su naturaleza es la interexistencia y por eso su búsqueda se enfoca en:

rehabitar la vida, rehabitar el agua, otra manera de decirlo es volver a hacerse uno «es justo el antídoto a la separación» cuando lo

espiritual y el habitar confluyen. Y en nuestra experiencia nos ha pasado naturalmente, como que es algo natural de la vida. Lo que está enfermo en la vida, en nuestra cultura social, es la separación, y entonces por eso uno piensa en el interser, pero, ¿cómo nos hacemos uno con todo? Parece una tarea titánica, como que hay muchas cosas que resolver para poderse hacer uno con la vida. Yo lo mostraba con la imagen de un árbol, donde sus propias raíces funcionan como un puente; o sea, supongamos que el interser fuera un gran árbol, y que uno estuviera parado sobre las raíces del árbol, si en ese momento uno dice: «eso es lo que quiero, el interser y el rehabetar», pues no hay que hacer un gran recorrido, el interser ocurre inmediatamente porque así es la vida en realidad, de manera muy profunda, muy sagrada, la vida es un tejido donde todo está unido, entonces no es tan difícil desde ese punto de vista, y a la vez es difícil también porque todo es uno. Entonces, yo creo todo esto, como una práctica del hacerse uno, con todo lo que a uno le está pasando en el aquí y el ahora. Normalmente sí es difícil porque venimos muy dañados como humanidad, como hombres, como mujeres, y no es tan fácil sentir lo que en realidad uno siente, es muy doloroso. Entonces, esta es la oportunidad en que lo hacemos todos juntos, y puede que duela o puede que sea un alivio en realidad. Pero es una práctica de interser (Felipe, comunicación personal, 2018).

Como en el ejemplo del huevo y la gallina, el «interser» es darse cuenta, sin importar el orden, de que el uno siempre ha existido en el otro, es recordar que ambos son un devenir y un ocurrir simultaneo (Hanh, 1998a). En otras palabras, la realidad del interser es abrirse a la sensibilidad de que «en nuestro interior habita la totalidad del universo» (Hanh, 2014:19). Ser uno o «hacerse uno» en el interser es conectarse con la tierra y entender que esta también está presente en cada una de nuestras moléculas, átomos y componentes, todo lo que somos proviene de ella. Por eso, cuando nos nutrimos de un pan, en realidad nos nutrimos de todas las interrelaciones de la vida que lo hicieron posible. En cada cosa, en cada alimento y en nosotros mismos está presente la vida misma. Inspiramos-exhalamos, estamos tan adentro como afuera. El inter-existir es esa

comprensión profunda de la conexión que tenemos con la tierra, con la vida y con todas sus expresiones o modos.

El aire está vivo, el fuego está vivo, el agua está viva y no solo biológicamente, yo aprendí que están vivos. Y sentí cómo la naturaleza te llama, te habla, cómo el río tiene voz, tienen una forma de ser, los animales y los árboles. Entonces, aprendí toda esta parte de conexión más profunda y espiritual con la naturaleza; eso me lo ha dejado ver Chiapas y para mí eso ha sido muy mágico, eso me ha cambiado la forma de ver la vida y a transformarme en consecuencia. Por ejemplo, la idea de ser parte de la ecoaldea tiene mucho que ver con eso, con ser más radical, con dejar mis comodidades urbanas extremas. Bueno, que además mis comodidades urbanas en San Cristóbal no son las que yo tenía en la Ciudad de México, aquí todavía estoy un poquito más cerca de la naturaleza que donde yo crecí. Pero la idea de vivir en la ecoaldea, cultivar mis propios alimentos y poder estar realmente más cercana a la naturaleza tiene que ver con ello. También en el proyecto de Mujeres y Maíz nos gusta mucho empezar con una ceremonia, con una meditación y hacer altares mayas como una forma de honrar a la tierra, de honrarnos a nosotros y de conectarnos, pues un altar es un espacio de conexión con tu espíritu, pero honrando al espíritu de todo y de todos. Es como aprender a llevar la vida con un mayor respeto a todos y a todo, y eso también lo aprendí acá, y es algo que me ha cambiado, que me ha transformado la vida (Lucy, comunicación personal, 2018).

La dirección del rizoma en fuga apunta a sentirse interconectado y así acceder a la realidad de la interexistencia, en suma, la capacidad de obrar en el intersticio se dirige a una transición que implica aquello que Juan considera esencial, me refiero a un cambio radical de la lógica o, en palabras de Felipe, a un cambio paradigmático basado en el interser.

No está bajo nuestro control lo que está pasando, yo estoy superconsciente de eso, es algo muy importante en mi alma lo que

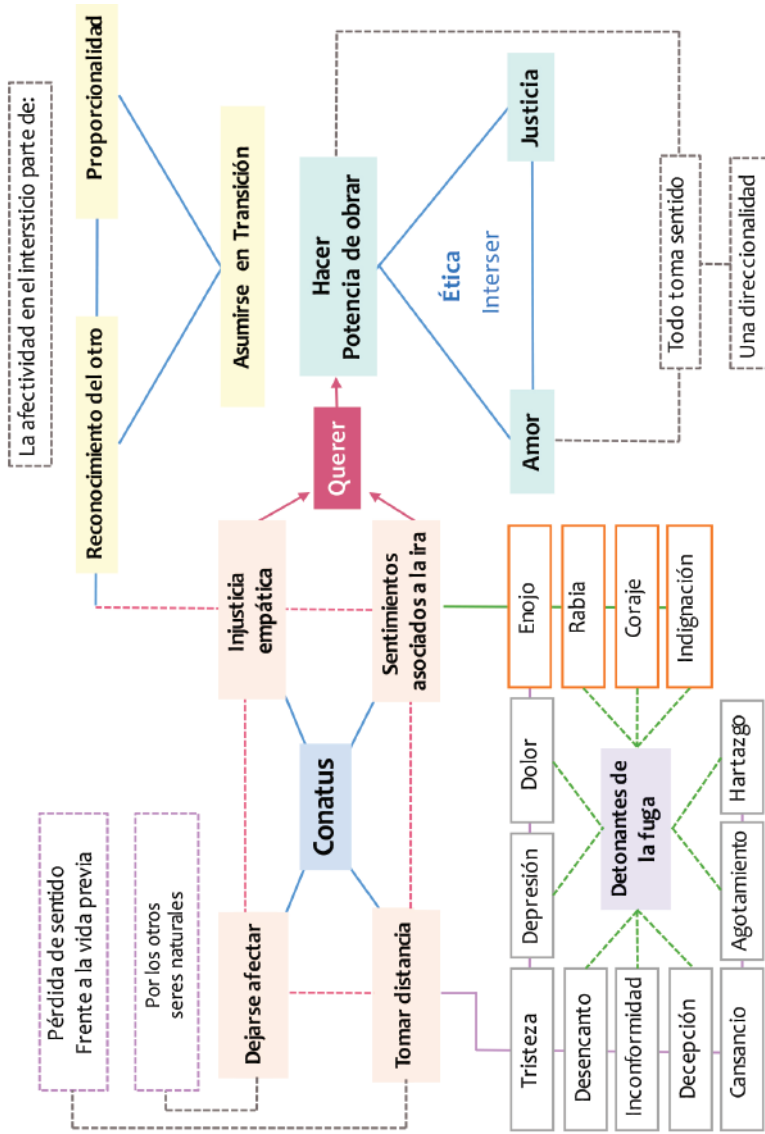
está pasando en el planeta, pero siento que no se puede matar el sistema utilizando la misma herramienta del sistema, o sea, que el llamado es a hacer otra cosa más sutil, más poderosa que detener una cosa. Por eso me interesa más el cambio de paradigma (Felipe, comunicación personal, 2018).

El espíritu alado del intersticio tiene sed de cambios, tiene cansancio de saberse ficticiamente separado por la piel y tiene el ánimo de trabajar por los nuevos comienzos; optar por el amor, aun en un mundo devastado, es insistir en no dejarse entristecer por la fealdad y por lo angustiante de la crisis, es reconocer y defender toda la belleza que se manifiesta minuto a minuto en la cotidianidad del mundo.

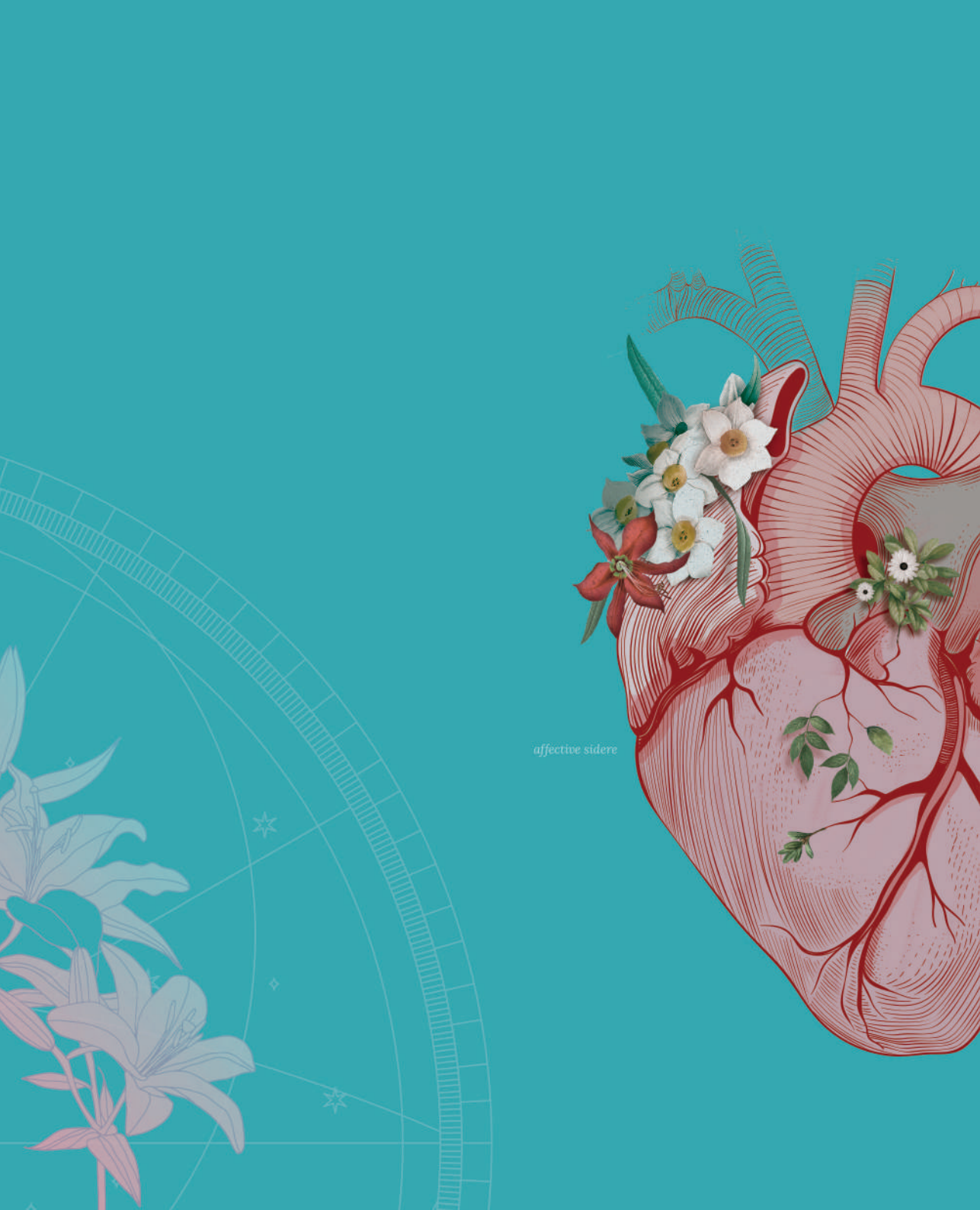
Todos los días hay algo que me levanta, con este pinche algo que no se muere, y yo me pregunto cómo chingados sigo pensando lo mismo, con tanta gente que me ha mandado a la mierda desde hace un chingo de tiempo, y sigo aferrado. Es un poco como las creencias antiguas de los abuelos, de que había un pinche paraíso que está hasta el final de tus días, y yo me dije: ¡no mames!, ¿por qué chingados no vamos a hacerlo en la puta vida? Lo sagrado no hay que ir a buscarlo a otro lado, ¡está en la belleza del mundo! Además, si veo un paraíso de agua y árboles en la Biblia de la abuela, entonces es que este es el paraíso, es el que tiene mi papá en su patio, mi papá tiene un paraíso en el patio porque tiene pescados, tiene borregos, cultivamos nuestra miel, tiene una abundancia de todo, entonces mi papá tiene un paraíso en su patio. Y este es el puto infierno, la gente muriendo de hambre, quejándose, sufriendo. Chingada madre, ¡ahí está pues! Y esto me lleva a pensar por qué tengo que llegar a servir a otras personas para encontrar mi mundo, cuando puedo ir directamente a mi paraíso, o a mi infierno. Entonces, no mames, yo mejor me voy al pinche paraíso a hacerlo, porque si no lo hay, lo voy hacer. Entonces eso me impulsa, yo no espero un mundo lindo y maravilloso, y si no lo hay, ¡hay que hacerlo! Entonces, ¡quiero hacerlo!, eso es lo que me inspira (Juan, comunicación personal, 2018).

Que el espacio de lo sagrado se entremezcle con el hogar, el patio o el jardín se vincula con «ese algo» que levanta a diario a Juan, al igual que a todos los seres intersticiales. Se relaciona con ese algo que no se muere en ellos y que los anima, es decir, que les da «fuerza vital» para continuar en su camino como aprendices de permacultura, artesanos de la bioconstrucción, creativos de las biotecnias, guardianes del humedal y de los bosques; puede que ese algo conecte con ese «humor», con ese soplo en el alma que los conduce al trabajo espiritual y a explorar otras formas de intercambio. Y aunque nunca podré saber a ciencia cierta el significado de «ese algo» recubierto con un aire de misterio, lo que sí puedo intuir es que está imbricado con esa energía que impulsa, que lanza y que potencia hacia la acción de advenimiento, de procurar o de intentar un cambio en nuestras realidades; en una palabra: se trataría del *quarere*, de ese impulso de querer hacerlo, de querer traer otro mundo a la mano, de buscar hacer por sí mismos el paraíso o de abrirse las puertas del cielo como obra de sí.

Gráfico 6. Mapa afectivo del intersticio



Fuente: elaboración propia.



affective sidere

CONCLUSIONES LA CONSTANTE APERTURA DE LA FUGA RIZOMÁTICA

*Creo que una hoja de hierba no es menos que
el camino recorrido por las estrellas,
Y que la hormiga es perfecta, y que también
lo son el grano de arena y el huevo del zorzal,
Y que la rana es una obra maestra, digna de las más altas,
Y que la zarzamora podría adornar los salones del cielo,
Y que la menor articulación de mi mano
puede humillar a todas las máquinas,
Y que la vaca pasciendo con la cabeza baja
supera a todas las estatuas,
Y que un ratón es un milagro capaz de confundir
a millones de incrédulos.
Siento que en mi ser se incorporan el gneis,
el carbón, el musgo de largos filamentos,
las frutas, los granos, las raíces comestibles,
Y que estoy hecho de cuadrúpedos y de pájaros,
Y que puedo recuperar cuanto he dejado atrás [...]*

Fragmento de *Canto a mí mismo*, Walt Whitman (traducción de J. L. Borges).

Implicada en cada letra, me abro a los seres del intersticio. Ahora sospecho que con cada frase e idea he dicho más de mí que de ellos mismos. No hay forma de ocultarme, al final es la intensidad de mi mundo afectivo lo que me permite acceder a un nuevo espacio. Escucho, toco, veo, huelo y saboreo los instantes; con mis deseos, alegrías, miedos e ingenuidades voy otorgando una tonalidad a este relato que deviene de mi afecto. Atrapada en una realidad que yo misma he creado, prefiguro un cuento parcial, sesgado, restringido y filtrado. En su organización y codificación particular, revelo todo aquello en lo que ya había reparado antes. Con mis experiencias pasadas y mis actuales marcos de referencia de interés, sintonizo el foco de mi atención, y en un acto de magia intencional hago aparecer lo importante, lo destacable y lo significativo.

Sería inexacto decir que abrí una puerta, en cambio, lo más honesto es admitir que aproveché una ventana abierta para desplegar un aprendizaje sobre este espectro que nombré la «fuga rizomática». En la práctica de la conversación fui coemergiendo con mis interlocutores y, en una acción conjunta, caminamos tras las posibles huellas que nos permitieran descubrir un probable orden del nudo afectivo que ha dado base a sus apuestas de vida. Pese a mi intento de direccionar y dar forma a lo sensible, debo reconocer que hay una irreductibilidad de la constelación afectiva al entendimiento. Inevitablemente siempre habrá cosas que se nos escapan, elementos inescrutables que permanecen ocultos en lo más profundo de nuestra vida inconsciente. En palabras de Emma León, «el reino de lo sensible no se deja reducir a expresiones verbalizadas» (2018:19), por ello, el alto costo de escribir sobre las fuentes afectivas de los seres intersticiales es interferir en el flujo vital y espontáneo de dicha experiencia emotiva. Sin tener opciones de escape frente a estas dificultades, me aventuré a escribir este trabajo que me interpeló en lo más profundo de mi vivencia cotidiana. De hecho, recuerdo bien que cuando coseché por primera vez en nuestro pequeño huerto albergué una emoción inexplicable, y luego pensé: «De esto me habló Rubén, ahora sí puedo comprender sus palabras». En la propia vivencia entendí la alegría de ver germinar una semilla y de conectar con la fuerza que envuelve la aparente fragilidad de estos seres. Asimismo, aunque no lo he logrado, en algún momento quise no regresar más a un supermercado; también llegué a cuestionarme en algún grado mi impulso al consumo, e incluso participé en algunas reuniones y marchas donde advertí la presencia de algunos seres en fuga. Fue así como, desde mi experiencia afectiva, fue tomando aún más sentido

la polifonía del intersticio.

Lo que logré atisbar de esta realidad escurridiza y jabonosa es que el «mapa afectivo de la fuga rizomática» surge en un ambiente de injusticia generalizada, en un contexto de destrucción, insensibilidad e indiferencia hacia todos los otros seres con los que compartimos la existencia. Para las personas del intersticio, el *conatus*, entendido como impulso de vida, se convierte en una categoría central que influye en su apertura al mundo, así como en la ampliación de su capacidad para sentir dolor, decepción, enojo y en general emociones asociadas a la ira, frente a los trazos de muerte que multiplican las injusticias y los paisajes de desierto. En este sentido, la lógica afectiva en el intersticio es la potencia que surge cuando se ha puesto en riesgo la vida.

Los paisajes de destrucción podrían conducir a bucles afectivos de desesperanza-tristeza-miedo, que cierren y paralicen la capacidad de obrar. En lugar de ello, la respuesta afectiva en el intersticio se caracteriza por estar más asociada con la ira y la injusticia empática. Específicamente el bucle *conatus*-enojo-injusticia, gatilla el impulso del hacer en la fuga.

Es importante señalar que, en este contexto, el afecto de la injusticia es equiparable al desamor. De hecho, cuando mis interlocutores expresan que no soportan la injusticia, también están diciendo que repudian el desamor, en términos de la frialdad, insensibilidad, apatía, desinterés, impasibilidad, irresponsabilidad e irrespeto por el Otro. Por esta razón, el hacer en la fuga, está motivado por una búsqueda de justicia que defiende las interrelaciones y los procesos redistributivos de la vida; asimismo, está energizado por una capacidad de amor que se abre a la comprensión profunda de la urgencia y la necesidad que tenemos de emprender conjuntamente un camino de transición que nos permita re-habitar la tierra, insertándonos en los flujos de la trama vital.

Para abordar estos relatos de vida me fue fundamental adentrarme en la postura spinoziana sobre la ética, y con ello preguntarme quién despierta ante la potencia de su propio cuerpo. Lo que pude intuir es que, en la fuga, despierta aquél que se sabe no como un ser separado, sino como un modo o una expresión de la vida, y a partir de ese reconocimiento de su naturaleza inter-existente, despliega su capacidad de obrar. Esto significa que hay una continuidad entre el ser y el hacer de la fuga. Solamente aquél que se asume como expresión de un todo, no tardará en preguntarse qué es lo que puede su cuerpo para revertir la devastación en la que hemos encauzado la vida.

Claramente, de la ontología del interser brota una ética que no se basa en valores ni en juicios morales, sino en la potencia de obrar que emerge en acto. Proteger el humedal, cuidar un manantial, construir un baño seco, idear una ecotecnia, ofrecer una ceremonia a la tierra, desincentivar la lógica de consumo y generar intercambios por fuera de las lógicas capitalistas, son tan solo algunos de los trazos que reflejan el hacer como una apuesta ética de los seres intersticiales. Finalmente, lo que puede su cuerpo es reconocer la interexistencia de la vida y actuar en consecuencia de ese saber.

Esta ética que se expresa en el hacer es como una suerte de nutriente que fluye y se distribuye por todas las ramificaciones de la fuga. Una energía vital que recorre todos los cuerpos interconectándolos, conjugándolos y encaminándolos hacia una misma dirección en el hacer. Sin importar su grado de heterogeneidad, estas microexperiencias del intersticio quedan entretejidas en una mielina envolvente que les permite transmitir y compartir los sentidos, los afectos y las informaciones que resultan relevantes para guiar y potenciar el camino de la fuga. De ahí que, a pesar de la diversidad de los relatos, sea posible evidenciar algunos patrones, tendencias, similitudes y encuentros entre las ideas narradas, es decir, entre las formas representativas de sus afectos. El hacer, tutelado por la ética y el amor, genera una conectividad que congrega, incluso haciéndose extensiva, a las diversas expresiones no humanas de la vida.

Los seres en fuga, al potenciarse, van generando un conocimiento en red, unas ideas, inteligencias, aprendizajes e imaginaciones colectivas que desnudan poco a poco las ideas-afectos, las percepciones desfiguradas de la realidad y las afectividades que constantemente son manipuladas por la *potestas*. En la acción de fuga, llega a comprenderse que en la potencia de los seres humanos y no humanos, hay una riqueza que no puede continuar siendo reducida a la lógica utilitaria y económica de la tradición cultural hegemónica. Queda claro que en el mapa afectivo del intersticio se sustituye el valor económico por un valor ético que se funda en el amor y la justicia.

Pese a mantenerse interconectado por una ética rizomática, a través de las narraciones pude entender que en el espacio de la fuga continúa siendo un reto reunirse en torno a una intención común. Sin embargo, más allá de las ideas contraculturales y románticas que históricamente han inspirado la conformación de comunidades intencionadas, en estos tiempos de crisis civilizatoria y de colapso energético la salida conjunta y comunitaria se impone como una obligación; en

parte, el Otro aparece como un ser imprescindible para la sobrevivencia.

Sin ánimo de idealizarlas, he reconocido que estas líneas de fuga aún continúan sujetas al terreno del cual detonaron. Sin duda, se trata de personas que experimentan las tensiones y las contradicciones de un proceso de transición, en el que aún no terminan de descubrir o de aprender cómo soltarse y continuar proyectándose hacia nuevos rumbos. Aun así, siguen caminando, no con optimismo, sino con el estado anímico de esa esperanza *illichiana*, que les ayuda a sentir que los haceres y las acciones emprendidas tienen sentido por sí mismas independientemente de lo que ocurra en el futuro. Además, sospecho que estos seres no se detienen ante las dificultades y continúan dándose al mundo, porque esa sabiduría de la vida, que también fluye por la red rizomática, les brinda la confianza y el bienestar que son propios del caminante que se reconoce, se siente y se intuye siguiendo la ruta correcta.

Finalmente, debo confesar que este escrito solo contiene algunos de los pensamientos y de las afecciones que afloraron frente a las narraciones de mis interlocutores. En específico, hubiera querido analizar más a fondo el tema del amor. La verdad es que desde hace muchos años he venido sintiendo que el «amor» es la única apuesta real que ayudaría a girar el timón de este barco que navega en dirección al iceberg; pero por prudencia no quise hacer una transferencia y anteponer mi deseo a las palabras que escuché sobre este tema específico. Del mismo modo, al sentirme tan profundamente implicada e interpelada por las apuestas de vida de las líneas de fuga, necesité mantener la serenidad suficiente para no sobreinterpretar las historias que escuchaba. Justo con estas últimas palabras, comienzo a comprender que la gran fascinación y la atracción que siempre he sentido hacia las personas que se fugan, proviene del grado de su potencia, de la fuerza y de la autenticidad con la que expresan su energía vital; además, me conmueve profundamente pensar que esa energía proviene de eso que han llamado naturaleza, de la cual ellos mismos son una expresión.

REFERENCIAS

- Bauman, Z. (2015). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2016). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Castro-Gómez, S. (2000). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro. En E. Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Castro-Gómez, S. (2015). *Revoluciones sin sujeto. Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno*. Akal.
- Capra, F. (1998). *La trama de la vida, una nueva perspectiva de los sistemas vivos* (Colección Compactos). Anagrama.
- Ciampi, L. (2007). Sentimientos, afectos y lógica afectiva: Su lugar en nuestra comprensión del otro y del mundo. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 27(2), 153-171.
- Da Costa, R. H. (2011). Desterritorialización como mito. En *El mito de la desterritorialización del fin de los territorios a la multiterritorialidad* (pp. 301-308). Siglo XXI.
- De Certeau, M. (1999). *La invención de la vida cotidiana*. Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (2004). *Mil mesetas*. Editorial Pre-textos.
- Deleuze, G. (1978, 24 de enero). *Sur Spinoza*. Cours Vincennes.
- Elias, N. (2008). *Sociología fundamental*. Gedisa (original publicado en 1970).
- Esteva, G. (2009). Más allá del desarrollo: la buena vida. *América Latina en Movimiento*, 445, 1-6.
- Escobar, A. (2013). En el trasfondo de nuestra cultura: la tradición racionalista y el problema del dualismo ontológico. *Tabula Rasa*, 18, 15-42.
- Fericgla, J. M. (2000). *Cultura y emociones. Manifiesto por una Antropología de las emociones* [sesión de conferencia]. III Seminario sobre Estados Modificados de la Consciencia y Cultura. Universidad de Caldas. Manizales, Colombia.
- Gallagher, S., y Zahavi, D. (2014). *La mente fenomenológica*. Alianza Editorial.
- Gospic, K., Mohlin, E., Fransson, P., Petrovic, P., Johannesson, M., e Ingvar, M. (2011). Limbic Justice- Amygdala Involvement in Immediate Rejection in the Ultimatum Game. *PLoS Biology*, 9(5).

- Guattari, F. (2013). *Líneas de fuga: por otro mundo de posibles* (P. Ires, trad.). Cactus.
- Gutiérrez, G. (2005). Conatus y necesidades en la ética de Baruch de Spinoza. *Revista Ágora Trujillo*, 8(16).
- Hanh, T. N. (1998a). *Las claves del zen: guía para la práctica del zen*. Neo Person.
- Hanh, T. N. (1998b). *Un canto de amor a la tierra*. Paidós.
- Hanh, T. N. (2014). *Enseñanzas sobre el amor*. Kairós.
- Illich, I. (1978). *La convivencialidad*. Seix Barral.
- Illich, I. (2002, 31 de marzo). Necesidades. *Letras Libres*, 12-20. <https://www.letraslibres.com/mexico/necesidades>
- Ingold, T. (2007). *Líneas: una breve historia*. Gedisa.
- Kasperbauer, T. J. (2005). Rejecting Empathy for Animal Ethics. *Ethical Theory and Moral Practice*, 18(4), 817-833.
- León, E. (2011). *El monstruo en el otro: sensibilidad y coexistencia humana*. Sequitur.
- León, E. (2018). *Vivir queriendo: ensayos sobre las fuentes animadas de la afectividad*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mardones, F. (2017). *Economía sagrada* [entrevista] [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=KVNUfvKVw7U&t=66s>
- Melel Xojobal (2012). *Infancia trabajadora en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Transformaciones y perspectivas a diez años*. Melel Xojobal.
- Morin, E. (1971). *El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología*. Kairós.
- Noguera, A. P. (2018, 21 y 22 de junio). *Métodoestesis: el camino del sentir* [curso]. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Pardo, J. L. (1991). *Sobre los espacios. Pintar, escribir, pensar*. Ediciones del Serbal.
- Ricoeur, P. (1996). *Si mismo como otro*. Siglo XXI de España.
- Ricoeur, P. (1999). *Tiempo y narración III*. Siglo XXI de España.
- Robert, J., y Rahnema, M. (2001). *La potencia de los pobres*. S.e.
- Ruiz, M., López, M., y Ascencio E. (2014). Consumidores alternativos: turismo étnico y espiritualidad New Age en los procesos de reinención del imaginario urbano en San Cristóbal de las Casas. En L. Prats y A. Santana (coords.), *Turismo y patrimonio, entramados narrativos* (pp. 289-305). Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural.
- San Agustín (1986). *Las confesiones* (O. García de la Fuente, ed.). Akal.
- San Agustín (1957). *De la doctrina cristiana*, en Id., Obras, vol. XV, edición preparada por B. Martín, O.S.A., Madrid, BAC.
- Sanders, E. F. (2014). *Lost in translation: An illustrated compendium of untranslatable words from around the world*. Ten Speed Press.
- Santos, B. de S. (2010). Una epistemología del Sur. En *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del sur* (pp. 49-59). Siglo XXI; Siglo del Hombre; Universidad de los Andes.

- Scheler, M. (2003). *Gramática de los sentimientos: lo emocional como fundamento de la ética*. Crítica.
- Spinoza, B. (1980). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Editora Nacional.
- Varela, F. (2001, 11 de julio). Entrevista de Cristián Warnken Lihn a Francisco Varela. *La belleza del pensar* [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=3-VydyPdhhg>.
- Varela, F. (2003). *La habilidad ética*. Debate.
- Waal, F. de (2011). *La edad de la empatía. ¿Somos altruistas por naturaleza?* (Colección Matatemas). Tusquets.
- Zamora, C. B., y Hernández, J. F. (2018). La configuración de identificaciones étnicas y los procesos de alteridad. Una lectura desde el control cultural. *Andamios*, 15(36), 135-159. <https://doi.org/10.29092/uacm.v15i36.605>



affectivae sidere

*cor habet causas,
quod ratio non intelligit*

ANEXO FOTOGRÁFICO. SAN CRISTÓBAL Y LOS ROSTROS DE LA FUGA

Foto 1. Los otros seres de la ciudad. Vuelan. Catedral de San Cristóbal de Las Casas



Fuente: fotografía de Ingrid Toro, 2019.

Foto 2. Los otros seres de la ciudad. Ladran. Andador de la calle Real de Guadalupe, San Cristóbal de Las Casas



Fuente: fotografía de Ingrid Toro, 2019.

Foto 3. Diversidad



Fuente: fotografía de Efraín Ascencio Cedillo, 2018.

Foto 4. Entrecruzamientos



Fuente: fotografía de Efraín Ascencio Cedillo, 2019.

Foto 5. ...tras las jirafas el rostro de cientos de mujeres, hombres, niños y niñas



Fuente: banco de imágenes de Melel Xojobal A.C.

Foto 6. Los contrastes de la desigualdad



Fuente: fotografía de Efraín Ascencio Cedillo, 2018.

Foto 7. Archivo territorios electorales 2018. Una visión de la ciudad



Fuente: fotografía de Efraín Ascencio Cedillo, 2018.

Foto 8. A propósito del zapatismo



Fuente: fotografía de Ingrid Toro, 2019.

Foto 9. Alma. Festival del agua 2019



Fuente: fotografía de Ingrid Toro, 2019.

Foto 10. Marcha en defensa de la vida



Fuente: fotografía de Ingrid Toro, 2019.

Foto II. Dolor Tierra



Fuente: fotografía de Ingrid Toro, 2019.

Foto 12. Territorio multicultural. Ritual chamula del Día de La Cruz. Perdón y purificación



Fuente: fotografía de Ingrid Toro, 2019. Ojo de agua, La Hormiga,
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Foto 13. Florecimiento en las grietas del muro



Fuente: fotografía de Ingrid Toro, 2019.

Foto 14. Grietas



Fuente: fotografía de Ingrid Toro, 2019.

Foto 15. Una apuesta de vida. Kolem, Rebe y Juancho



Fuente: fotografía de Juancho, 2019.

Foto 16. Día de sol en el jardín. Kolem, Rebe, el perrito, el invernadero



Fuente: fotografía de Juancho, 2019.

Foto 17. Casa de Juan Carlos



Fuente: archivo personal de Juan Carlos, 2019.

Foto 18. Construcción natural



Fuente: archivo personal de Juan Carlos, 2019.

Foto 19. #Somos La Maya



Fuente: archivo personal de Martín, 2019.

Foto 20. Ten el valor de intercambiar



Fuente: archivo de Facebook Cambalache, 2016.

Foto 21. Intercambio calle Real de Guadalupe



Fuente: archivo de Facebook Cambalache, 2016.

Foto 22. Fuga espiritual. Construcción del Inipi



Fuente: archivo personal Facebook Felipe, 2018.

Foto 23. Construyendo el hogar



Fuente: archivo personal Facebook Felipe, 2018.

Foto 24. Rubén



Fuente: archivo personal de Rubén, 2018.

Foto 25. El baño seco



Fuente: archivo personal de Rubén, 2018.

Foto 26. Lucy



Fuente: archivo personal de Rubén, 2018.

Foto 27. Encuentro intersticial en La Ecoaldea: Lucy, Felipe y Rubén



Fuente: archivo personal de Rubén, 2018.

SOBRE LA AUTORA

Ingrid Fernanda Toro Velosa es maestra en Ciencias Sociales y Humanísticas por el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH). Actualmente cursa un doctorado en Ciencias en Ecología y Desarrollo Sustentable en El Colegio de la Frontera Sur. Es coautora del libro *Afectividad ambiental: sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. Sus inquietudes investigativas se relacionan con la potencia afectiva que da sentido y soporte a las alternativas al desarrollo y las comunidades intencionadas.

SOBRE LA COLECCIÓN THESIS

Tras la investigación, la segunda tarea sustantiva del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (CESMECA-UNICACH) es la formación de docentes e investigadores en el campo de las Ciencias Sociales y las Humanidades. Desde el año 2002, cuando inició el primer programa de posgrado en el CESMECA, hasta la actualidad, con los programas de maestría y doctorado en Ciencias Sociales y Humanísticas, se han titulado en este centro de estudios más de ochenta maestros y doctores cuyos trabajos de tesis han tenido como objetivo fundamental ofrecer un aporte a la investigación social y humanística de México, particularmente de la región sureste, y de Centromérica.

La Colección THESIS surge como una muestra del interés que el CESMECA tiene en impulsar las carreras académicas de sus egresados y en ella se desea hacer un reconocimiento explícito a los maestros y doctores que se distinguieron por haber realizado un trabajo de calidad que ameritaba su publicación de acuerdo con la recomendación de los integrantes del jurado examinador. Con esta colección se espera también difundir resultados de investigación que pueden ofrecer respuestas para contribuir a la solución de problemáticas sociales contemporáneas.

Afectos en línea de fuga
La potencia del espacio intersticial en San Cristóbal de Las Casas
de Ingrid Fernanda Toro Velosa

Producción editorial UNICACH-CESMECA 2021

Esta obra se encuentra bajo una Licencia Creativ Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)



Cada vez son más comunes las historias de personas que, conscientes de la gravedad de los problemas socioambientales, se animan a cambiar sus trayectorias vitales. ¿Qué entramados afectivos están motivando dichas transformaciones? ¿De qué afectos son capaces los cuerpos de quienes inician las fugas?

En este libro se ofrece una aproximación a la constelación afectiva de las personas que emprenden proyectos de vida alternativos en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México. Siguiendo la tradición de Baruch Spinoza, los afectos son comprendidos como una potencia detonadora de haceres auténticos que responden, desde una perspectiva ética, a la actual crisis civilizatoria. El cuidado del agua, las ecotecnias, los intercambios solidarios, la permacultura y la bioconstrucción son algunas de las prácticas concretas que impulsan a ir más allá del la ira, la tristeza y la indignación frente a los trazos de muerte. Las afectividades que se fugan de lo instituido a través de las grietas y los intersticios, se evidencian en los relatos de sus búsquedas por conquistar su capacidad autónoma de obrar y así poder transitar hacia modos de habitar más amorosos, más justos y más acoplados a los flujos vitales.



ffective sidere